WERNER SOMBART

LUJO Y CAPITALISMO

WERNER SOMBART

LUJO Y CAPITALISMO

GUILLERMO DÁVALOS
EDITOR
1958

COLECCION
CRISIS Y SOLUCIONES

Queda hecho el depósito que previene la ley número 11.723.

WERNER SOMBART

Después de la primera guerra mundial, dos nombres dominaban la sociología alemana. Max Weber y Werner Sombart tenían muchos elementos comunes. Ambos eran revolucionarios e innovadores y su obra es, en este sentido, muy significativa. Los dos procedían del estudio de la historia y de la economía política. Y los dos, también, habían evolucionado notablemente. En la segunda década de este siglo ya sólo quedaban en sus trabajos muy pocos rasgos que individualizasen sus orígenes historicistas en la escuela de Schmoller, con quien estuvieron vinculados allá por 1900. Y un hecho que es necesario tener muy en cuenta: ambos se habían interesado profundamente por el fenómeno histórico y espiritual del capitalismo. Los trabajos más conocidos de Weber, dentro y fuera de Alemania, estudian las relaciones de capitalismo y protestantismo. La obra fundamental de Sombart es *El Capitalismo Moderno.*

¿Qué separa a los dos maestros? Los dos tomos de Sombart, junto con "el tercer Sombart" (como se llama en la jerga universitaria europea a *El Apogeo del Capitalismo*),

son un cuadro completo de la vida económica moderna desde Carlomagno hasta 1914. Es decir, abre el ciclo el ejecutor de la empresa política más importante (y quizá de mayor significado posterior, también) de la Edad Media. Lo cierran nombres como Stinnes y Morgan que insuflaron nueva vida al imperialismo económico de los últimos tiempos. Werner Sombart afirma que el capitalismo surgió de los estratos más íntimos del alma europea. Es un producto del espíritu que se formó en el otoño de la Edad Media. Entonces se aunaron la tendencia faústica hacia el infinito y la mentalidad burguesa agazapada en la ciudad medieval. Max Weber es el primero en señalar la importancia de la burguesía en la génesis del capitalismo. Como Sombart, la opone al espíritu señorial del medievo pero la tiñe de protestantismo y reforma. Sombart la había nutrido en el espíritu renacentista e insistido en sus rasgos románticos. ¿Acaso el entusiasmo y la alegría por las invenciones y los descubrimientos no es una de las formas más genuinas de romanticismo? Max Weber descuida esos elementos y enfatiza la importancia de la influencia religiosa (protestantes y puritanos, sobre todo).

Werner Sombart no desconoce la irradiación religiosa en el capitalismo. Pero restringe su vigencia haciéndola llegar sólo a los herejes y emigrados. Recalca la importancia del espíritu faústico y subraya el carácter terrenal de esa aspiración al infinito. Los comerciantes, los aventureros y los piratas tienen para él más importancia que los puritanos.

Lujo y Capitalismo acentúa esta posición. En *Los Judíos y la Vida Económica,* el gran maestro se preocupó por demostrar esa influencia en el capitalismo. Ahora subraya la presencia de otras deidades que completan el cuadro de *El Capitalismo Moderno:* el lujo y el amor. O, como dice el propio Sombart en el prólogo que puede ver el lector más adelante, las hondas transformaciones que se verifican en

la sociedad europea, a partir de las Cruzadas, han traído como consecuencia un cambio en las relaciones entre los sexos, cambio que es causa determinante, a su vez, de una transformación en el régimen de vida de las clases dominadoras, transformación, por último, que viene a ejercer una influencia esencial en la génesis del sistema económico moderno. El lujo, hijo legítimo del amor ilegítimo, influye muchísimo en la génesis y evolución del capitalismo. Y si en cada época y sistema domina una mentalidad determinada, el motor de la economía moderna es el amor ilegítimo y su consecuencia inmediata: el lujo.

Sombart no es un mero economista. Si lo fuese, el interés de su obra se reduciría al círculo de especializados en la materia. Sus libros y su pensamiento constituyen siempre una entrañable aventura por la que entramos en la comprensión del pasado. Llega a integrar la economía, la sociología y la filosofía de la historia en un cuerpo coherente. Equipara la teoría económica y la sociología económica y culmina en la antropología con un trabajo *Sobre el Hombre* (1938). Von Wiese pone de relieve su capacidad para trazar tipos humanos y sus motivaciones presentando en forma viva las facetas de la evolución cultural. Francisco Romero señaló el valor de la obra de Sombart en el tratamiento del problema del hombre [1]. Destaca el pensador argentino los limitaciones doctrinarias de Sombart y la abundancia de material empírico ofrecido por el maestro y recolectado "a lo largo de sus vastas averiguaciones en el campo de lo económico-social, unos como fruto de la propia reflexión y comprobación y otros ofrecidos en forma de instructivas recapitulaciones; vista por este costado, la obra es inapreciable y en muy pocas se encontrará un archivo semejante de información sobre el hombre".

[1] En dos trabajos fundamentales: *Filósofos y Problemas*, Buenos Aires, 1947; y *Ubicación del Hombre*, Buenos Aires, 1954.

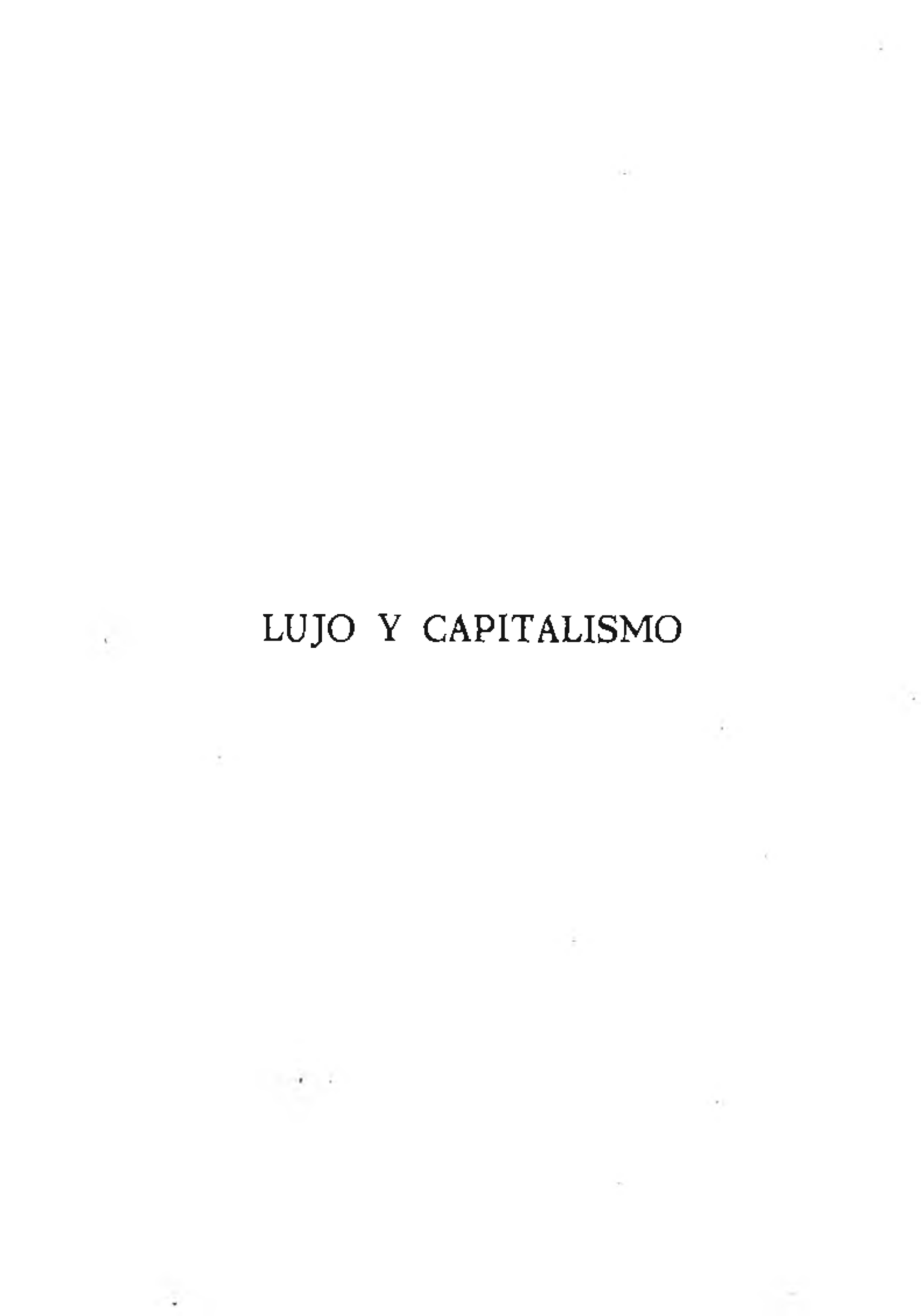
No puede extrañar esta preocupación en Sombart. Su temperamento lo lleva a la antropología. Y esa misma actitud suya fué objeto de severas críticas: es un gran artista, no un hombre de ciencia, se dijo de él. La expresión que, en sus enemigos, tenía un sentido peyorativo, sirve también para definirlo. Tenía un genio poderoso. Era original. Poseía un gran sentido de la dignidad personal. Todo ello lo acerca mucho a Spengler, pensador aquilino al que uno evoca instintivamente leyendo a Sombart. Spengler es por antonomasia el hombre de los hechos, escribió Keyserling. También lo es Sombart y sus argumentos reposan, como los de Spengler, sobre la historia. Se sirve de ella con el espíritu demostrativo de la escuela alemana.

¿De dónde proviene esta tendencia? El pensamiento de Sombart se nutre del revisionismo marxista. No a la manera neomarxista de Bernstein sino como un sociólogo disidente en el que se reflejan poderosamente las críticas de Lasalle al liberalismo. Con Carlos Marx aprende Sombart el papel primordial del capital en el mundo moderno. No sólo tiene una influencia de orientación en su vida sino que le propone un método histórico: volver al fenómeno económico en sí y seguirlo en sus transformaciones según el materialismo. Es decir, sacando las conclusiones del medio "material". Después, también Schmoller le mostraría otra de las facetas de indagación histórico-espiritual de la economía política al desprender a esta disciplina de sus antiguos moldes y encaminarla hacia la sociología por medio de la investigación psicológica y ética.

Sombart se separa de Marx al reunir mayor documentación y encontrarse con nuevas situaciones. Mientras el autor de *El Capital* es un doctrinario y un propagandista, Sombart se limita a sus tareas estrictamente científicas analizando hechos sin cuidarse de las conclusiones. De este modo, el maestro berlinés tiene tantos vínculos con Marx como con la escuela histórica y Max Weber. En este sentido,

Lujo y Capitalismo es un libro muy significativo. No escapará al lector el esfuerzo de investigación y coordinación que este trabajo supone. Tampoco, la amplitud de las concepciones y la riqueza y variedad de investigación. Este paisaje se organiza reuniendo el dato histórico y el económico y vinculándolos a los ideales de la época. Werner Sombart desarrolla una tesis original que sirve para filiar y justipreciar una de las vertientes más importantes en la formación del capitalismo.

J. A. García Martínez.



LUJO Y CAPITALISMO

PRÓLOGO

Con el presente volumen inicio la publicación de una serie de estudios, resultado de las investigaciones histórico-económicas que he llevado a cabo para completar y renovar mi obra El capitalismo moderno. *Publico estos estudios separadamente, en primer lugar, por el motivo externo de haberse dilatado excesivamente, para poderse incluir en el marco de una exposición general; y en segundo lugar, por el motivo interno de que persiguen los problemas hasta regiones que rebasan la historia de la economía más de lo que permite la rigurosa consecuencia ideológica. Por otra parte, el aparecer como unidades aisladas permite aplicar a los problemas un tratamiento propio y considerarlos desde su propio centro.*

Mi obra "Die Juden und das Wirtschaftsleben" (Los judíos y la vida económica), *publicada el año anterior, viene a constituir propiamente la iniciación de esta serie de estudios. He examinado en ella uno de los aspectos del*

problema, en sus relaciones con el desenvolvimiento histórico del moderno capitalismo, dándole todo el desarrollo necesario. En esa obra nos propusimos demostrar la influencia que ejerció Jehová, el viejo Dios de los judíos, sobre el régimen económico de los pueblos de Europa. En la presente queremos demostrar la influencia de otras deidades sobre la formación del capitalismo moderno.

El segundo volumen de estos "Estudios" se ocupará de las relaciones entre la guerra y el capitalismo. Este primer tomo que lleva el título de Lujo y Capitalismo, *debería más bien intitularse "Amor, lujo y capitalismo", pues la idea que le ha servido de base es que las hondas transformaciones que se verifican en la sociedad europea, a partir de las Cruzadas, han traído como consecuencia un cambio en las relaciones entre los sexos, cambio que es causa determinante, a su vez, de una transformación en el régimen de vida de las clases dominadoras, transformación, por último, que viene a ejercer una influencia esencial en la génesis del sistema económico moderno.*

WERNER SOMBART

12 noviembre 1912.

CAPÍTULO I

LA NUEVA SOCIEDAD

I

LA CORTE

Consecuencia importante, pero al propio tiempo causa determinante de las transformaciones en la constitución del Estado y de las milicias, al finalizar la Edad Media, es la formación de grandes cortes principescas, dando a este vocablo la significación que hoy tiene.

En este respecto, como en tantos otros, los príncipes de la Iglesia han sido también los antecesores y precursores del desenvolvimiento posterior. Quizás haya sido Aviñon la primera corte "moderna"; pues aquí llegaron a congregarse, por vez primera, de modo estable y dando el tono a la vida, los dos grupos de personas que en los siglos siguientes constituyeron lo que se ha denominado la sociedad cortesana, esto es: nobles sin otra misión que servir los intereses de la corte, y hermosas damas *souvent distinguées par les maniéres et l'esprit,* que (como veremos más detenidamente en otro momento), imprimieron su sello peculiar a la vida y al trato social. La importancia del episodio de Aviñon estriba principalmente en haberse reunido en esta ciudad, por vez primera, los más altos

señores del orden eclesiástico de casi toda Europa, como patentiza concretamente Juan XXII, en su decreto *Etsi deceat*.

Ya sabemos que durante el siglo xv y los primeros años del xvi la corte de los romanos pontífices, juntamente con los "nipotes" del Papa, fué la más brillante y pudo considerarse como modelo de libre trato (que tanto entusiasmaba a Erasmo), de magnificencia y de costumbres cortesanas. El *cortegiano romano* era el que más se aproximaba al tipo ideal bosquejado por Castiglione. Ya veremos cómo la pompa mundana alcanzó, precisamente en Roma, durante el período de los grandes papas del Renacimiento, su mayor desarrollo.

Con la corte de los papas revalizaban las de los demás príncipes de Italia. Una de las primeras cortes de príncipes, que ostentó un carácter moderno, fué la de Alfonso de Nápoles, quien, según se ha dicho, "amaba sobre todas las cosas, la gloria, el esplendor y el bello sexo". Las cortes de Milán, de Ferrara y otras pequeñas residencias de príncipes, desarrollaron también en el siglo xv un tipo de vida completamente moderno. Y se comprende que fuese en Italia donde se desarrollaran primeramente los rasgos fundamentales de esta vida, si se tiene en cuenta que en Italia fué donde primero se cumplieron las circunstancias precisas: decadencia de la institución de la caballería, "urbanización" de la nobleza, que abandona el campo para ir a vivir a la ciudad, establecimiento del Estado absoluto, renacimiento de las artes y las ciencias, progreso de los talentos sociales, mayor riqueza, etc.

Para la historia de las cortes fué empero de importancia decisiva la constitución de una corte moderna en Francia, nación mucho mayor y más poderosa, que fué mentora y guía indiscutible en toda clase de asuntos referentes a la vida cortesana, a partir de fines del siglo xvi y durante los siglos xvii y xviii.

El fundador de la corte francesa fué Francisco I. Cierto es que Luis XI inició un gran cambio al dar a sus *officiers de la maison* el título de *officiers de France*, identificando de esta suerte la casa real con Francia y preparando así la corte que, anteriormente, sólo podía tener existencia como sociedad particular. Sin embargo, el verdadero creador de la corte fué Francisco I. Y lo fué porque hizo intervenir en ellas a las damas con carácter preponderante. A él se atribuye la frase de que "una corte sin damas es como un año sin primavera, como una primavera sin rosas" .Mandó, pues, venir a la corte a las damas de la nobleza, que hasta entonces habían permanecido confinadas tristemente en los viejos y grises *donjons* de sus castillos. Francisco I creó la corte con discreto despotismo y con toda clase de encantos; de suerte que en torno al monarca se condensaba la vida toda y el mundo de la nación. "Su madre dirigía la gran representación y buscaba las jóvenes más bellas; su hermana Margarita proporcionaba la sal y pimienta de su ingenio, y Francisco I extendía sobre el conjunto el brillo de las bellas formas en salones y fiestas e impulsaba el movimiento con las alternativas del deseo" [1]. De esta intervención del bello sexo surgieron las intrigas y los amoríos, así como el lujo, según veremos luego más detenidamente. Lo que Francisco I fundó había de ser más tarde ampliado de modo gigantesco por los grandes Luises.

Para apreciar cómo, en efecto, la influencia dominadora de la mujer era la base en que aquella sociedad se asentaba, basta contemplar dicha sociedad y examinar los testimonios de los contemporáneos. He aquí lo que dicen respecto a este punto Sully y Mercier, el uno del comienzo y el otro del final de este período mujeril y cortesano; pero ambos en situación de pronunciar un juicio exacto:

[1] *H. Laube*, I, 128. Véase la bibliografía al final.

"Basta considerar los hidalgos de que está llena la corte y la ciudad. Ya no se ven aquellas virtudes sencillas, viriles, nerviosas, de sus antepasados. No hay sentimiento. No hay solidez en el espíritu. Maneras ligeras y evaporadas. Pasión por el fuego y la crápula. Cuidado del atavío. Refinamientos de perfumes y otras partes de la molicie. *Dijérase que quieren vencer en esto a las mujeres*". Sully, *Memorias*, 4, 16.

"Se les ha aturdido (a los nobles) con la fastuosidad que envuelve la corte. Se han organizado fiestas para ablandarlos. Las mujeres que vivían en la soledad y en los deberes de la economía doméstica, se sienten halagadas de atraer las miradas. Su coquetería, su ambición natural han encontrado satisfacción. Han brillado junto al trono, en razón de sus encantos. *Han llegado a ser reinas de la sociedad y árbitros del gusto y de los placeres...*; han transformado bagatelas en negocios importantes; han creado el traje, la etiqueta, las modas, los adornos, las preferencias, las convenciones pueriles..." *Tableau de París* (1783), I, 21 y siguientes.

Las demás cortes europeas carecían de toda significación en la marcha de la vida culta o estaban vaciadas en el molde de la corte francesa. Principalmente puede decirse esto de la corte inglesa, cuya fundación tiene propiamente lugar en la época de los Estuardos. Un escritor del tiempo de Enrique VIII, se expresaba en estos términos: "Todos los caballeros huyen al campo. Pocos moran en puertos o ciudades. Pocos son los que tienen interés en ellas" [1]. La corte de Isabel no estuvo vaciada en el molde de la Francia; no tuvo carácter de corte "moderna"; le faltaba lo más importante, el elemento principal: el señorío de la mujer. Tratándose de una reina, parecerá esto una

[1] Starkey: *England in the reign of Henry XII*, en Denton: *England in the fiftheenth Cent.* (1888), 259.

paradoja. Pero hay que tener en cuenta que ese señorío era principalmente el de la mujer ilegítima. Más adelante volveremos a tratar esta cuestión.

II

LA RIQUEZA BURGUESA

En otro libro he expuesto minuciosamente el modo cómo, por mil distintos orígenes, surge en la Edad Media y durante los siglos posteriores una nueva riqueza, que podemos calificar de burguesa, en contraposición a la riqueza del feudalismo. Las consideraciones allí expuestas tienen ahora perfecta aplicación y de ellas se deduce que estas formaciones de riqueza fueron causa de un cambio radical en la estructura de la antigua sociedad, cambio que consistió en una composición completamente nueva de las clases más altas, situadas inmediatamente debajo de los príncipes, y que separaban a éstos de la *misera contribuens plebs*. A este fin bastará hacer una ordenación sistematizada de los hechos, en forma histórico-cronológica, examinando con criterio moderno las posibilidades abstractas, ya conocidas de la formación de la riqueza, bajo su aspecto social. De esa nueva composición o estructura de las clases superiores, obtenemos, aproximadamente, el cuadro siguiente:

Toda la riqueza de los primitivos tiempos de la edad Media es casi exclusivamente territorial. Desde luego, todas las gentes de posición son propietarios territoriales, los cuales forman la nobleza, si prescindimos de la Iglesia. No se dan apenas en aquella época casos de "burgueses" poseedores de riqueza; y si se dan, son casos de excepción, a la manera del muy nombrado Poinlane.

En los siglos XIII y XIV cambia este estado de cosas. Multiplícanse notoriamente las grandes fortunas no proce-

dentes del nexo feudal y los grandes capitales crecen, sobre todo en Italia, rápida y considerablemente. En este tiempo comienza la explotación del Oriente acaso se descubren ricas minas de metales preciosos en Africa. Es la época en que la avaricia y la usura de los grandes propietarios territoriales y ricos príncipes adquieren mayores proporciones.

Lo que a Italia le ocurrió en los siglos XIII y XIV, le ocurrió también a Alemania en los siglos XV y XVI. Fórmase entonces la gran riqueza, en las ciudades de la alta Alemania, como consecuencia de haberse abierto a la explotación las minas de oro y plata de Bohemia y Hungría, los ricos tesoros de plata de América y los negocios financieros íntimamente ligados a estos hechos. Es "la época de los Fugger".

En el siglo XVII sigue Holanda, que toma parte en el saqueo de España y Portugal y descubre nuevas fuentes de riqueza en las Indias orientales, a cuyos habitantes hizo tributarios valiéndose del comercio forzado, la rapiña y la esclavitud.

También en el siglo XVII Francia e Inglaterra presencian la transformación de su riqueza. Sin embargo, la riqueza burguesa queda en ambos países circunscrita a estrechos límites, hasta fines del indicado siglo. Los negocios financieros, origen casi exclusivo de los grandes capitales, no tomaron gran incremento hasta fines del reinado de Luis XIV y en época posterior a la gloriosa Revolución.

Esta situación aparece claramente, si consideramos el único estado de ingresos que conservamos de aquella época: la famosa cuenta de Gregory-King [1] para el año 1688. Según se cuenta, el ingreso medio de un gran comercian-

[1] Reproducida y comentada detenidamente por J. Goldstein: *Berufsgliederung und Reichtum*, 1879.

te por mar era sólo de 400 libras, y el de un gran comerciante por tierra de 200. El número de los primeros era de unos 2.000, según King, y el de los segundos de 8.000. Pero frente a estos elementos "burgueses" existen los siguientes representantes de la propiedad territorial: 160 lords laicos con renta media de 2.800 libras; 26 lords eclesiásticos con 1.300; 800 baronets con 880; 600 caballeros con 650; 3.000 *esquires* con 450; 1.200 *gentlemen* con 280. Claro está que entre estos nobles había bastantes representantes de la riqueza nueva. Pero estoy seguro de que si King hubiese hecho su cuenta sólo treinta años después, habría mencionado el rápido enriquecimiento de los especuladores en bolsa y de los negociantes de los mares del sur. Entre los directores de la Sociedad de los Mares del sur, (cuyos bienes fueron confiscados), había dos con capital superior a 200.000 libras; cinco con más de 100.000 libras; cinco con más de 50.000 libras, y 10 con más de 250.000 [2].

Las cifras de ingresos y fortunas que encontramos en Defoe tienen ya otro aspecto. En el *Miege-Bolton* de 1745 ya se señalan como ingresos medios del gentleman 500 libras.

Claramente podemos ver las causas de la gran transformación. Fueron el oro del Brasil y las guerras de Luis XIV, que fomentaron los negocios financieros, los abastecimientos y las especulaciones, tres fuentes capitales de enriquecimiento en la época moderna. (Considérese las riquezas que podían ganarse con acciones de sociedades, con los Hudson Bay Co. o la Sociedad Africana, cuyas acciones, emitidas a 100, subieron en seguida a 480, para bajar más adelante a 2. Y no hablemos de las "ganancias" en los mares del sur).

[2] Véase la cédula en Postlethwayt: *Dic of comm.* 2 (1758), 745, 746.

Ahora, pues, surgen fortunas burguesas, es decir, capitales muebles, que pueden compararse con los de nuestros días. Con la aparición del oro brasileño termina el período de la plata en el capitalismo moderno y comienza el del oro.

Igual que en Inglaterra se observa en Francia la transformación a fines del siglo XVII. Aquí podemos seguir más claramente la transformación, pues disponemos de datos exactos. Reproduzco, a modo de prueba, unas cifras de la riqueza de los "financieros" franceses.

Un hidalgo campesino ha enumerado las cantidades que desde muchos años sirvieron de base a los contratos matrimoniales de su familia.

1433	300	florines
1477	1.000	,,
1534	1.200	,,
1582	1.200	escudos oro
1613	7.500	libras
1644	16.000	,,
1677	15.000	,,
1707	44.000	,,
1734	360.000	,,
1765	150.000	,,

De un "Livre de raison", citado por Ch. de Ribbe: *Les familles*, etcétera, 2 (1874), 125.

He aquí lo que los ricachos del siglo XVIII solían dar de dote a sus hijas: La Live de Bellegarde dió a cada una 300.000 libras en dinero y 10.000 en brillantes, La Mosson 1.700.000 libras. Antoine Crozat, 1.500.000, y además, 50.000 de "propina" para la suegra, que era la duquesa de Bouillon. Samuel Bernard, 800.000 libras. Olivier, conde

de Senoza (éste había traficado personalmente en pieles de conejo), 1.100.000 libras y 100.000 en muebles.

Estas cifras no nos admiran, si tenemos en cuenta las ganancias y fortunas de estos nuevos ricos. Vicent Le Blanc gana 17 millones. Saint-Farjeau, 28 millones. El marqués de la Faye, 20. De Chaumont, 127. Samuel Bernard, más de 100. Otro tanto Crozat. Los Paris ganaron en un solo negocios de emisión 68 millones. (Cifras tomadas de Thirion).

Seguramente, estas sumas son exageradas, como hoy lo son la mayor parte de los datos sobre los millonarios americanos. De todas maneras, no permite dudar de que en esta época empezaron a formarse fortunas gigantescas. El hecho además es referido por los mismos contemporáneos: "Háblase hoy de un millón, como se hablaba hace cien años de mil luises de oro. Se cuenta por millones. Los millones danzan, tan pronto como se trata de un edificio, de un viaje (?), de un campo". (Mercier. *Tableau de París*).

III

LA NUEVA NOBLEZA

Pero ¿cómo han podido estas gentes —y, sobre todo, sus mujeres, sus hijas, sus hijos— escalar el nivel social de la nobleza? ¿Qué actitud ha adpotado ante ellos la nobleza? ¿Cómodo ha podido realizarse la incorporación de estos burgueses a la "clase dominante"?

En el transcurso de dos siglos (1600-1800), se ha formado, con la antigua nobleza y la nueva riqueza, una capa social nueva, cuyo núcleo es la riqueza, pero que conserva el molde y la estructura feudal. O, dicho en otros términos: gran parte de los "nuevos ricos" ascendió a la clase noble. Esta ascensión podía acontecer de varias maneras:

1º, confiriéndose títulos por méritos o por compra, mediante pago de cantidades; 2º, otorgándose condecoraciones y empleos que creaban títulos hereditarios de nobleza; 3º, adquiriéndose propiedad inmobiliaria, con títulos a ella vinculados. Por otra parte, los miembros de la nobleza rancia no tuvieron inconveniente en descender a los "Turcarets", para proporcionarse, con matrimonios ventajosos, los millones necesarios, y restaurar así el brillo de las casas señoriales.

Esta mezcla o fusión de la sangre azul y del dinero burgués, se llevó a cabo durante los últimos siglos en todos los países de cultura capitalista: Italia, Alemania, Inglaterra, Francia. Aclararemos todo esto con algunos ejemplos tomados de la historia de Francia e Inglaterra, países representativos de la primitiva época capitalista, y que, a pesar de sus fundamentales diferencias en la estructura social, siguieron en este punto el mismo desarrollo.

En *Inglaterra,* entonces como ahora, la nobleza (en sentido restringido) estaba constituída únicamente por la *Nobility*. Ésta nació realmente con el advenimiento de los Tudor, y más propiamente con Enrique VIII. Al término de la guerra de las dos Rosas, habían desaparecido las casas de la antigua nobleza, salvo 29, y las que se conservaban estaban empobrecidas y en situación lamentable. Lo primero que hizo Enrique VIII fué reintegrar a estas casas señoriales en su poder y fortuna, sometiéndolas así a la Corona, que, desde este momento, conservó indiscutido su predominio sobre ellas. La confiscación de los bienes a la Iglesia dió al rey los medios para realizar esta restauración de la nobleza. De esta suerte, los bienes eclesiásticos —y este hecho es muy importante para nuestras investigaciones— fueron, como hace observar muy bien H. Hallam, invertidos en un empleo mundano. Desde Enrique VII y Enrique VIII, las filas de la nobleza antigua aumentan por nuevos nombramientos. Y estos nuevos pares, equiparados

a los de rancia estirpe, elegíalos el monarca de entre las personas que más se distinguían, y singularmente de entre los ricos burgueses. Jacobo I llegó a vender títulos de par. He aquí una lista de los títulos de esta clase creados por los monarcas: Enrique VII creó 20; Enrique VIII, 66; Eduardo VI, 22; María, 9; Isabel, 29; Jacobo I, 62; Carlos 1, 59; Carlos II, 64; Jacobo II, 8.

Habiéndose extinguido bajo los Estuardos 99 parias entre 1700-1800, creáronse los siguientes títulos: 34 ducados, 29 marquesados, 109 condados y 85 vizcondados. Estas distinciones no siempre recayeron en personas del pueblo bajo, como los Russell y los Cavendish, que Enrique VIII elevó, según Green, "de la obscuridad, dándoles tierras que habían pertenecido a la Iglesia", sino que casi siempre los favorecidos ascendían sobre algún título anterior: esquire, caballero o baronet. Sin embargo, en muchos casos, el árbol genealógico arrancaba de un *homo novus* de la City. Citaré los ejemplos siguientes:

Los duques de Leeds descendían de Edward Osborne, que llegó a Londres, siendo pobre dependiente de comercio; los duques de Northumberland traen su origen de Hugh Smithson, dependiente de un comercio de drogas, que contrajo matrimonio con lady Isabel Seymour. Origen burgués tienen también: los Russell, marqués de Salisbury, marqués de Bath, condes de Brownlow, Warwick. Carrington, Dudley, Spencer, Tilney (el primer conde de Tilney era hijo de Josiah Chil), Essex, Coventry, Darmouth, Uxbridge, Tankerville, Harborough, Pontefract, Fitzwater; vizcondes de Devereux, Weymouth; condes Slifton, Leigh, Haverscham, Masham, Bathurst, Rommey, Dormer; duques de Dorset y de Bedford. Los datos que poseemos nos permiten afirmar que todas estas casas señoriales florecieron en la primera mitad del siglo XVIII; parte de esta nobleza se ha extinguido ya. (Los anteriores ejemplos están tomados de las fuentes bibliográficas).

Pero lo que imprime carácter a la estructura social de Inglaterra, singularmente en la época que nos interesa, es la *gentry*, categoría social que no pertenece propiamente a la nobleza y que, sin embargo, puede considerarse como tal; especie de "baja nobleza" que, con arreglo a la ley, no entraña carácter nobiliario. La esfera superior de la *gentry* la forman los caballeros, entre los cuales los baronets ocupan el puesto principal. El caballero y el baronet tienen tratamiento de Sir. Entre los caballeros están los poseedores de ciertos feudos; éstos eran primitivamente los únicos caballeros. Son también caballeros los que tienen determinadas condecoraciones y distintivos (desde los tiempos de Eduardo III y Enrique IV), así como ciertos cargos. Por último, lo son también quienes adquieren por compra el título de caballero. Esta forma de adquisición fué establecida por Jacobo I en 1611, pagándose por el título 1.095 libras. Estos caballeros, por obra y gracia del dinero, llamábanse baronets; tenían prioridad sobre los antiguos y venían inmediatamente detrás de la nobleza. Baronets de esta clase se hicieron a cientos en los siglos XVII y XVIII. A mediados del siglo XIX su número se elevaba a 700. Ya se comprenderá que por este procedimiento una parte muy considerable de los burgueses ricos ingresó en la nobleza. Pero lo particularmente curioso de la *gentry* inglesa es la indeterminación de sus fronteras, sobre todo por abajo. A este propósito escribe Gneist: "ningún historiador, ningún jurista, puede definir la *gentry*, y esta determinación del concepto no puede estimarse como defecto casual, sino como producto de la historia y legislación inglesa".

El *squire* y el *Gentleman* representan, por regla general, al hombre independiente, que vive de sus rentas o de una ocupación "respetable". Hoy, naturalmente, estas categorías están borrándose, incluso en Inglaterra. Pero, hasta mediados del siglo XIX, prevalecieron como base para pertenecer a la *gentry*, quedando encomendada "al juicio de

las gentes", en cada período histórico, la fijación de las rentas y la "respetabilidad" de la ocupación.

Esta peculiar concepción implicaba, empero, que el *acceso a la nobleza en Inglaterra viniera determinado, por decirlo así, automáticamente por la transformación de las condiciones económicas*. Los ricos ingresaban en la nobleza, según la importancia que adquirían en la vida social. Consideróse, al principio, como cosa evidente, que no podía ser *gentleman* más que el rico propietario de tierras, que fuese de estirpe distinguida, o, a lo sumo, un representante de profesión liberal, el abogado, por ejemplo. Éste era el criterio dominante en tiempos de Isabel, de los cuales pinta un cuadro muy vivo Thomas Smith. A lo sumo podía obtenerse la calidad de miembro de la *gentry* mediante la adquisición de una finca señorial, si hemos de interpretar en este sentido las palabras de Harrison: "los villanos y los burgueses forman un rango inmediato al de los señores, aunque con frecuencia cambian sus tierras con los señores, así como éstos con aquéllos, por mutua conversión de unos en otros". Este concepto cambió a fines del siglo XVII y comienzos del XVIII; ya no se considera imposible que los hijos de un hombre de negocios, por la sola razón de haber éste hecho fortuna, se convierta en *gentleman* a la primera o segunda generación. Éste es el criterio que Defoe viene a sustentar, cuando dice: "Está tan lejos el comercio de ser incompatible con el caballero, que sin rodeos el comercio en Inglaterra hace caballeros y ha poblado esta nación de caballeros; porque al cabo de una o dos generaciones los hijos de los comerciantes, o al menos sus nietos, llegan a ser tan perfectos *gentlemen* como los de la más alta cuna o los de las más rancias familias".

Mas esto se refiere sólo a los hijos o nietos de un comerciante enriquecido (la palabra *tradesman* significa en Defoe el comerciante al por mayor y al por menor). Pero

la riqueza sola no hace el *gentleman*. El propio Defoe establece claramente la diferencia que existe entre el *gentleman*, abrumado por las exigencias de la vida y el comerciante y el ciudadano de posición.

El comerciante, mientras ejerce el negocio, tiene que vivir con sus empleados. Pero una vez que lo deja, puede cultivar el trato de los *gentleman*. También Defoe expone que muchos miembros de la *gentry* no aceptan que vengan a engrosar sus filas los hijos o nietos de los plebeyos enriquecidos, y menos éstos mismos. En esta época, pues, el poder del dinero comienza a hacer sentir de un modo notorio su influencia, que llega a ser decisiva en el siglo XVIII.

Postlethwayt [1], Miege-Bolton [2] y otros escritores de mediados del siglo tienen ya un criterio más amplio: el *trading man*, el negociante, incluso al por mayor y sin almacenes abiertos al público, puede ser *gentleman* tan pronto como abandona el negocio. Gregory King en su sinopsis de los ingresos de Inglaterra (1688), establece una distinción entre el gran comerciante marítimo y el *gentleman*. Los escritores que a principios del siglo XIX exponen su opinión acerca del "juicio de las gentes", siguen declarando que el trabajo manual y el tener almacenes abiertos al público son cosas incompatibles con la condición de *gentleman;* pero no la profesión de fabricante o comerciante en general [3].

Pero todavía hay algo más importante. En la primitiva época capitalista prevalece la idea de que el objetivo del hombre rico es al fin y al cabo hallar acogida en una casta socialmente más distinguida, en la nobleza, en la *gentry*. Consérvase pues, en la nobleza el espíritu y la esencia del

[1] *Dict of Comm.* Art. *Commerce.*

[2] *The present state of Great Britain,* 1745, pág. 156.

[3] Charles R. Dood: *Manual of dignities...* (1843), pág. 251.

feudalismo, en cuanto que para ingresar en ella no basta sólo el dinero y hacen falta otras cualidades, consideradas como eminentemente antiburguesas: el estar a cierta distancia de los negocios, el cultivar la tradición familiar —todo lo cual se expresa en la costumbre evidente del *gentleman* de tener un escudo—. Defoe nos habla de tenderos enriquecidos que se afanan por obtener funciones heráldicas y rebuscan entre sus abuelos y familia, por si acaso hallaran algún pariente "distinguido".

Los lazos de unión entre nobles y ricos se hacen aún más fuertes cuando los hijos o hijas de ambas clases sociales contraen matrimonio y tienen descendencia. Uniones de esta índole son numerosísimas en Inglaterra, desde la época de los Estuardos. Si, en efecto, sir William Temple ha hecho la observación [1], de que según sus recuerdos hace cincuenta años que las familias nobles contraen matrimonio en la City "por el dinero", entonces la autoridad de este personaje nos permitiría datar de tiempos de Jacobo I el comienzo de estas mezclas de sangre. De todas suertes, cien años después, en la época en que Defoe escribe, estos enlaces debían ser ya muy frecuentes, pues Defoe los considera como cosa natural. Tratábase principalmente de hombres nobles, que casaban con ricas herederas. Defoe fija en 78 el número de matrimonios de nobles de estirpe con hijas de comerciantes. No citaremos ejemplos, porque no tiene finalidad saber con quién se casase tal o cual lord. Estos matrimonios nos interesan sólo como fenómenos colectivos. Nos limitamos a señalar el hecho, registrado en Inglaterra en el siglo XVIII.

Más vigoroso todavía que en Inglaterra fué en Francia, en los primeros tiempos, el sentimiento de incompatibi-

[1] Lecky, en su *Historia de Inglaterra*, pone la cita tomada de *Miscellanea*. Pero yo no la he podido encontrar en mi ejemplar de las *Miscellanea*.

lidad entre el linaje y el ejercicio de los negocios. "Nadie es más acreedor al desprecio que el comerciante." *(S'il y a mépris au monde, il est sur le marchant.)* Éstas eran las ideas que un buen conocedor atribuye a las altas clases en la época de Enrique IV [1]. La condición de noble no impedía tener participación en lucrativas empresas, la más rancia nobleza contraía matrimonio, con hijas de ricos mercaderes y no se tenía a menos al renunciar a ciertos cargos de consejero para aceptar otros más remuneradores en la esfera financiera. Pero se profesaba desprecio a la clase no noble. En el siglo XVIII la alta finanza ganó cierta consideración. Ya en el XVII encontramos a ricachos como Cotteblanche o Du Plessis-Rambouillet, alternando en los círculos aristocráticos. La gran riqueza se reconcilia con la canalla, cosa que La Bruyére expresa graciosamente con estas palabras: *"si le financier manque son coup les courtisans disent de lui, c'est un bourgeois, un homme de rien, un malotru; s'il réussit, ils demandent sa fille"* [2]. Toda la época primitiva del capitalismo da empero la impresión de ir regida por este principio: que para la persona de distinción es digno gastar el dinero, pero no lo es ganarlo. Y a este propósito ha dicho Montesquieu estas lapidarias palabras: "todo se habrá perdido si la lucrativa profesión del financiero se encamina por el rumbo de la distinción. Las demás clases sociales sentirán cierta repugnancia; el honor perderá su alta significación; los medios naturales y lentos para destacar no producirán ya su efecto y sufrirán hondo quebranto los principios fundamentales del poder público".

[1] Laffemas, *Traité du commerce de la vie loyal marchand*, 1601. Citado por G. Fagniez, *L'economie sociale de la France sous Henri IV*, 1897.

[2] Si el financiero falla su negocio, los cortesanos dicen de él: es un burgués, un hombre de nada, un patán. Pero si gana, le piden su hija en matrimonio.

Pero estas ideas dominaban no sólo en las clases aristocráticas, en los señores feudales, sino también en las demás clases, que van elevándose sobre la *"misera contribuens plebs"*. A estas ideas corresponde el afán de los mejores, esto es, más ricos comerciantes, por destacarse del resto de los trabajadores, afán del que ya trataremos en otro lugar. Las personas de extracción baja y vulgar, que habían logrado riqueza, sintieron anhelos de ingresar en la nobleza. Es posible que estos anhelos se sintieran en Francia con mayor fuerza que en otros países; acaso porque aquí la nobleza poseía una gran fuerza política y pertenecer a ella producía beneficios bajo el doble aspecto social y material.

En todo tiempo la nobleza ha recibido en su seno a los hombres de negocios enriquecidos. A partir de los primeros tiempos de la Edad Media —casi diríamos que más aún en los tiempos antiguos que después— regístrase este fenómeno en todos los países. Sabemos que en ciudades de Alemania, y de un modo constante, las casas nobles admitían en su seno a gentes que vivían del trabajo manual y del comercio [1]; hecho que también se registra en las familias nobles de las ciudades italianas al iniciarse la Edad Media [2]. Desde siempre ha ocurrido otro tanto en la aristrocracia inglesa, como lo demuestran textos legislativas anglosajones, sobre todo una disposición del rey de Inglaterra Athelstan, citada por Thorpe (*Ancient laws institutions of England*, I (1840), 193). Lo mismo ha sucedido también en la nobleza francesa [3].

[1] Véase Strieder, *Genesis des mod. Kapit.*, 40. Rud. Hapke, *Die Entstehung der grossen bürgerliche Vermogen;* en el *Jahrbuch* de Schmoller.

[2] V. H. Sieveking, *Die kapitalitische Entwickelung in den italienischen Stadten des Mittelalters.*

[3] Ejemplos numerosos en Pigeonneau, *Hist. du commerce de la France*, I, 144.

Pero, a nuestro juicio, existe una diferencia esencial entre el rico comerciante o financiero que se ennoblece en el siglo XVIII, el que ingresa en la nobleza en el siglo XVIII. En los antiguos tiempos dominaba en absoluto el feudalismo; la nobleza se componía casi exclusivamente de señores territoriales; el villano elevado a noble no transformaba en lo más mínimo el estilo de la vida feudal, al cual se adaptaba por completo, siendo absorbido por el medio. Y esto acontecía por la desproporción de fuerzas entre la clase que admitía y la persona nueva en ella admitida; ésta era, comparada con aquélla, insignificante. Al cabo de un siglo, este nuevo elemento incorporado a la antigua nobleza feudal, aparece mezclado y confundido con ella. Y las "antiguas familias" que hacia 1550 quedaban en Génova o Florencia, en Inglaterra o Francia, es decir, las familias cuyo árbol genealógico se remontaba a doscientos o más años, forman en conjunto la *nobleya feudad,* siendo imposible discernir si el fundador fué hombre libre vulgar, propietario territorial, funcionario ministerial o mozo de cuerda. Todas esas familias pertenecían a la nobleza feudal. En cambio, la nobleza que más tarde se formó, desde el siglo XVII, estaba compuesta de familias nuevas, que procedían del comercio y que por su gran número hubieron de influír sobre la estructura de la clase noble.

Creo, pues, que para quien estudie las transformaciones sociales ocasionadas por la mezcla de la nobleza con el dinero, no tiene interés el enumerar los pocos casos de ennoblecimiento acaecidos durante la Edad Media y añadirlos a la gran corriente que, desde principios de la Edad Moderna, hace afluír a las capas nobles la sangre de burgueses enriquecidos. El buen historiador es justamente el que distingue bien las peculiaridades de las diferentes épocas históricas.

Francia inicia su transformación hacia fines del siglo XVI y comienzos del XVII, surgiendo entonces nuevas y pode-

rosas fuentes para la formación de la nobleza: 1º Con Enrique IV empieza a ser frecuente la adjudicación de títulos nobiliarios a los industriales, como privilegio para la creación de nuevas industrias. 2º Por el edicto de *La Paulette*, de 1684, fueron declarados transmisibles por herencia los cargos vendibles, lo cual implica un cambio de sistema, ya que desde entonces la *Grande Robe*, con la que tantos lazos mantenía la mayor parte de la nobleza, vino a reclutarse propiamente en elementos financieros y personas ricas. 3º En 1614 se reconoció legalmente la adquisición de las propiedades feudales por burgueses, adquisición que hacía ya tiempo se venía verificando. Esta forma de obtener la nobleza ha tenido en Francia importancia extraordinaria. En el siglo XVIII había infinidad de señores recién amasados, que gozaban de la nobleza por haber adquirido, mediante compra, propiedades señoriales. Los ricos se adornaban con señoríos, como hoy se adornan con ciertas condecoraciones exóticas. París-Montmartre, hijo de un modesto tabernero de Moirans, firma en un bautizo con los títulos de conde de Sampigny, barón de Dagouville, señor de Brunoy, señor de Villers, señor de Foucy, señor de Fontaine, señor Chateauneuf, etc. 4º A estos tres modos de adquisición de nobleza, puede adicionarse otro, hacia fines del siglo XVII. Me refiero a la compra de títulos nobiliarios. En el año de 1696, fueron vendidos 500 títulos; en 1702, 200; en 1711, 100.

En vista de estos datos, a nadie sorprenderá que la nobleza francesa llegase a estar constituída, casi exclusivamente, por *Turcarets* ennoblecidos. Y no exageraba Cherrin al decir que lo que Francia denominaba nobleza, en los siglos XVII y XVIII, no venía a ser otra cosa que el *tiers état enrichi, élevé, decoré, possesioné.* Ni tampoco exageraba el marqués de Argenson cuando, a mediados del si-

glo XVIII, escribía que, dada la facilidad de obtener la nobleza mediante dinero, no había riqueza que no se convirtiese al punto en nobleza. Poseemos una estadística bastante exacta sobre la composición de la nobleza, al terminar la Revolución francesa; y confirma la exactitud de estos juicios. Existían entonces 26.600 familias nobles, y de ellas solamente 1.300 a 1.400 pertenecían a la nobleza de abolengo. De las restantes, sólo 4.000 pertenecían a la nobleza de toga. La alta finanza francesa contribuyó poderosamente a la constitución de la nobleza francesa, mucho más de lo que expresan estas cifras, si tenemos en cuenta los numerosísimos matrimonios de títulos con ricas herederas de la clase baja.

Este proceso de fusión estaba en su apogeo a principios del siglo XVII, si hemos de conceder crédito a las palabras del viejo gruñón marqués de Sully, que formuló amargas quejas sobre este estado de cosas: "que las ideas han cambiado, que el oro lo puede todo, que hasta la nobleza piensa sobre esto como el pueblo y no duda en contraer alianzas vergonzosas". Ciento cincuenta años después las esferas aristocráticas pensaban de modo diferente. M. de L'Ecluse, editor de las *Mémoires*, de Sully, no pudo menos de mitigar (1752), en nota, las palabras duras del marqués. y cuando por esta época el duque de Pecquigny contrajo matrimonio con la hermana del financiero La Mosson-Montmartre, que llevaba en dote la nimiedad de 1.700.000 libras, la duquesa de Chaulnes dijo a su hijo: "Hijo mío, este matrimonio es excelente; es preciso echar estiércol a tus tierras". La descripción que de esta época nos hace el clarividente Merier [1] se ajusta seguramente a la realidad: "La dote de casi todas las esposas de los señores ha salido de la caja de los arrendatarios". También ahora renuncia-

[1] *Tableau de Paris*, 2, 201, cap. CLXXII.

mos a nombrar una por una las numerosas alianzas o matrimonios de esta índole que se llevaron a cabo. Fácil sería formar largas listas. Nos limitaremos a citar algunos graciosos ejemplos, en los que se reflejan los característicos estados sociales del siglo XVIII, tan semejante en este respecto a los dos siglos posteriores.

Uno de los hijos de Samuel Bernard, más conocido por el nombre de "el judío Bernard", es el conde de Coubert y contrae matrimonio con madame Frottier de la Coste Messelière, hija del marqués de la Coste. El otro hijo compra un oficio de presidente en el Parlamento de París, titulándose conde de Rieur, y casa con madame de Boulainvilliers. En virtud de estos enlaces, el "judío Bernard" llega a ser abuelo de las condesas de Entraygues, de Saint Simon, de Courtorner, de Apchon y de la futura marquesa de Mirepoix. Antoine Crozat, cuyo abuelo desempeñaba oficio de criado, casó a su hija con el conde de Evreux, de la casa principesca de Bouillon. El segundo hijo, barón de Thiers, casó con madame de Laval-Montmorency y las hijas de este matrimonio casaron a su vez con el marqués de Béthune y el mariscal de Broglie. Un hermano de Crozat casó a su hijo con el marqués de Montsampére, señor de Cléves. Una parienta del duque de la Vrilliére casó con Panier, encumbrado por su riqueza. El marqués de Oise concertó un matrimonio con la hija del americano André, cuando la prometida no contaba más que dos años (recibió 20.000 libras de renta hasta la celebración del matrimonio efectivo y cuatro millones de dote). La hija de Berthelot de Pleneuf casó con el marqués de Prie; fué la amante del Regente. La hija de Prondre llegó a ser madame de La Rochefoucauld. Le Bas de Montargis se convirtió en suegro del marqués de Arpajon, abuelo del conde de Noailles y del duque de Duras. Olivier-Senozan, cuyo padre era tra-

pero, dió su hija al conde de Luce, más tarde príncipe de Tingry. Villemorien dió la suya al marqués de Béranger. Los condes de Evreux y de Ivry, los duques de Brissac y de Pecquigny, todos, absolutamente todos, emprendieron el camino hacia las cajas de Turcaret.

¿No es todo esto semejante a las historias de nuestros últimos tiempos sobre matrimonios de las ricachonas yanquis con los nobles europeos?

CAPÍTULO II

LA GRAN CIUDAD

I

LAS GRANDES CIUDADES DE LOS SIGLOS XVI, XVII Y XVIII

Uno de los hechos que más han influído en el desarrollo de la cultura y que, en el fondo, puede estimarse como consecuencia de cuanto queda expuesto en el anterior capítulo, es el rápido aumento que muchas ciudades registran en el número de sus habitantes a partir del siglo XVI. Esto determina la creación de un tipo nuevo de ciudad. Surge a la vida la urbe, la grande y populosa ciudad, con cientos de miles de habitantes. Y este tipo, con Londres y París, llega hacia fines del siglo XVIII a parecerse ya mucho a la ciudad actual del millón de habitantes.

Ya en el siglo XVI se eleva a 13 ó 14 el número de las ciudades con 100.000 y más habitantes [1]. En primer lugar figuran las ciudades italianas: Venecia (en 1563, 168.627; en 1575-77, 195.863), Nápoles (240.000), Milán (hacia 200.000), Palermo (en 1600, aproximadamente, 100.000),

[1] Tomo las cifras al trabajo cuidadoso de F. Beloch ("Evolución de las grandes ciudades europeas"), publicado en las *Actas del VIII Congreso Internacional de hig. y dem.* (1894), pág. 55.

mientras Florencia, en 1530, sólo tenía 60.000 habitantes. Inmediatamente vienen las ciudades españolas y portuguesas: Lisboa (en 1629, 110.800), Sevilla (a fines del siglo XVI, 100.000 habitantes aproximadamente). Luego las flamencas: Amberes (en 1560, 104.972), Amsterdam (en 1622, 104.961). Vienen, por último, París y Londres. París, contra cuya excesiva extensión se publicaron edictos reales a mediados del siglo (de esto trataremos luego), retrocedió notoriamente en cuanto al número de habitantes, a consecuencia de las guerras religiosas. En 1594 tenía, aproximadamente, 180.000. Londres creció rápidamente y a fines del siglo adquirió todos los caracteres de las grandes urbes, como se desprende claramente de una disposición dictada por Isabel en 1602 [1]. En el período de esta reina podemos fijar en 250.000 el número de habitantes. Durante el siglo XVII disminuye la población de algunas de las primitivas grandes ciudades. Lisboa y Amberes bajan de los 100.000; lo propio ocurre con Milán y Venecia. En cambio se elevan a la categoría de grandes ciudades Viene (en 1720, 130.000 habitantes) y Madrid. Rápido crecimiento adquieren Roma, Amsterdam, París y Londres. Roma tiene, a fines del siglo, 140.000; Amsterdam, 200.000 habitantes. París llega al medio millón y Londres sobrepasa esta cifra (en 1700, 674.350).

Durante este siglo Londres va creciendo lentamente. París crece de un modo rápido, alcanzando extraordinario desenvolvimiento con los dos primeros Borbones. Encontramos ahora con frecuencia esos edictos que ya hemos mencionado, prohibiendo la construcción de nuevas viviendas, a fin de contener el crecimiento de la ciudad [2]. (En estas

[1] El texto se halla en Rymer, *Foedera,* 16, 448, y lo reproduce Anderson, *Orig.* 2, 209.

[2] "Dado que la intención de S. M. ha sido que su buena ciudad de París tenga una extensión cierta y limitada..."

prohibiciones podría decirse que se exterioriza la misma voluntad que se manifiesta en las ordenanzas de los gremios: la resistencia contra el crecimiento desmedido de un cuerpo orgánico, la oposición contra la tendencia capitalista a desconsiderados engrandecimientos y cuantificaciones, la protesta de la antigua idea de la congrua contra el nuevo afán de dilatación ilimitada).

Las prohibiciones no sirvieron de nada, aunque se repitieron (1627-1637). Precisamente durante este decenio se desarrolló París de un modo extraordinario. "Entre el París de Luis XIII y de la Liga —dice el bien enterado Baudrillart— existe mayor diferencia que entre el de la Liga y el de la tercera república".

Los contemporáneos percibían vivamente el cambio. Demuéstralo la descripción que hace Corneille, en su comedia *Le menteur* de 1642 (acto II, escena V):

> *"Una ciudad entera, construída con magnificencia,*
> *parece salida por milagro de un viejo foso,*
> *y nos hace pensar, con sus tejados soberbios,*
> *que todos sus habitantes son dioses o reyes".*

El siglo XVIII trae los cambios siguientes: pasan de 200.000 habitantes Moscú, Petersburgo, Viena, Palermo (en 1795, 200.162). Se aproxima a estas cifras Dublín (en 1798, 182.370; en 1753, 128.870, y en 1644, 8.159). Se aproximan a los 100.000 habitantes Hamburgo, Copenhague, Varsovia. Berlín pasa de 141.383 (1783), Lyon de 135.207 (1787). Nápoles se aproxima a medio millón (en 1796, 435.930). Londres, al millón (864.845, según el censo de 1801). París tiene, al estallar la Revolución, de 640 a 670.000 habitantes.

II

LA FORMACIÓN Y LA ESTRUCTURA DE LAS GRANDES CIUDADES

Pero, ¿qué es lo que ha determinado el crecimiento de estas ciudades? En esencia, encontramos que actúan los mismos elementos que en la Edad Media formaron la ciudad. También las grandes ciudades de la primitiva época capitalista son consumidoras en el más alto sentido del vocablo. Los grandes consumidores son los elementos que ya conocemos: los príncipes, la clase eclesiástica, los grandes, a los que se agrega un grupo importante: la alta finanza, que a un mismo tiempo puede considerarse como clase consumidora, sin menoscabar en lo más mínimo su carácter "productor" en el organismo económico. Las grandes ciudades se desarrollan intensamente, porque son la residencia del núcleo más numeroso de consumidores. Si el radio de la ciudad se extiende, débese, pues, en esencia a la concentración del consumo, en los centros urbanos del país.

La exactitud de este concepto se demuestra por de pronto *e contrario*, haciendo ver que los productores, comerciantes e industriales, no salen del estrecho círculo de las pequeñas ciudades. Ciudades propiamente mercantiles como Bristol, considerada por un viajero de mediados del siglo XVIII, como la mayor y más poblada de la isla y una de las más importantes de Europa [1], o las demás ciudades florecientes de Inglaterra, Exeter, Lynn, Norwich, Yarmoutr, etc., no cuentan más de 30-40.000 habitantes, mientras que Londres contaba ya más de medio millón. Pero la industria, por su parte, tampoco puede crear una gran ciudad. Los centros

[1] Daniel Defoe, *A tour through the island of Great Britain*, 1724.

industriales del siglo XVIII, las ciudades mineras o las centrales de industrias, caseras, como New Castle, Glasgow, Leeds, Manchester, Birmingham, en Inglaterra; Iserlohn, Paderborn, Javer, Hirschberg, en Alemania, son ciudades medianas y aún pequeñas. Ni la Gran Bretaña, ni Alemania tienen hasta fines del siglo XVIII más ciudad de 100.000 habitantes que la respectiva capital. Si algunas "ciudades comerciales" de aquella época poseen, como Amsterdam y Hamburgo, el carácter de grandes ciudades, es porque, como lo demuestra una investigación detenida, su engrandecimiento se debe a causas distintas del comercio. Antes del siglo XIX sólo encuentro una ciudad productora que pueda incluirse entre las grandes ciudades: Lyon, sede de las más importantes industrias suntuarias en la primera época capitalista. Respecto de esta ciudad, es de advertir que también la difusión del crédito contribuyó eficazmente a su desarrollo.

Pero no menos fácil es dar la prueba positiva de que la concentración del consumo, es, en realidad, la que ha creado las primeras urbes, de modo bastante uniforme, sin tener en cuenta las particularidades del país, bajo la presión de la evolución general capitalista. Lo vamos a demostrar con ejemplos de las más grandes ciudades de los siglos XVII y XVIII.

1. *Berlín* es el verdadero tipo de la ciudad principesca, donde esencialmente la corte, los funcionarios y militares constituyen los elementos urbanos. Berlín inicia, en la segunda mitad del siglo XVIII, su crecimiento de un modo rápido. A principios de 1760, cuenta más de 100.0000 habitantes. Y a fines del siglo XVIII es una ciudad compuesta, casi exclusivamente, por soldados y funcionarios, una ciudad pobre. En 1783 la guarnición, con sus mujeres e hijos, no bajaba de 33.088 individuos, es decir 23 por 100 de los 141.283 habitantes que componían la población total (con-

tra 29.448 individuos, o 1,8 por 100 en el año 1895). Los funcionarios del Estado y del municipio ascendían a 3.433, es decir, a unas 13.000 personas, contando a sus familias. Hay que agregar 10.074 domésticos. Estos tres elementos, con la corte, arrojan un conjunto de población que excede de 56.000, más de los $^2/_5$ de la población total. Los pobres, que debían de ser todos estos asalariados del pobre rey de Prusia, se advierte por el hecho de no poder proporcionar viviendas y ocupación más que a un número igual de personas; en cambio, en el París o en el Londres de entonces, una población de 50.000 asalariados hubieran dado vida a una ciudad de 200 a 300.000 almas por lo menos.

2. *Amsterdam* fué primero, también, ciudad cortesana. Pruébalo el hecho de que el traslado de la corte hacia fines del siglo XVIII, produjese en ella considerables perjuicios de todos los órdenes. Pero no tardó en resacirse y se convirtió en centro de los acreedores de casi toda Europa. A Amsterdam vienen a consumirse los excesos de riqueza colonial de todo el mundo.

3. *Venecia* tiene análogo carácter que Amsterdam. La pronta y considerable riqueza colonial no tarda en dar lugar a la creación de una numerosa clase de rentistas, que traen como consecuencia el aumento de propietarios territoriales, ya muy numerosos. De los colonos de Creta sabemos que ya en el siglo XV: "Muchas familias habían adquirido en Creta grandes fortunas y residían en Venecia, gastando sus rentas". No hay que olvidar que, hasta la pérdida de sus colonias, fué Venecia la capital del Estado que venía en tercer lugar en Europa. La riqueza que en Venecia se consumía, determinó una vida de lujo y placeres que atrajo a numerosos extranjeros. En el siglo XVI era Venecia, con Roma, la ciudad en esto más famosa. *Sede principallissima del piacere,* fué calificada por un escritor en el ako 1565. *Paradisus delitiarum* es llamada en el Itinerario

de Hentzners[1]. Las fiestas y las mujeres atraían especialmente la visita de los extranjeros.

4. *Roma*. Según Gregorovio, y a causa principalmente de su gran extensión, fué Roma la única "urbe mundial" que en el siglo XVI logró reunir una multitud heterogénea de consumidores. Estos consumidores son: En primer término el Papa, que vive del dinero de San Pedro y de sus propios recursos, muy considerables, la mayor parte de las veces, conviviendo con los elementos de su corte. En segundo lugar, los peregrinos; en el año de 1500, se elevó a 200.000 su número. En tercer lugar, los cardenales y monseñores. Cartesio —*de Cardinalatu*— dice que ya en el siglo XV un cardenal tiene que tener 12.000 florines de oro de ingreso y mantener a 140 individuos aproximadamente. Algunos cardenales tenían ingresos de 30.000 ducados y aún más. Siguen en orden los "nepotes" del Papa cargados de tesoros. Pietro Riario, hijo de Sixto IV, tenía de renta 60.000 florines. En quinto lugar, vienen las grandes casas nobiliarias, los Orsini, los Colonna, etc., dueñas de las mayores fincas y de cuantiosas rentas.

Cuando residieron los papas en Avignon, Roma estuvo a punto de desaparecer. Después de la muerte de Clemente V, el cardenal Napoleón Orsini asegura al monarca francés que, a causa del traslado de los papas, Roma está al borde de su perdición. En 1347, Cola di Rienzi cree que Roma se asemeja más a una cueva de bandidos que a una mansión de personas civilizadas[2].

5. *Madrid*. Lo que Roma y Venecia fueron en los siglos XV y XVI, fué Madrid en el siglo XVIII, una ciudad mundial. En Madrid tenía su corte el monarca más po-

[1] Véase las descripciones de Venecia en H. Simonsfeld: *Der Fondaco dei Tedeschi in Venedig*, 1887, pág. 265.

[2] Véase Pastor: *Historia de los papas*, 13, 1901, págs. 78 y sig.

deroso del orbe. Madrid era la capital del imperio más grande del mundo. A Madrid afluyen los tesoros de América. No es de extrañar, por tanto, que Madrid atrajese a todos los que en España poseían poder y riquezas. El más vivo anhelo era ser admitido en la corte. Los cargos palatinos, concedidos por el monarca, eran codiciados por los hijos de los nobles. La nobleza afluyó a Madrid, singularmente desde Felipe III; y esto dió por resultado que la ciudad ganase rápidamente en importancia. "Los lugares particulares", dice un escritor de aquella época, "se ven despoblados de los vecinos ricos y poderosos" [1]. Dijérase que Madrid, como Roma, era entonces la gran ciudad moderna, que recibía numerosísimos visitantes, que acudían a divertirse. Madrid era denominado "la noble hospedería de los extranjeros" [2].

6. *Nápoles.* Durante el siglo XVII, Madrid había sido la tercera, acaso la segunda gran ciudad de Europa. (400.000 habitantes contaba, al parecer, en el período de su mayor esplendor). Ahora correspondió crecer a Nápoles; y en tales proporciones, que durante el siglo siguiente pasó a colocarse inmediatamente detrás de Londres y París. Nápoles es un ejemplo que demuestra la tesis que estamos sosteniendo: que el crecimiento de las primeras grandes ciudades se debe a la concentración del consumo. Nápoles nunca fué otra cosa que residencia real, y por ello y por haber sido capital de un reino, desde muy antiguo formado, con administración centralizada y órganos de justicia, alcanzó la prosperidad urbana en una época en que ninguna otra ciudad italiana había llegado a ser gran ciudad. El

[1] Conservación de monarquías y discursos. Discurso XIV, citado por Ranke en su *Príncipes y pueblos del Sur de Europa*, 13, 458.

[2] Véase la preciosa descripción que de Madrid, en su época más floreciente, hace V. Gleichen-Runwurm en su libro *Das Galante Europa* (1810), pág. 19.

engrandecimiento y la riqueza de Nápoles reconocen dos orígenes: la realeza y la Iglesia. Ya lo sabían bien los contemporáneos. *Regis servitium nostra mercatura est,* dice Caraccioli, cuya obra refleja la estructura social de Nápoles. En efecto: era verdaderamente extraordinario el número de empleados en Nápoles, como consecuencia del régimen de centralización, y estaba finísimamente organizado el sistema de derechos arancelarios, que los contemporáneos ya consideraban como una fuente muy importante de ingresos. Al que se movía en el mundo culto de Nápoles, parecíale que no había más "jurisperitos, abogados, escribanos" (Folieta). Al consolidarse la dominación española, aminoróse primero la influencia de la corte, fenómeno que claramente vió Caraccioli: el rey se hallaba lejos, la ciudad decayendo, los barones ya no tenían séquito, la vida pública perdía poder y brillo, ya no se veían pompas ni esplendores cortesanos, la ciudad se despoblaba, los alquileres disminuían. Y todo ello porque Nápoles había dejado de ser la ciudad del monarca. "Ese era nuestro comercio, decía Caraccioli, el que proporcionaba riqueza a nuestra nobleza". Pero todo cambió después. Bajo la dominación de España se transformó Nápoles, adquiriendo mayor florecimiento, porque los grandes desplegaron otra vez su pompa y trajeron su séquito, con lo cual la población aumentó rápidamente.

7. *París.* Cuando el fundador de la química moderna consagró sus constantes anhelos en "beneficio del pueblo" esforzándose en la Asamblea Nacional por reformar la hacienda, llevó a cabo un cálculo muy interesante para determinar la cantidad y valor de las mercancías introducidas en París. Sus observaciones exactísimas llegan a la conclusión de que 250 millones se gastan en artículos de consumo para las personas, y 10 millones en lo tocante a los caballos (anualmente). ¿Qué recursos se aplicaban para

liquidar estos 260 millones? Interésanos la respuesta de Lavoisier, porque en ella expone el químico un juicio muy notable sobre la composición especial de la población parisina al principio de la revolución. He aquí los datos con que Lavoisier contesta a la anterior pregunta —purgados de algunos pequeños errores evidentes—: Cerca de 20 millones producen las industrias de exportación y comercio; 140 millones son pagados con ayuda de la Deuda pública y sueldos, y 100 millones proceden de las rentas territoriales y los beneficios de hombres de negocios (de empresas exteriores) que en París han de hacer consumo.

¡Magníficamente expuesto! ¡Es admirable la profundidad de la observación y de la explicación! París, efectivamente, es —salvo una cantidad despreciable— una ciudad puramente consumidora, que vive de la corte, de los funcionarios, del crédito público y de las rentas territoriales.

Vemos esta concepción repetida en los escritos de todos los contemporáneos, a cuyos testimonios hemos de atenernos, no habiendo datos numéricos que abonen la exactitud de nuestra tesis. Mirabeau, el autor de *L'ami des hommes*, calcula en 200.000 el número aproximado de individuos que tendrán que salir de París si, con arreglo a su propuesta, fueran enviados a provincias: primero todos los oficiales reales espléndidamente pagados; segundo todos los propietarios que, seguros de poder tratar fuera de París sus asuntos contenciosos y de tener en su tierra consideración y honra, quisieran marchar a sus pueblos; tercero todos los litigantes forzados.

Según la opinión de Mirabeau y de todos los fisiócratas, "había entonces una mala distribución de los hombres y de las riquezas, porque todos los señores, todos los ricos, todos los que poseen rentas o pensiones suficientes para llevar una vida cómoda, fijan su residencia en París o en cualquier otra ciudad, donde gastan las rentas de los fondos del reino. Estos gastos atraen a multitud de comer-

ciantes, artesanos, criados y trabajadores manuales". En torno de estos rentistas, a los cuales se añadían los "hacendistas, cuyas cajas se refieren directamente al tesoro real", agrupábase una industria de lujo refinadísima y muy desarrollada, pues "el propietario rústico tórnase en París *arbiter elegantiarum* y da ideas al obrero que, elevándose así por encima de su esfera mecánica, se hace ilustre en su arte." (Mirabeau, *L'ami des hommes*, 2, 217).

Mercier describe también, con su estilo permanente, cómo todos los oficios y comercios viven sólo de las rentas de los ricos que, por tanto, son aquí los verdaderos fundadores de la ciudad, en el sentido que yo sostengo:

"¿Cómo encontrar medios para subvenir a esta muchedumbre de necesitados, que no viven sino del lujo de los grandes?... Se ven en esta capital a hombres que pasan su vida haciendo juguetes para niños. Los barnices, los dorados, las decoraciones ocupan a un ejército de obreros. Cien mil brazos empléanse a diario en fundir dulces y en preparar postres. Cincuenta mil manos, empuñando peines, esperan el despertar de todos los ociosos, que vegetan, creyendo vivir, y que, para desquitarse del tedio que les abruma, hacen dos *toilettes* al día".

En sus descripciones olvidan los fisiócratas que una parte no pequeña de la población de París vive de los ingresos eclesiásticos y sus servidores. También en este punto es Mercier la fuente más valiosa. Escribe: "París está lleno de abates, clérigos tonsurados, que no sirven ni a la Iglesia ni al Estado, que viven en continuada ociosidad y no hacen más que inutilidades y nonadas... En muchas casas hay un abate, a quien se da nombre de amigo, pero que no es sino un honrado lacayo que manda a los de librea... Vienen después los preceptores, que son también abates..." (Mercier, *Tabl. de París*, Cap. XC).

También debemos a Mercier el único cuadro digno de crédito que existe sobre los diferentes grupos de la pobla-

ción parisiense, al final de la época primera del capitalismo. He aquí la lista:

"Hay en París ocho clases de habitantes, claramente distintas: 1ª, Príncipes y grandes señores; 2ª, Gentes de toga, que se dividen en: a) abogados; b) eclesiásticos; c) médicos; 3ª, Hacendistas, desde el arrendador general hasta el prestamista de portal. Los agentes de cambio, nuevos cocodrilos, ocupan el centro de este cuerpo devorador, despreciable y presto despreciado; 4ª, Negociantes o mercaderes que viven de los grandes señores; mas como los grandes no compran nada al contado, los mercaderes están obligados a ir todos los días a humillarse ante ellos o ante sus criados; 5ª, Los artistas: pintores, arquitectos, escultores (baja clase), compositores de música (clase superior), hombres de letras(clase suprema o nobleza de los artistas); 6ª, Los artesanos; 7ª, Los obreros manuales; 8ª, Los lacayos; 9ª, El pueblo bajo".

Adviértase que habiendo dicho ocho clases, Mercier enumera nueve. "Hay, sobre todo, una multitud de improductivos: las numerosas colonias de frailes, los nobles, los procuradores, los escribanos, los guardias, los clérigos, millares de vagos, rentistas, cocheros, mozos de cuadra, postillones y los extranjeros, que vienen en enjambres". (Mercier, *Tabl. de París*, II, 39).

8. *Londres*. Pujante corte real, en torno de la cual se congregan, desde fines del siglo XVI, numerosos propietarios territoriales que gastan aquí sus rentas. Este es el núcleo fundamental de Londres aún en el siglo XVIII. La gran atracción que la capital ejercía sobre la *nobility* y la *gentry*, en el siglo XVII, se manifiesta en los numerosos edictos dados en tiempos de los dos primeros Estuardos, edictos que —¡cosa rara!— van dirigidos contra la inclinación de las familias propietarias territoriales a establecerse en Londres.

Estas disposiciones, que pretenden hacer retroceder el río a su fuente, no fueron tenidas en cuenta. Durante el siglo XVII precisamente se trasladaron a Londres numerosos propietarios ,lo cual determinó el rápido crecimiento de la población. A fines del referido siglo, Londres se nos presenta como la cita de la *nobility*, *gentry*, cortesanos, juristas, médicos, comerciantes, navegantes, artistas, etc.

Desde fines del siglo XVII y durante el XVIII, agrégase a los grupos de población ya establecidos, uno nuevo de grandísima importancia: el acreedor del Estado y el alto financiero. En el siglo XVII dominaba ya en Londres el crédito y sus aplicaciones. Podían en poco tiempo movilizarse grandes sumas de dinero, como lo demuestra bien el hecho de que el capital de las acciones del Banco de Inglaterra (1.200.000 libras) pudo hacerse efectivo desde el 29 de junio hasta el 2 de julio de 1694. D. Hume subraya certeramente la fuerza urbanizadora de la Deuda pública: "nuestra Deuda nacional causa una gran confluencia de habitantes en la capital".

A mediados del siglo XVII el mundo elegante sigue aún en la City. Esto se desprende de ciertas quejas formuladas por damas sobre las molestias que les produce el humo del carbón. (Entonces comenzaba a emplearse como combustible el carbón de piedra).

A partir de este momento, la nobleza empieza a trasladar sus palacios a las afueras de la ciudad. El continuador de Miege, Mr. Bolton, nos presenta un cuadro impresionante del proceso de transformación de Londres a mediados del siglo XVIII, y al propio tiempo cita los nombres de las nuevas edificaciones. Su descripción da a entender que el carácter del Londres distinguido, en aquella época, estaba influenciado aún por el establecimiento de la nobleza en la capital, "engrandecidos por las ricas casas y palacios de la nobleza y de la *gentry*".

El mismo cálculo que Lavoisier hizo para París, he intentado yo hacerlo para el Londres del siglo XVIII, aunque con otro método distinto, determinando en cifras la participación de los grupos de población en la estructura de la ciudad. He llegado al resultado siguiente —que naturalmente no pretende ser exacto, pero que aumenta en credibilidad— sin duda, si se compara con el de Lavoisier para París (las diferencias dependen tan sólo de la superioridad del comercio londinense).

Chamberlayne, al hacer la descripción de Londres, destaca, sobre todo, el comercio como elemento creador de la ciudad. Esto es natural; el comercio saltaba a la vista. Pero las cifras demuestran, del modo más evidente, que "el comercio" sólo hubiera podido sustentar una pequeña parte de la población londinense. El valor total de la importación y exportación inglesas en 1770, fué de 214 millones de marcos, cifra a la cual únicamente pudo llegar la ciudad de Brema hacia mediados del siglo XIX. Los barcos que entraron y salieron de todos los puertos de Inglaterra en 1688, cifraban su tonelaje total en 285.000 toneladas, cifra aproximadamente igual a la Hamburgo en 1800, esto es, 1/50 parte de su valor actual. La importancia del comercio londinense en aquella época fué, sin duda, muy considerable; pero es prudente no forjarse representaciones exageradas sobre la base de las expresiones que emplean los escritores contemporáneos, que semejan un bosque de mástiles, etc. Las consideraciones que vamos a exponer, demuestran el verdadero papel que el comercio ha desempeñado en el desarrollo de Londres. En 1700, el valor de la importación y exportación de Inglaterra se eleva a unos 11 millones de libras. Podemos calcular un beneficio, por término medio, del 10 por ciento sobre ese valor, y nos resultará un total de 1.100.000 libras. Calculemos ahora en $^2/_3$ la parte que a Londres correspondía en el comercio general de Inglaterra —lo que de seguro es bastante—, y ten-

dremos una suma de 750.000 libras (números redondos), como beneficio líquido de los comerciantes londinenses. Ahora bien, King calcula para 1688 el promedio de los ingresos de una familia perteneciente a la clase artesana, en 40 libras; la de una familia de obreros, en 15 libras. Con la indicada suma, pues, hubieran podido vivir 7.000 familias de artesanos y 24.000 de obreros, o 12.000 familias de cada una de estas clases. King calcula el número de los miembros que constituyen cada familia en 3 ½ a 4. Resulta, pues, que no pasarían de 100.000 los individuos londinenses que en aquella época podían vivir de los productos del comercio, es decir, $^1/_7$ ó $^1/_6$ de la población.

Ahora bien hay que tener en cuenta que el comercio de Londres sólo podía tener fuerza creadora de población urbana, en cuanto no representase el cambio de mercancías para la propia población londinense. Lo cual reduce todavía más la proporción. Para poder establecer comparaciones, examinemos la lista civil de los monarcas de Inglaterra en aquella época. En 1696 el Parlamento otorgó a Guillermo III una lista civil de 700.000 libras. La reina Ana cobraba igual suma. La lista civil, en tiempos de Jorge I y Jorge II, se eleva, respectivamente, a 800.000 y 900 mil libras. El príncipe de Gales, tenía, además, sus emolumentos de 100.000 libras. Resulta, por tanto, que el rey, la reina madre y el príncipe heredero disponían de rentas y recursos equivalentes a las de todos los comerciantes. Estas cifras están tomadas de la obra de Miege y Bolton (pág. 236). En tomo apéndice de dicha obra, hay un cuadro bastante completo de los sueldos que disfrutaban los militares y funcionarios civiles de Inglaterra; allí puede apreciarse la importancia verdaderamente extraordinaria de los sueldos de los más altos funcionarios, sueldos que llegan no pocas veces a 1.000 y 2.000 libras. Ahora bien, un comerciante, para ganar 2.000 libras, tendría que hacer ventas por valor de 200.000 libras; es decir, 1,40 de las ven-

tas totales de Londres. La participación que corresponde a cada factor en la formación y estructura de Londres es, pues, según mi cálculo, la siguiente: dos sextas partes del pueblo londinense viven del rey y de la corte; una sexta parte vive de la clase de funcionarios; dos sextas partes viven de los propietarios territoriales y acredores del Estado (alta finanza), y una sexta parte vive del ejercicio de la industria y del comercio.

III

LAS TEORÍAS DE LAS CIUDADES EN EL SIGLO XVIII

Si se examinaran las numerosas "teorías de las ciudades" en el siglo XVIII, se ve con toda la claridad deseable que la estructura social de la gran ciudad durante la primitiva época capitalista era tal como la hemos descrito. De dichas teorías bien podemos sacar conclusiones sobre la naturaleza de las urbes en aquella época, pues aunque la mayor parte de los tratadistas se figuran describir el origen y las condiciones de la ciudad o la gran ciudad en abstracto, no exponen, en realidad, otra cosa que generalizaciones de las formas efectivas observadas por ellos en la realidad de su tiempo. Citaré algunos extractos de los más estimados autores que escribieron entonces sobre problemas urbanos.

Cantillon es, a mi parecer, el autor que abre vía en la teoría de las ciudades, como también en muchos otros problemas de la ciencia económica del siglo XVIII. He aquí como imagina el origen de la ciudad: "Si un príncipe o un señor... fija su residencia en algún lugar grato y si otros señores acuden allá y se establecen para verse y tratarse en agradable sociedad, este lugar se convertirá en una ciudad, con casas grandes para los referidos señores. Construiránse también otras muchas casas para los mercaderes,

artesanos y otros profesionales, que la residencia de aquellos señores atraerá. El servicio de los citados señores requerirá panaderos, carniceros, cerveceros, viñateros, fabricantes, que construirán casas o alquilarán los locales construídos por otros negociantes... todas las casas pequeñas de una ciudad, como la aquí descrita, dependen de las grandes casas... La ciudad crecerá aún más si el rey o el Gobierno establece en ella tribunales de justicia... Una capital se forma de la misma manera que una ciudad de provincia. Todas las tierras del Estado contribuyen más o menos a la subsistencia de los habitantes de la capital". (Cantillon, *Essai sur la nature du commerce*).

Esta teoría de Cantillon la vemos reproducida con ligerísimas variantes en la mayor parte de los tratados de aquella época acerca de la formación de las ciudades. La teoría fué elaborada especialmente por los fisiócratas, porque servía de puntal a sus doctrinas. Pero fué aceptada igualmente por muchos tratadistas, fisiócratas no ortodoxos. Muchísimo se ha escrito en la economía política del siglo XVIII, acerca de la aplicación económica más adecuada de las rentas territoriales, consagrándose infinidad de capítulos al estudio del lujo, materia que, con la relativa a la población, es de preferente atención en toda la bibliografía del siglo XVIII. Mas la aplicación, el consumo de dichas rentas es un factor importante en el desenvolvimiento económico de las ciudades, especialmente en las grandes ciudades; por este motivo la cuestión del lujo se mezcla con el problema de la urbe y casi todos los tratadistas, que se ocupan del problema del lujo, extienden el radio de sus investigaciones al problema de la ciudad. ¿Por qué los ricos gastan sus rentas en la ciudad? ¿Qué influencia tiene el modo de gastar sobre la marcha de la economía pública?

La obra de Quesnay: *Questions intéressantes sur la population, l'agriculture et le commerce* (edición Oncken,

pág. 250 y ss.), basta para demostrar de qué modo tan íntimo están ligadas en la bibliografía de aquella época las cuestiones del lujo y de la formación de las ciudades. Las veinte "cuestiones" del capítulo "Ciudad" están dedicadas al problema de la relación entre la formación de las ciudades y la circulación económica. Véase, por ejemplo, la cuestión XV: "si las grandes fortunas que se forman en las grandes ciudades no son perjudiciales a la agricultura... ¿no prueban que las riquezas se acumulan en las ciudades y no vuelven a los campos?" Véase, también, la cuestión XVIII: "si el restablecimiento de las rentas de los bienes inmuebles exige que los propietarios y los que pueden hacer grandes gastos residan en los campos, ¿no es el consumo que se hace en las ciudades tan provechoso para los campos como si se hiciese en el campo mismo?" Igualmente dice en el capítulo "Riqueza", artículo VI: "desde que los grandes y los ricos se han retirado a la capital, ¿no se han hecho mayores sus gastos y no hay por ello motivo de juzgar que el lujo aumenta? ¿No ha sido el lujo siempre proporcionado a las riquezas de la nación?" etc.... Quesnay se basa en Cantillon, cuyo magnífico "ensayo" trata en su primera parte el mismo problema. Véase, por ejemplo, el capítulo XIV, cuyo título contiene todo un programa.

Como comparación con la teoría de Cantillon, citaré otros pasajes: "las riquezas de la ciudad atraen los placeres. Para gozar de ellos y compartirlos, los ricos propietarios abandonan el campo, pasarán algunos meses en dicha ciudad, construirán en ella casas. La ciudad crecerá cada día más... Esta ciudad llevará, en fin, el nombre de capital". (Helvetius: *Del hombre*. Lect. VI, capítulo VII). El mismo espíritu alienta en las manifestaciones del conde de Mirabeau *(De la monarquía prusiana, bajo Federico el Grande)*.

De entre los italianos hay que citar Beccaria y a Filangieri. En Inglaterra la teoría de las ciudades establecidas

por Stewart reproduce en el fondo los pensamientos de Cantillonte con la única modificación de que añade a los *landlords* (señores territoriales) otros elementos que tienen ya formado un fondo que les permite obtener una parte de los ingresos nacionales.

Capítulo III

LA SECULARIZACIÓN DEL AMOR

I

LA VICTORIA DEL PRINCIPIO DE ILEGITIMIDAD

No sé de otro acontecimiento más importante, para la configuración de la vida en la sociedad antigua y moderna, que la transformación acaecida en la relación de los sexos, desde la Edad Media hasta la época del rococó. Sobre todo la inteligencia de la génesis que ha tenido el capitalismo moderno se halla íntimamente ligada a un conocimiento preciso de esos cambios de las relaciones intersexuales.

Para comprender primero el proceso interno de las opiniones sobre el amor y las relaciones amorosas, tenemos a nuestra disposición dos vías de conocimiento: las manifestaciones de hombres (y en este caso también de mujeres) representativos y las acciones por ellos realizadas. Las declaraciones pueden ser hechas ex profeso en tratados sobre el amor, en libros *ne'quali si ragiona d'amore,* como dicen *Gli Asolani.* También las tenemos en poesías o en obras del arte plástico, que reflejan "el espíritu del tiempo". Se comprende por sí mismo que ese "espíritu del tiempo" es en este caso el de una capa social muy de-

terminada: la Corte, la nobleza y los que siguen las inspiraciones de éstas. En la clase burguesa el régimen del amor se desenvuelve en dirección diametralmente opuesta a la de los caballeros (y acaba por producir el negociante capitalista).

Como las olas del mar sucédense unas a otras las formas de vida. La ola, que ahora nos sustenta, no tiene nada que ver con la que queremos estudiar aquí en su ascensión y decadencia; procede de los conventículos y predicaciones de Calvino y Juan Knoxen, origen primero de los conceptos de decencia burguesa. Pero aún dentro de uno y el mismo ciclo de cultura, no camina la evolución en línea recta, sino que es a veces desviada por tendencias contrarias. Sólo en grandes rasgos podemos hablar de una evolución uniforme en la concepción y práctica del amor en nuestra época.

La Europa medieval había puesto el fenómeno universal del amor, como toda actividad humana, al servicio de Dios, ya consagrando religiosamente los sentimientos amorosos al orientarlos hacia un objeto supraterrestre (como el culto de María), ya vinculando el amor a una institución y reconociendo el matrimonio como sacramento de origen divino. Todo amor no consagrado a Dios o no vinculado a la institución matrimonial llevaba "el estigma del pecado".

Pero estas ideas se modifican fundamentalmente en el siglo del *minnesang*, esto es, a partir próximamente del siglo XI, siglo que inicia la secularización de la vida en todos los órdenes. Había pasado el año de los terrores, el año mil; habíanse descubierto nuevas minas de plata y las relaciones con Oriente empezaban a intensificarse. En la Provenza, que, como se ha dicho, constituía en los siglos XI y XII una "tierra de promisión alegre y dulce en medio de la tormenta", resonaron las voces de un libre amor terrenal en las canciones de los trovadores, que se inician hacia

1090 y logran su mayor florecimiento desde mediados del siglo XII hasta mediados del XIII. Los minnesanger germánicos continúan esta obra y vemos aparecer en Italia una multitud de poetas líricos, que cantan únicamente el amor. En la colección que tengo a la vista, figuran 123 poetas del siglo que precede a la época de Dante [1].

La obra del *minnesang* podrá parecernos hoy falsa, forzada, artificiosa. Mas hay que convenir en que, precisamente por ello, representa el comienzo natural del amor moderno. Es un erotismo de pubertad, que deifica la amada, languidece y suspira y se agota en devoción y fantasía. La sensualidad natural no aparece hasta el "trecento", y no podemos determinar exactamente si los círculos trovadorescos prosiguen en la sociedad que vemos constituída en torno a la Corte de los Papas de Avignon o de la Fiammetta de Boccaccio. Si damos crédito a la autorizada opinión de Ulrich von Lichtenstein, habremos de decir que la época del *minnesang* no fué más que un episodio, que terminó en el siglo XIII. En su *Wrouwenbuch* (1257) laméntase de que las mujeres ya no son tan libres como antes en su trato con los hombres; ya no lucen hermosos vestidos, se cubren el rostro con tupidos velos y se adornan el cuello devotamente con rosarios. Ya ha desaparecido para la mujer aquel alegre goce de la vida, que hacía tan agradable el anterior período. Los hombres encuentran su satisfacción en la caza; se marchan muy temprano con los perros y por la tarde regresan fatigados, y en lugar de consagrarse a sus esposas o a las damas, pasan el tiempo jugando a los dados y bebiendo con sus camaradas [1].

Quizá sea esto aplicable solamente a Alemania que, salvo escasas excepciones, no figura en la historia del amor

[1] *I'poeti del primo Secolo*, 2 vols., 1816.

[1] A. Schultz, *Das hofische Leben zur Zeit der Minnesanger*, página 423.

hasta época muy posterior (Weimar). En los países del Sur existen motivos para creer que el período de los trovadores siguió desarrollándose. En todo caso, un sentimiento como el que se manifiesta en el *Decamerón*, aparécenos como continuación inmediata de la exaltación que dominaba en los siglos anteriores; es la reacción de la sana sensualidad contra el idealismo llevado a sus últimos límites, reacción que se inicia, sin embargo, en formas pueriles. Descúbrense de nuevo los encantos y goces del amor; despojar insospechadas. El tono que domina en esta época, revélase de sus velos y vestidos a las mujeres produce beatitudes en estas palabras que Boccaccio pone en boca de una monja piadosa y alegre: "He oído decir a muchas damas que todas las dulzuras del mundo no son nada si se comparan con las que la mujer goza con el varón". La mujer continúa estando cubierta de vestidos en la imaginación del hombre. No debe olvidarse a este propósito que el *Decamerón* nació en los tiempos de Giotto.

Como antecedentes de estas nuevas ideas sobre el amor, debemos considerar los cuadros artísticos donde aparecen hombres desnudos, singularmente en los mitos religiosos, como el *Adán y Eva*[1]. Los cuadros y retratos de la primera mitad del siglo XV, nos demuestran claramente que los ojos han comenzado a contemplar de nuevo la carne y sangre. Jan y Hubert van Eyck, en su *Adán y Eva* del altar de la iglesia San Bavo, de Gante (actualmente en el museo de Bruselas); Jacopo della Quercia, en los relieves de San Petronio, de Bolonia (hacia 1425); Masaccio, en sus frescos de la capilla Brancacci, en la iglesia Santa María del Carmine, de Florencia; y, singularmente, Ghiberti (1378-1458), en los relieves de las puertas del

[1] Véase el precioso libro de Josef Kirchner, *Die Darstellung des ersten Menschenpaares in der bildenden Kunst*, 1903.

Baptisterio, de Florencia, son las auroras de una nueva época.

Pero hasta el *quattrocento* posterior no aparece el desnudo de la mujer, como mujer, ni se descubre la belleza íntima de sus formas, ni se desarrolla el encanto del amor sensual. Lúchase por el amor y la mujer. Los artistas pintan con preferencia "la lucha entre el amor y la castidad" (Pietro Perugino, Sandro Botticelli). Pero el resultado no es dudoso. El amor a la mujer vence al fin. Ejemplos: los frescos de Francisco Corsa en el palacio Schifanoia, *La Primavera y el nacimiento de Venus*, de Botticelli.

Lo que Lorenzo Valla expresó de modo teórico en su *Tratado del placer* (1431), aparécenos como sensación de la vida real en las obras de los pintores y poetas. "¿Qué hay más dulce, más placentero, más adorable que un bello rostro? El goce de las delicias celestiales no ofrece, seguramente, mayores encantos". Valla se irrita de que las mujeres lleven ocultas las partes más bellas de su cuerpo. La descripción que hace de las formas femeninas recuerda las más hermosas estrofas del *Cantar de los cantares*, de Heine. (¡Cien años más tarde habría visto Valla realizados muchos de sus deseos!) Firenzuola, en el *cinquecento*, canoniza, por decirlo así, el ideal de la belleza del nuevo período. El amor significa, empero, el goce de esta belleza. "Amor no es otra cosa que goce. Yo amo a las mujeres del mismo modo que amo el vino, el juego, la ciencia. O, dicho en otros términos: el vino, el juego, la ciencia y las mujeres me proporcionan deleite. Y el deleite es el sentido último de la vida. No se goza para algún fin, sino que el goce es el fin último". Así, pues, el amor se convierte en el contenido de la vida. Los poetas cantan el amor y las mujeres: Boyardo, Poliziano, Ariosto:

Le donne, i cavalier, l'arme, gli amori
Le cortesie, l'audaci imprese io canto.

podría escribirse en la puerta de esta época, que —como el mismo Ariosto dice— está sumergida:

> *...sino agli occhi ben nuota nel golfo*
> *Delle delizie e delle cose belle...*

Comienza el siglo de Tiziano, en el cual el alma y los sentidos llegan a una armonía nunca antes conocida. La vida se cifra en el amor, en el culto a la belleza femenina. El grado de insospechado refinamiento que alcanza a la vida amorosa se ve en los tratados teóricos amatorios de aquella época, mejor aún que en las obras de poetas, pintores y escultores. Pietro Bembo nos dice[1]: "El amor es la causa de todas las cosas... el amor es la cosa más dulce de todas las cosas dulces... *(giovevolissimo e amore sopra tutte le giovevolissime cose...)* Todos los sabios estan conformes en que el amor no es otra cosa que el anhelo de lo bello... *(di belleza desio)*. La belleza, empero, no es otra cosa que la gracia resultante de la buena forma, concierto y armonía en las cosas... *(una gratia que di proportione e di convenenza nasce e di harmonia nelle cose)*. Lo propio cabe decir respecto al cuerpo y al espíritu. Es cuerpo bello aquel cuyos miembros guardan entre sí la debida relación; será espíritu bello aquel cuyas virtudes armonicen... El amor tiende sus alas en pos de la belleza... y tiene dos ventanas abiertas para ese su vuelo: el oído, por donde vuela hacia el alma, y los ojos, que le llevan al cuerpo. *(A qual volo egli due finestre ha; l'una che a quella dell animo lo manda e questa e l'udire; l'altra che a quella del corpo lo porta e questa e il vedere)*.

En aquel tiempo era Italia el único país en que se profesaba el culto del amor y la belleza. Francia, en este respecto, se hallaba todavía en estado de candidez. Montaigne

[1] *Gli Asolani*, pág. 134.

se lamentaba amargamente de la inhabilidad de sus compatriotas para dar forma a las manifestaciones de la vida amorosa. *Il y a tousiours de l'impétuosité francaise.* La joven Francia era todavía harto impetuosa para gustar los goces del amor. Montaigne ensalza a los italianos y españoles, considerándolos maestros en estas lides: *pour arrester sa fuyte et l'estendre en préambules entre eulx, tout sert de faveur et de récompense: une oeillado, une inclination, une parole, un signe...*

La situación tenía que cambiar fundamentalmente. Los Valois introducen en Francia la cultura italiana y con ella el servicio a la mujer. Ya Brantome encomia el arte amatorio francés. Y no hay que decir que, durante los siglos XVII y XVIII, Francia se transforma en la alta escuela del amor, que ha continuado siendo hasta nuestros días. Francia es también la primera que lleva la vida amorosa al último refinamiento, casi hasta la perversidad; y la dedicación de la vida toda al amor fué el sentido del siglo XVIII, que obtiene en París su máxima perfección. Con Fragonard, Boucher y Greuze culmina la época iniciada por Boccaccio y Pietro Perugino; o, hablando con más propiedad, agótase dicha época, cuya verdadera culminación fueron Tintoretto, Rabelais, Ariosto y Rubens. Los teóricos del amor, que en la época de los minnesanger fueron Capellanus, Lorenzo Valla y Bembo, son ahora Brantome, Restif de la Bretonne y el marqués de Sade.

Este desenvolvimiento parece ser necesario y se ha realizado de modo uniforme en muchas otras culturas. El período que podríamos llamar de "emancipación de la carne" se inicia con tímidas tentativas; después viene otro período de sensualidad más acentuada, en que el libre amor adquiere completo desarrollo; y, por último, se producen los grandes refinamientos, la relajación moral, los vicios, las aberraciones. En este ciclo necesario parece incluída la profunda tragedia del humano destino: que toda cultura,

siendo desviación de lo natural, significa por lo mismo también disolución, destrucción y muerte.

"Algo mejor hubiera vivido
si no le hubieses dado el reflejo de tu luz divina.
Él lo llama razón y únicamente lo aprovecha
para superar en bestialidad a los propios animales".
(Goethe).

Este concepto hedonístico-estético de la mujer y del amor a la mujer, que paulatinamente va penetrando en los espíritus, a partir del *trecento*, se hallaba en abierta oposición con el concepto del amor santificado o vinculado al sacramento del matrimonio. Sin duda la concepción religiosa se compadece con una noción más amplia del amor. Así la maravillosa poesía que se atribuye a San Francisco de Así y que empieza así:

"In foco l'amor mi mise:
in foco l'amor mi mise
il mio sposo novello..."

podría haber sido escrita por cualquier persona presa de amor humano. Los éxtasis de adoración a María, en aquella época, no estaban muy lejos del libre amor. Pero con lo que no puede compaginarse este tipo nuevo de amor es con la forma institucional del matrimonio. Ni el instinto amoroso universal, ni el refinado deleite de amor, pueden contenerse en límites legales. Son, por naturaleza, ilegítimos, o, mejor dicho, a-legítimos. Y las cualidades femeninas de belleza y amorosidad no ganan ni pierden en fuerza por estar envueltas en la forma de una institución social humana, como es el matrimonio.

Esta consideración: que en el matrimonio se unen dos cosas tan heterogéneas como el amor y el orden, hubo de imponerse, desde luego, a los que meditaron sobre el pro-

blema del amor. Estudiáronla los teóricos muy a fondo. Lorenzo Valla fué uno de los primeros en sacar las consecuencias lógicas de su concepto naturalista del amor, declarando que las relaciones entre dos sexos son a-legítimas. Con el mayor desenfado nos dice que a nadie le debe importar nada que dos seres se amen *(si mulier mihi et ego mulieri placeo, quod tu tanquam medius nos dirimere conaberis?)*. Para Valla, pues, no hay diferencia entre que la mujer tenga trato con el marido o con el amante *(omnino nihil interest, utram cum marito coeat mulier aut cum amatore)*. Estas ideas se manifiestan con suma claridad en la literatura, especialmente en la del género ligero. Si Boccaccio tenía aún cierto respeto hacia el matrimonio, ahora no solamente es lícito hacer burla de este estado y poner en ridículo al marido engañado, sino que todo ello se considera de buen tono, constituyendo el adulterio tema y asunto aún de las novelas menos lascivas, cuya serie inicia el Euryalo de Piccolomini, y de las comedias menos obscenas.

Un paso más —el último— dió Montaigne en esta dirección: si el amor es goce y el matrimonio es una institución social o canónica, para el cumplimiento de elevados fines (Montaigne habla siempre del matrimonio con gran respeto y justamente por la alta opinión que tiene del matrimonio es por lo que llega a su doctrina radical sobre la relación entre el amor y el matrimonio), entonces no sólo la realización del anhelo amoroso es independiente del matrimonio, sino que el amor y el matrimonio se excluyen. Montaigne basa su concepto en las razones siguientes: el verdadero, el único amor, odia todo motivo que no sea el amor mismo, no quiere tener nada de común con relaciones que surjan de otras fuentes. En el matrimonio, empero, influyen no sólo el encanto y la belleza, sino la posición social, la fortuna, etc. Si se va al matrimonio no es por amor, sino para tener descendencia, crear una familia,

Es, pues, por decirlo así, una profanación del lazo conyugal, el introducir en él los caprichos de la pasión. Un buen matrimonio rechaza la compañía del amor y sólo apetece los goces de la amistad. Amarse y unirse en matrimonio son cosas que se excluyen. He aquí los pasajes de Montaigne que acabo de parafrasear: *L'amour hait qu'on se tienne par ailleurs que par luy et se mesle laschement aux accointances qui son dressées et entretenues sous autre titre, comme est le mariage; l'alliance, les moyens y pésent par raison autant ou plus que les graces et la beauté. On ne se marie pas pour soy, quoiqu'on die; on se marie autant ou plus pour sa posterité, pour sa famille. Aussi est-ce une espece d'inceste, d'aller employer, a ce parentage vénérable et sacré, les efforts et les extravagances de la licence amoureuse... Un bon mariage... refuse la compaignie et conditions de l'amour; il tasche a se présenter celles de l'amitié...*

Lo que Tiziano y Giorgione pintaron, lo que Ariosto y Rabelais describieron en sus poemas, fué definido en estas teorías. El amor, que tiene en sí mismo su sentido supremo y único, ha de permanecer necesariamente ajeno a toda institución creada por los hombres con fines sociales o morales, aun cuando la Iglesia la haya santificado.

Mas, para el desenvolvimiento de la cultura, lo más importante fué el hecho de haber vivido la sociedad con arreglo a estos principios, durante varios siglos, estableciendo, en ciertas clases sociales, una separación evidente entre el amor y el matrimonio, como dos cosas independientes e igualmente justificadas. Esto, en el fondo, no era sino reasumir las costumbres de Grecia y Roma. En lo que sigue podremos apreciar mejor este hecho, singularmente por lo que se refiere a la entrada de la cortesana en la sociedad de los pueblos europeos.

II

LA CORTESANA

Cuando el amor libre comienza a introducirse en una sociedad, coexistiendo con el amor ligado por vínculos matrimoniales, las mujeres que a aquél se dedican son o jóvenes de buenas familias que han sido seducidas, o esposas adúlteras, o meretrices. La proporción en que el amor libre, orientado hacia el puro erotismo, ha aumentado su importancia en las clases elevadas de la sociedad europea, a partir de la época de los "Minnesaenger", se mide por el número creciente de seducciones, adulterios y prostitución. No podemos señalar con cifras el número de las seducciones y de los adulterios. Pero cabe afirmar que estos hechos desempeñaron importantísimo papel durante el curso de los últimos siglos. Demuéstranlo no sólo los juicios de los contemporáneos, sino también otros indicios de muy diversa índole. Según Petrarca, "en su época empezó la peste de los adulterios. Considerábase de buen tono que un joven sedujese a una mujer casada; y el joven que no había cometido esta seducción, era despreciado por sus compañeros y se consideraba desgraciado. Esto dió lugar a una verdadera fiebre de aventuras y devaneos galantes, por parte de la juventud, que obedecían más al afán de satisfacer la vanidad que a necesidad y apetito sensual. Generalmente el éxito no compensaba el gran gasto de esfuerzo". (Petrarca, *Ep. de rebı fam.* Ed. Fracassetti, L. IX, opúsculo IV, 2 1861), 10). He citado las palabras de Petrarca, que reflejan maravillosamente el espíritu de la época y que, por lo que yo sé, no han sido todavía aprovechadas por nadie.

En esta época, los príncipes ya no se avergüenzan de la ilegitimidad de su nacimiento; antes al contrario, empie-

zan a vanogloriarse de ella, como Burckhart y Cibrario han demostrado con numerosos ejemplos.

Desde este instante hasta fines de nuestra época, las relaciones de amor libre, antes y durante el matrimonio, fueron en aumento, llegando a constituir en todos los círculos el complemento del matrimonio. No hace falta citar testimonios tomados de las narraciones y vidas contemporáneas, pues cualquier libro suministra copiosos datos. Pero hay un síntoma especial que merece mención, y que nos presenta el adulterio, por decirlo así, como una institución social: la legitimación del esposo engañado, tal como se verifica en la Italia del *quattrocento* y en Francia desde Francisco I. Otro hecho también harto conocido es el aumento de la prostitución, a partir de la Edad Media. Vémosla instalada en las grandes ciudades, y habiendo comenzado en Avignon llega a su apogeo en París y Londres. Petrarca, en su magnífica prosa latina, vuelve a lamentarse de que Avignon se halle invadido por una multitud de meretrices. Durante mucho tiempo fué Roma célebre por el número de *puellae publicae* que albergaban sus muros. Según una estadística digna de crédito, había 6.800 meretrices en el año 1490. La ciudad entonces no contaba aún 100.000 habitantes. Londres y París, a fines del siglo XVIII, tenían respectivamente, 50.000 y 30.000 mujeres públicas. De donde resulta que el número de éstas era mayor, proporcionalmente, en Roma, que en las dos citadas ciudades.

Mas, para la forma externa de la cultura, resulta interesante el hecho de que, a medida que se va difundiendo entre las gentes el amor ilegítimo, es decir, el amor como fin en sí mismo, constituyese entre la mujer honrada y la ramera una nueva capa social que, en las lenguas románticas, tiene los más variados nombres (en alemán y en inglés no existe expresión adecuada para tales mujeres, a no ser el término vago de *Buhlerin* —dama galante—, señal de que el tipo mismo o permaneció circunscrito a los paí-

ses románticos o pasó a los demás como una importación): cortegiana, cortesana, concubina, querida, maitresse, amoureuse, cocotte, mujer entretenida, etc.

Con estas palabras vemos el amor convertirse en un arte libre, que supera el estadio del dilettantismo y es entregado al cultivo de verdaderas profesionales. Todo arte requiere para su práctica talento y ejercicio. Por lo tanto, este arte no pudo llegar a su pleno desarrollo hasta que se hubo verificado un proceso de selección, que destacó las mujeres de más talento y les dió ocasión de hacerse maestras en el arte del amor. Cortesana, cortegiana, no significó en un principio más que dama de la corte. Había damas de la corte ligadas a hombres por vínculos de legítimo amor. En la carta tercera de su libro acerca del "cortesano" (que Castiglione dedicó a la cortesana), expone el Magnífico la idea de que las relaciones de amor entre cortesanos y cortesanas deben ser únicamente las legítimas. La mayoría de las personas contradice "riendo" la tesis del Magnífico. Ellas sabrían por qué; sin duda tales exigencias eran harto distintas de la realidad. Pero desde muy pronto debió identificarse la relación ilegítima de amor con el trato de la corte. Sospecho que la vida cortesana en las residencias de los pontífices contribuyó grandemente a este hecho. En Avignon (cuna tal vez de la moderna cortesana), en la corte de los papas y de los altos príncipes de la Iglesia, existía un círculo de damas inteligentes y hermosas. A este propósito se ha hablado incluso de ciertas *academies de femmes aimables.* Para encontrar justificada la expresión, basta recordar los nombres de Mabille de Villenueve, Briande d'Agoult, Huguette de Forcalquier, Beatrix de Sault, Laure de Noves, Blanche de Flassans, Isnarde de Roquefeuille, Doucette de Moustiers, Antoinette de Cadenert, Magdeleine de Salon, Blanchfleur de Pertais, Stéphanette de Gantelme, la bella Adelise de Avignon, prima de Laura, etc....

Ahora bien, en la corte de un príncipe de la Iglesia, una mujer no podía ser más que "maitresse", si mantenía con el alto señor relaciones que no fuesen precisa y únicamente de orden espiritual, cosa que acontecía no pocas veces. En esto puede encontrarse, pues, el fundamento de la transformación de la dama de corte en cortesana. Lo que se inició en Avignon continuó en Roma. También en la corte romana la dama había de tener el carácter de ilegítima. En la corte de los príncipes seglares no existía esta ilegitimidad forzosa. Pero los afanes internos sustituíanla lo suficientemente. La innovación del Renacimiento no consistió en que los príncipes tuviesen concubinas. Siempre las habían tenido. Pero las jóvenes de la burguesía, con quienes Luis XI de Francia compartía el tálamo, estaban lejos de ser "cortesanas". No fueron cortesanas hasta que tuvieron acceso a la sociedad de la corte y vieron reconocida oficialmente su posición de "maitresses" del rey. Los primeros tiranos que elevaron a sus concubinas al rango de princesas, fueron, el parecer, Bernabó y Giangaleazzo Visconti. Pero el reinado de la "cortegiana" se inaugura propiamente en la época de los frescos de Cossa en el Palazzo Schifanoia, período en que la corte de estilo moderno se organiza con elementos del bello sexo. Los amoríos y devaneos fueron de entonces en adelante esencia y gala de la vida de corte. "No hay corte, por grande que sea, que pueda desplegar magnificencias y alegría, si en ella no hay mujeres; ni podrá un cortesano tener merced ni agrado, ni audacia, si no le impulsa el amor hacia la mujer". Así se expresa Castiglione en su libro del cortesano.

Bien se comprende que estos amores no aluden a vínculos matrimoniales, sino todo lo contrario. Y así vemos a las "cortegianas" en tiempos de los príncipes convertirse en "maitresses" del "cortegiano", dando lugar más tarde al tipo actual de la cortesana, con toda su significación.

Comienza ahora el período en que gobiernan las "maitresses", consecuencia necesaria, según lo ya dicho, de la dominación de los príncipes, tal y como habían llegado a ser las nuevas relaciones entre los sexos. El sistema se hace grande en la medida en que las pequeñas cortes son absorbidas por las mayores. Sabido es que en este orden de cosas, Francia asumió las funciones directivas a partir de la Reforma. Las amantes de Francisco I son las primeras "maitresses" reales que vemos vivir ante nuestros ojos. Ya dijimos que este monarca consideraba la galantería como el sentido de la vida cortesana; y la forma más importante de esta galantería, según dice Heinrich Laube, fué elevar a sus "maitresses", sin vacilación, al primer puesto de la corte. Estas amadas reales, que empezaban a dominar el mundo, vinieron, por decirlo así, a ennoblecer a todas las sacerdotisas del amor libre. Las relaciones de amor ilegítimo quedaron (al menos si eran amores cortesanos) limpias de toda mácula. Pero la influencia de la corte durante esta época era tal, que esta legitimación de la ilegitimidad se generalizó en la sociedad, aplicándose a todas las relaciones de amor libre. En las grandes ciudades que comenzaban a desarrollarse, algunas mujeres, aunque no eran de la corte, empezaron a vivir como las damas de la corte. Así surgió la cortesana, que no tenía nada que ver con la corte, la *femme entretenue* (cuando sólo favorece a un amante), o la *cocotte,* cuando dispensa sus favores a varias personas a un mismo tiempo. En el concepto de "amor mercenario" no se pueden trazar límites dentro de la capa superior de las meretrices.

El tipo de la cortesana, que no es cortesana, nace también en esta época; como su hermana, la de la corte. Y nace igualmente en las grandes ciudades italianas, sobre todo en Roma y Venecia. Las constelaciones eran aquí favorables para la creación de un nuevo tipo de mujer. La riqueza, el gusto de hacer revivir la antigüedad clásica,

cuyas hetairas imaginaban los italianos haber resucitado; la gran extensión de la ciudad, todo esto, juntamente con la liberalidad de la época (bien entendido, siempre en la clase superior de la sociedad, pues en aquel tiempo vivían también honrados industriales y comerciantes que, sin duda, miraban a las elegantes cortesanas con el mismo horror con que hoy las miran el honorable profesor y el sesudo consejero secreto) colabora a enaltecer la capa superior de las cortesanas con un nimbo de superioridad. Son éstas las honorable "amigas", las *honeste cortigiane,* las *cortesane famose,* nombres que se adjudicaban a las principales rameras romanas en una lista o catálogo (incompleto) del año 1500, aproximadamente. El número de estas distinguidas se elevaba a 200; y eran contrapuestas a la *cortesane de la minor sorte* [1]. Aquí, pues, queda dicho con perfecta claridad que el proceso de diferenciación, de que hablo, está ya realizado. Mucho se ha escrito en los últimos tiempos sobre la "cortesana famosa" del Renacimiento. Se han descubierto fuentes nuevas de investigación. Conocemos los nombres de las "cocottes" célebres que vivían en Roma, Florencia y Venecia, en tiempos de Sixto IV, Alejandro VI y León X. Se ha llegado a discutir el grado de cultura que esas "cocottes" ostentaban como timbre de gloria, la bondad de las poesías que, con más o menos ayuda, escribían. ¡Como si todo esto fuera lo más importante! Claro está que la cultura era un barniz y que las poesías eran malas (como hoy). Pero esto no es lo importante en el nuevo tipo femenino. Lo realmente significativo es el hecho de que una Tullia d'Aragona domine durante años y años a un Filippo Strozzi, y que una Imperia logre, durante mucho tiempo, hacerse mantener por el hombre más acaudalado de Italia, Agostino Chigi. Todo esto no lo conseguían seguramente con sus poesías, sino con otras que

[1] *Gregorovio,* 75, 722.

llama Maupassant *qualités rares*, de que esas mujeres disponían en grado sumo. Esto es lo que les dió la fuerza con que han influído poderosamente sobre el desenvolvimiento de la cultura. La importancia superior que estas "grandes amadoras" tuvieron evidentemente en aquella época en Italia, no se manifiesta en el hecho de que cierto enamorado de la hermosa Imperia componga para ella el epitafio siguiente: *Imperia, cortesana romana, quae digna tanto nomine, rarae inter homines formae specimen dedit*..., ni se revela en galanterías y otras formas externas, sino en hechos hondos como que el jefe de la Iglesia mandase enterrar a esa Imperia en la capilla de Santa Gregoria, o que el Pontífice en persona, asistido de catorce cardenales, bautizase al primer hijo que Agostino Chigi tuvo con su nueva "maitresse", la veneciana Francesca Andreosia.

También en Francia fué donde la querida urbana —como la querida cortesana y principesca— llegó a su pleno desarrollo. Y la figura que adoptó en Francia propagóse después por todos los países de Europa. Para la formación del tipo de la cortesana moderna fué importante la circunstancia de que desde fines del siglo XVI y principios del XVII las mujeres apareciesen en los teatros de París, costumbre que se inició en Inglaterra, bajo Carlos II. Las *cocottes* del Renacimiento, con su sentido grecorromano, fueron substituídas por estas otras figuras. La aureola de la gloria, sin la cual no prosperan las relaciones del amor libre, fué creada por el teatro. La artista de teatro, la gran "estrella", la bailarina de ópera, vinieron a substituir a la cortesana del "cinquecento", poetisa y pintora. En los grandes centros de cultura, singularmente en Londres y París, aumenta de un modo extraordinario el número de "maitresses" durante los siglos XVII y XVIII, generalizándose la costumbre de mantener una mujer elegante en lugar de o junto a la propia esposa. Testimonios de fines

del siglo XVIII nos dicen que de veinte grandes señores de la corte, quince, cuando menos, vivían con sus "maitresses" y no con sus mujeres[1]; y estos datos no se apartan seguramente mucho de la verdad. Pero no eran únicamente los grandes caballeros de la corte los que sostenían este género de relaciones. Pronto imitaron su conducta los ricachones burgueses, siendo de buen tono sostener relaciones con señoritas de virtud mediana, como entonces se decía *(demoiselles de moyenne vertu)*. Los dispendios a que esto daba lugar (ya volveremos a ocuparnos del asunto) constituían para la clase acaudalada el mayor renglón en el estado de sus cuentas, según afirma Thirion, autor que conoce mejor que nadie este tema. La historia de la galantería, durante el siglo XVIII, une íntimamente la aventura amorosa a los grandes arrendatarios[2].

Lo que llevamos dicho puede aplicarse también a Londres. Un inglés soltero y con más de 2.000 libras de ingresos invierte para sus necesidades 200 libras escasamente, destinando el resto a los placeres, entre los cuales las mujeres constituyen el primero y último artículo (Archenholz).

Con estos antecedentes a la vista habremos de considerar como exactas las cifras que algunos autorizados observadores señalan en París y Londres, por lo que se refiere al número de "maitresses" allí establecidas. Mercier, por ejemplo, estima que en su época había en París 10.000 mujeres "mantenidas". En Londres, en una sola parroquia (Marybonne) había 1.700 cortesanas establecidas, con casa propia.

El importante papel que estas mujeres mercenarias des-

[1] Barbier: *Journal*, 4, 496, citado por R. Günther, *Kulturgeschichte der Liebe*, 1899.

[2] Véase la larga lista de las queridas de los arrendatarios de rentas, en P. Ginisty, *Mademoiselle Duhé et son temps*.

empeñaban en aquella sociedad, lo revela el hecho de publicarse en las grandes ciudades anuarios o libros de señas de las principales "cocottes", libros en los cuales aparecían los nombres de cada una, describiendo su rostro, su tipo, sus maneras, sus especiales aptitudes, etc. En Londres se publicó el catálogo de Harry: *Harry's List of Covent-Gardens Ladies.* Hízose una tirada de 800 (?) ejemplares, que se agotó inmediatamente. A su vez se publicó en París el *Almanach des adresses des demoiselles de Paris de tout genre et de toutes les clases. Calendrier du plaisir. A Paphos.*

Ahora bien, considero muy importante un hecho que en esta época comienza a producirse: el encumbramiento de la cortesana elegante contribuye a la formación del gusto en la mujer honesta; es decir, que la mujer de posición es influída directamente por la "cocotte". Al principio fué la sociedad de la Corte la que señaló el carácter y el buen tono de la vida. La Bruyére lo dice en dos palabras: *Paris, signe de la cour.* Pero la sociedad cortesana hállase a su vez bajo la influencia dominante de la querida del príncipe. Ésta abre, pues, ya un surco profundo. Además, la "maitresse" del monarca viene a ser el modelo que siguen las queridas de los ricos en la ciudad, "las grandes cocottes" que, en sus principios, aparecen como rivalizando, compitiendo con la mismo Corte. Niñón de l'Enclos asume la inmediata sucesión de madame de Maintenon. Y cuando ésta se hace vieja y devota, vemos a Ninón cultivar las tradiciones de la alegre vida. La rue de Tournelles inicia la lucha contra Saint-Cyr. Pero, a su vez, la señora honesta de la sociedad, sino quiere ser totalmente eliminada, ha de entrar en competencia con la "cocotte". Lo cual implica ciertas condiciones mínimas de cultura, que la dama de sociedad ha de cumplir, por muy decente que sea. Y así, la "femme honnete", incitada por la cortesana, hubo de lavarse. Marie de Romieu, en sus *Instructions*

pour les jeunes filles (siglo XVI), aconseja a las mujeres que se conserven limpias, no sólo por ellas, sino también por sus maridos. El "salón", donde la dama mundana desarrolla todo su poder en los siglos XVII y XVIII, no es probablemente otra cosa que la continuación de las reuniones de gente alegre e ingeniosa que hallamos primeramente en la Italia del cinquecento, en el círculo de las grandes cortesanas. Pero el hecho que para nosotros tiene la mayor importancia, es que el régimen de la vida de la "demimondaine" influye poderosamente en la vida de la mujer de sociedad en aquellos tiempos. Así como hoy, en nuestra aburguesada sociedad, nuestras damas (no me refiero a las gentes extravagantes, naturistas, etc.), copian las toilettes que las grandes "cocottes" de París lucen en las carreras de caballos, que se celebran en primavera, y todas las locuras de la moda y del lujo, de la suntuosidad y del despilfarro, son primero obra de las "maitresses" para exetnderse luego, suavizadas, a las damas del gran mundo, así también en una época libre, como la que aquí estudiamos, en que el burgués vive apartado totalmente de la "sociedad", la cortesana había de dar el tono a la vida. En el capítulo siguiente, demostraremos esta tesis, aplicándola a los detalles de la vida en la sociedad moderna.

CAPÍTULO IV

EL DESARROLLLO DEL LUJO

I

CONCEPTO Y ESENCIA DEL LUJO

Lujo es todo dispendio que va más allá de lo necesario. El concepto implica, pues, una relación, y para obtener en él un contenido palpable, lo primero que hace falta es saber qué se haya de entender por "lo necesario". Hay dos maneras de determinarlo: por el medio subjetivo de un juicio de valor (ético, estético o de otra clase), o tomando un criterio objetivo para establecer la comparación. Ahora bien, como criterio objetivo puede tomarse el conjunto de las necesidades fisiológicas o el de las necesidades que podríamos llamar culturales. Las primeras varían con los climas; las últimas con las épocas históricas. Los límites de las necesidades culturales pueden fijarse a voluntad —pero conviene no confundir esta fijación arbitraria con la valoración subjetiva ya mencionada.

Resulta, pues, que el lujo ofrece dos distintos sentidos: cuantitativo y cualitativo. Lujo cuantitativo vale tanto como "derroche"; ejemplo: tener cien criados, bastando uno, o emplear tres fósforos para encender el cigarro. Lujo cualitativo es, en cambio, el consumo de bienes de mejor

clase. Pueden reunirse a un mismo tiempo el lujo en uno y otro sentido; y bajo esta forma se nos presenta en la mayoría de los casos. El lujo, considerado en su aspecto cualitativo, da lugar al "objeto de lujo" que es un bien (es decir, un objeto valioso) refinado, entendiendo por refinamiento toda confección de los objetos que puede estimarse superflua para la realización de los fines necesarios El refinamiento puede manifestarse en dos direcciones: en la materia y en la forma del objeto. Los dos sentidos que ofrece el concepto del lujo —absoluto y relativo— aplícanse también a los substratos del lujo cualitativo, a los objetos refinados. Si tomamos el concepto de refinamiento en un sentido absoluto, observaremos que la mayor parte de las cosas que empleamos tiene este carácter, ya que casi todas ellas satisfacen más de lo que requieren las necesidades animales. Por consiguiente, podemos decir que existe cierta necesidad de refinamiento, en sentido relativo; el refinamiento que exceda de la media corriente, en un estado de cultura dado, es el único que puede estrictamente llamarse refinamiento. Esta necesidad de refinamiento, estrictamente definida, es la que llamamos necesidad de lujo. Los bienes que sirven a satisfacerla se llaman bienes de lujo u objetos de lujo en sentido estricto.

El lujo, pues, en el sentido que acabamos de definir, esto es, como necesidad de refinamiento y su satisfacción, puede servir a muchos fines distintos y obedecer a muchos motivos diferentes. Elevar a Dios un altar con oros y jaspes y comprar una camisa de seda, son actos de lujo totalmente distintos. El primero sirve a un ideal; puede llamarse lujo altruísta. El segundo puede llamarse lujo mterialista o egoísta. Distínguense así el motivo y el fin del acto de lujo.

Vamos a tratar del desarrollo del lujo y hacemos constar de antemano que nos referimos a la segunda especie de lujo, a la que obedece a motivos egoístas y sirve para

adornar la vida con "vanas superfluidades". Esta forma de lujo es precisamente la que se desarrolla de modo considerable en la época del Renacimiento, desde Giotto a Tiepolo. Mi propósito es, pues, estudiar el desenvolvimiento de esta clase de lujo y rastrear sus orígenes.

El lujo personal nace, en primer término, del puro recreo y goce de los sentidos. Las gentes hacen aplicación y objetivación cada vez más perfecta de todo aquello que sirve para excitar la vista, el oído, el olfato, el gusto, etc. Estas cosas son las que constituyen el gasto de lujo. Mas, todo deseo de refinamiento y aumento de medios adecuados, para alegrar los sentidos, tiene su última base en nuestra vida sexual; el deleite de los sentidos y el erotismo son, en el fondo, una misma cosa. El sentimiento del amor es, por lo general, el que más o menos conscientemente impulsa y fomenta el lujo. Por eso hallamos que el lujo domina en todos aquellos lugares donde la riqueza se desarrolla y la vida amorosa recibe formas libres (o aún licenciosas). En cambio, allí donde las relaciones del amor se empequeñecen y disminuyen, la riqueza no es dispendiosa, sino por el contrario, acumulativa y junta bienes en la forma más abstracta: metales preciosos sin acuñar, y, en épocas posteriores, dinero. (De esto hablaremos detenidamente al tratar del origen del espíritu capitalista).

Pero una vez que en una época determinada existe el lujo, vienen múltiples causas a colaborar a su exaltación: ambición, anhelo de ostentación, orgullo, afán de poderío; en una palabra, el deseo de figurar en primera línea, de anteponerse a los demás. Veblen, en su ingenioso libro sobre "vagos", reduce a ese anhelo de superar a los demás la causa del lujo y de la valoración de la propiedad. Pero, si bien es cierto que ese anhelo pertenece a los institntos elementales de la naturaleza humana, como la necesidad de comer y de amar, requiere, sin embargo, la concurrencia de determinadas circunstancias para manifestarse jus-

tamente en el sentido del lujo. Esto supone evidentemente que ya existe una *vida de lujo* y que, por lo tanto, uno de los medios más obvios de mostrarse superior a los demás, consiste en vencerlos desplegando *mayor* lujo que ellos. En cambio, si no existe vida de lujo, la superioridad sólo puede manifestarse de un modo cuantitativo, venciendo a los demás en mayor número de esclavos, o en mayor extensión de tierras, o de dinero, o en superior jerarquía social, rango, etc. Resulta, pues, de todo esto, que el deleite de los sentidos, y, sobre todo, el erotismo, tienen que haber influído decisivamente sobre la forma de la vida, para que exista el lujo personal, el lujo material. En la época que estamos estudiando toma, pues, el lujo, poderoso incremento, porque todas las circunstancias son favorables a su desarrollo en grande: la riqueza, la libre relación amorosa, el afán de predominio de ciertos elementos sociales, la vida en la gran urbe, que, como hemos visto, no es, antes del siglo XIX, sino un centro de placeres.

Pero todas estas deducciones pueden parecer algo exangües y carecer, acaso, para muchos, de fuerza demostrativa. Por eso quiero invertir los términos, en la exposición que voy a hacer ahora. Partiremos del hecho siguiente: en los siglos que siguen a la Edad Media, domina un gran lujo, que hacia fines del siglo XVIII llega al desenfreno. ¿Cuál es la causa de ello?

Empezaremos por afirmar el hecho del gran desarrollo del lujo en esa época. Los testimonios contemporáneos repiten constantemente la queja de que el lujo resulta ya insoportable. "Todo el mundo está loco; el lujo llega al extremo y se dice que la mitad de París está arruinada, y la otra mitad hace oficios de estafador". En estos términos se expresa, en 1787, un provinciano, que escribe a su esposa desde París. Madame de Oberkirk escribe, por su parte: "Una de las manías más ciertas de esta época es la

de arruinarse en todo y sobre todo". Del modo más elocuente describe Mercier el triste estado de la sociedad de su tiempo, afirmando que el lujo es el verdugo de los ricos. Explícanos en vivos términos cómo el rico, de puro exagerado, ya no puede ni gozar de su riqueza. "La sensibilidad no se satisface, sino que está embotada, y en vez de una grata variedad, hácense gastos absurdos que sólo asco provocan; ésta es la causa de que todo se transforme, las modas, los trajes, las costumbres, el idioma. A este paso, pronto llegará el día en que los ricos no sientan nada. El mobiliario de sus viviendas es una decoración cambiante. El vestido es un pesado trabajo. Las comidas son como un desfile. Estas clases ricas se ven atormentadas por el lujo, lo mismo que las pobres por la necesidad. ¡Bien se hace pagar el lujo los sacrificios que por él se realizan! Lo que realmente atormenta a los ricos en París es, quizá, el no poder sacudir el yugo de dispendios que, contra su deseo, cada día son mayores. El lujo ha llegado a revestir formas tan costosas, que no hay fortuna que pueda resistir. Jamás siglo ha sido tan pródigo como el nuestro. Se consumen por entero los capitales. El lujo se traga las fortunas. No se pretende más que eclipsar al prójimo con exageraciones escandalosas".

El cuadro que acabamos de describir se aplica casi con las mismas palabras a los demás países: "No ha existido época de mayor suntuosidad y exuberancia que la nuestra", dice el *Complete English Tradesman*[1]. "Llega a lo inverosímil el papel que el lujo desempeña en nuestro tiempo. La vanidad, el regocijo y el lujo nos dominan. Los excesos, la relajación, nos abruman. El lujo se lo traga todo, como el mar", dice Kochanowski, de Varsovia, donde el lujo adquiere enorme desarrollo. "Si Dios nos enviase una lluvia de ducados que anegase el territorio de Po-

[1] 5ª edic., 1745, cap. 10.

lonia, bien pronto toda esa inmensa riqueza correría como un torrente e iría a parar a Breslau, Leipzig, Francfort, Berlín, Dantzig, Riga y Koenigsberg, para transformarse en vajilla de plata, carrozas, muebles, etc..." [2].

Pero no queremos limitarnos a transcribir testimonios y juicios ajenos. Vamos a exponer hechos ciertos y positivos, tomados de la realidad, y que constituyen manifestaciones, formas variadas de lujo. Podría suponer en mis lectores conocimiento de estos hechos; y, en efecto, hasta cierto punto lo supongo. Pero no considero superfluo indicar en lo posible cifras, que den idea del desarrollo del lujo; porque las cifras referentes a un fenómeno o a una masa de fenómenos darán a conocer la importancia que el lujo ha tenido en la formación del mercado —cosa que nos interesa sobremanera.

El segundo punto consistirá en examinar la relación que este despliegue de lujo guarda con los factores sociales, que he descrito en los capítulos anteriores, y, sobre todo, hasta qué punto (y esta es la idea fundamental del presente libro) la mujer, singularmente la mujer objeto de amor ilícito, ha tomado parte en la formación de la vida en nuestra época.

II

LAS CORTES DE LOS PRÍNCIPES

En esta época se observa que la vida de placer —como toda vida— parte de las cortes de los príncipes, que pueden ser consideradas como fuente de toda energía. Y si remon-

[2] Palabras del senador Stephan Garcygnski, en su obra *Anatomía de la República polaca* (1751).

tamos el curso de la historia, observamos que también en esto fué Avignon el germen de la suntuosidad mundana.

L'Avara Babilonia . . .
. . . di vizi, empi e rei
Tanto che scoppia; ed ha fatti suoi dei
Non Giove, e Palla, ma Venere e Bacco . . .
Gia Roma, or Babilonia falsa e ria
Per cui tanto si piagne e si sospira . . .
Fondata in casta ed umil povertate
Contra suoi fondatori alzi le corna
Putta sfacciata; e dov'hai posto spene?
Negli adulteri tuoi, nelle mal nate
Ricchezze tante . . . ?

(*Son* XVI, CVII).

Petrarca ha legado a la posteridad esta y muchas otras descripciones de la Corte de Avignon. No se le puede considerar, claro está, como imparcial y exento de prejuicios. Pero si hemos de dar crédito a otros testimonios, dignos de tomarse en cuenta, tendremos que reconocer que los juicios de Petrarca encierran un fondo de exactitud. *Perversos mores in nostram Galliam invexic.* Al papado se refiere Nicol. de Clamenges, *de statu eccl. corrupt.*, cap 27. Pero todavía hay más. La descripción que un contemporáneo hace de las fiestas organizadas en honor del papa Clemente V, termina con estas palabras: *gli occhi di nostro Signore si spandeano sopra queste cose* (se alude a las bacanales que se desarrollaban tras los espléndidos banquetes; todo el mundo bailaba en los jardines), *dilettandösi nella deversitá de' nobili solazzi, con quello modo temperato e maturo, che si conviene a tana santitá.* El juicio de Petrarca lo vemos también corroborado por los inventarios de los pala-

cios pontificios, que E. Müntz nos ha dado a conocer [1]. Sin duda, no podemos formarnos idea exacta de la vida en Avignon, sin estudiar también las numerosas cortes satélites de los príncipes de la Iglesia, que residían cerca del Pontífice, ya que todas estas cortes juntas fueron las que desarrollaron esa magnífica pompa de que nos hablan los contemporáneos. Según el resultado de recientes investigaciones, los gastos de la casa del Papa no eran tan excesivos; desde el 24 de junio de 1305 hasta el 24 de abril de 1307 no se gastaron más de 175.317 florines de oro para las atenciones de empleados y personal de servicio. (Hay que advertir que entonces se inició el período y que los presupuestos de gastos de los ejercicios posteriores todavía no se han publicado; que sepamos, al menos). El gasto de una semana, en lo tocante a cocina, repostería, vinos licores y caballerizas, importaba poco más de 826 florines. En las caballerizas había 135 caballos.

El episodio luminoso de Avignon evoca inmediatamente en nuestra imaginación el esplendor del papado en Roma, bajo la dominación de los grandes papas del Renacimiento, desde Paulo II hasta León X, que rivalizan en ansias de suntuosidad y magnificencia. "Un espíritu pagano invadió la ciudad con teatrales pompas, como en la antigua época imperial. El gobierno de los pontífices sentía la necesidad de las pompas mundanas. El populacho, acostumbrado a satisfacer sus caprichos, pedía a gritos que se celebrasen fiestas, y éstas le eran ofrecidas en abundancia". (Gregorovio).

Con Paulo II comienza la bacanal (1464-1471). "Su corte era exhuberante; el propio Papa se consagraba por entero al deleite de los sentidos". Como símbolo, por decirlo así, de su vida, consideraba el carnaval, dándole un sello mun-

[1] E. Müntz: *L'argent et le luxe a la cour pontificale d'Avignon en la Revue des questions historiques*, CXVI (1899).

dano. Este Papa fué el que introdujo en Roma el nuevo carácter pagano del carnaval.

Sixto IV emuló a su antecesor. Durante su Pontificado son, principalmente, los "nepotes", los que viven en Roma la vida del placer. El hijo de Sixto IV, Pietro Riario, que dispone de ingresos por más de 60.000 florines, dilapida en dos años su caudal. Cuando la hija natural del rey de Nápoles vino a Roma, en 1473, "los locos despilfarros de las fiestas llegaron a límites jamás conocidos" [1]. Madame Leonara, al abandonar Roma, pudo llevarse el convencimiento de que no existía licencia mayor que la de la corte de un "nepote" romano. En fiestas, sobre todo, en representaciones públicas, en recepciones, en entradas solemnes, se manifiesta el lujo de aquel tiempo: 100.000 almas se congregaron el día de San Marcos de 1476, en la Navona, con motivo de un torneo que dió Girolamo Riario. En 1748 se solemnizaron las nupcias de la princesa de Urbino y Giovanni Roverez, *persico apparatu*. Burcardo nos hace una prolija descripción de la brillante entrada del príncipe Federico de Nápoles. Sin embargo, la pompa externa del pontificado alcanzó su máxima culminación en el memorable cortejo lateranense de León X (11 de abril de 1513). 100.000 ducados se gastaron en un solo día. Un centenar de eminentes artistas colaboraron [2]. Esta era la época en que Rafael Sanzio se paseaba a caballo por las calles de Roma, cual príncipe coronado, acompañado de un séquito de admiradores, amigos y discípulos, cuyo número no bajaba de 50.

Las cortes seglares de Italia, singularmente las de Milán y Nápoles, rivalizaban en brillo con la de Roma. Sobre el lujo de dichas cortes nos habla André de la Vigne, secretario de Ana de Bretagne, en el libro de memorias que es-

[1] Gregorovio, 75. pág. 238.

[2] Gregorovio, 84, pág. 173.

cribió en ocasión de su viaje por Italia, acompañando a Carlos VIII. Mas, para la historia del lujo cortesano de las mismas cortes, tuvo importancia el hecho de ser los reyes franceses los primeros en recoger la herencia de los príncipes italianos, en todo lo que se refiere a régimen de vida. Catalina de Médicis fué la mediadora, después que la casa de Valois, con Carlos VIII y Luis XII, hubo demostrado su gran inclinación hacia la cultura italiana, en toda su política. En efecto —y esto es lo decisivo—, las posibilidades externas de un gran desenvolvimiento del lujo aumentaron entonces, en la proporción en que Francia superaba por su tamaño a los principados italianos. Y así vemos que los últimos Valois gastan en el sostenimiento de su casa sumas mucho mayores que las que representan el valor de los ingresos públicos en los Estados más ricos de Italia. He aquí cifra de presupuestos de ingresos a fines del siglo XV:

Venecia, a lo sumo, 1.000.000 de florines oro; Nápoles, 600.000; Milán, 600.000; Florencia, 300.000; Iglesia, de 200 a 260.000.

Francisco I (o Enrique II) invertían en el sostenimiento de su casa 1 ½ millones de escudos. Los datos anteriores proceden del embajador veneciano Marino Cavalli, que, a continuación de las cifras, consigna las observaciones siguientes: "Si vieseis la corte de Francia, no os asombraríais de una cifra tan crecida. En sus caballerizas hay ordinariamente 6, 8, 10 y hasta 12.000 caballos. Su prodigalidad no conoce límites. Los viajes aumentan los gastos tres veces más, como mínimum, a causa del sinnúmero de mulos, carretones, literas, caballos, criados, cuyo sostenimiento implica doble gasto que el corriente". Otro embajador estima en 8.000 el número de jinetes que componen el séquito del monarca. La distribución del millón y medio de escudos (que corresponderían a unos 10.000.000 de francos actuales) se hacía, según el mencionado embajador, del modo siguien-

te: 100.000, para atenciones de la vivienda; 150.000 para caza; 100.000, fiestas; 100.000, para vestidos y regalos; 200.000, para pompa del monarca; 300.000 para el sostenimiento de la corte de la reina. Por ser instructivas señalaremos ciertas partidas de gastos, que aparecen en los informes de otro embajador, hasta la fecha no utilizados por los historiadores, y que nos parecen del mayor interés [1]. En 1542 los gastos del rey de Francia hacen un total de 5.788.000 libras (de 1541 a 1560 la libra tornesa representaba el valor de 3,34 francos actuales, antes de la guerra). De estos gastos son de lujo los siguientes:

Manutención del monarca (mangiare)	85.000
Caballerizas	80.000
Vestidos de oro y seda para regalos	50.000
Pompa de la corte (camerieri)	190.000
Dinero de que disponía la reina para su casa (vivere)	140.000
Halcones para la caza	60.000
Palacio de Chambord (hasta entonces se habían invertido en esta atención 400.000 libras	30.000
Palacio de Fontainebleu	50.000
Gastos del monarca (al rein contanti quanto gli pare e piace)	500.000
Regalos	500.000
Compras y caprichos del rey (frivolidades, adornos, etcétera)	160.000
Gastos extraordinarios de índole reservada (spese extraordinaire, che non si sanni)	400.000
Menus plaisirs	750.000
Total	2.995.000

Según el embajador, la partida *menus plaisirs* contenía ciertos gastos que no quería el monarca que fuesen conocidos (gastos de mujeres, etc.).

Con Enrique IV los gastos suntuarios más bien disminuyen. A continuación da el embajador las cifras del último año del reinado. (La libra tornesa representaba, aproxima-

[1] Informe de Mateo Dandolo, en Alberti. Tomo IV.

damente, el doble valor metálico del franco actual, antes de la guerra):

Caballerizas	261.590
Pompa de monarca	453.538
Vajilla de plata	197.334
Pequeños gastos	162.180
Caza	82.670
Pompa de la reina	541.439
Edificios	633.298
Viajes	107.185
Regalos	85.798
Compras	71.575
Total	2.584.607

Aproximadamente 5-6 milones de francos actuales, antes de la guerra.

A partir de este momento los gastos aumentan progresivamente de año en año, alcanzando su mayor desarrollo a fines de la época de Luis XIV. Los presupuestos de 1680 y 1715 ofrecen el mismo cuadro. Tomemos al azar el presupuesto de 1685. (La libra representa 1,48 francos actuales, antes de la guerra):

Pompa del monarca	606.999
Cuarto del rey	1.618.042
Plata (gastos de toilettes reales, joyas, etc.)	2.274.253
Pequeños caprichos (menus plaisirs)	400.850
Adquisición de caballos	12.000
Caballerizas	1.045.958
Regalos	313.028
Mayordomía de Palacio (prévoté de l'Hotel)	61.050
Caza	388.319
Casa de Monsieur	1.230.000
Casa de Madame	252.000
Recompensas	160.437
Sumas de que disponia el monarca (comptant du roi)	2.186.748
Edificios del monarca	15.340.901
Fondos secretos (affaires secrétes)	2.365.134
Viajes	558.236
Total	28.813.955

Esto es, en números redondos: 29.000.000 de francos aplicados al lujo de la Corte, en un presupuesto total de 110.640.257.

En tales circunstancias, los oficios, artes e industrias suntuarias obtienen sumas enormes, como puede apreciarse con gran claridad si se examinan las correspondientes partidas. En primer lugar figura, naturalmente, el lujo en la construcción. Poseemos datos y cuentas completas sobre los edificios de los monarcas de Francia desde 1664 a 1779, que nos dan a conocer hasta el céntimo las sumas invertidas en los edificios reales. Estos datos constituyen una fuente de inapreciable valor para la historia de la economía y no han sido utilizados —y menos aún agotados— por nadie hasta la fecha, que sepamos. Existe una edición magnífica de dichas cuentas referentes al período de 1664 a 1775[1]. Levasseur y otros historiadores franceses de la economía conocen y hasta citan esta publicación; pero no parecen darse cuenta de las enseñanzas que de ella se desprenden. En este lugar no puedo utilizar sino algunos datos de los muchos que hay y que merecerían un detenido estudio. Me limitaré a manifestar que los datos en cuestión contienen todos los elementos primarios para la historia de importantes ramas del trabajo manual y del capitalismo industrial durante los siglos XVII y XVIII.

Para dar una idea de la magnitud del consumo, señalaré las cifras totales de los gastos invertidos en construcciones destinadas al monarca y al pago de las principales partidas. Por el primer concepto, y durante el reinado de Luis XIV, fueron gastados 198.957.579 L|, 14 s|, 11 d|. La libra tornesa oscilaba entonces entre 1,22 y 1,63. Son, pues, en números redondos 300.000.000 de francos en la época inmediatamente anterior a la Gran Guerra. Mucho más de la mitad de esta

[1] J. Guiffrey. Comptes des batiments du roi sous le régne de Louis XIV. 5 vols., 1881-1896.

suma fué gastada en los primeros veintisiete años de reinado; a saber:

1664-1680, 73.977.269 L|, 14 s|, 5 d|.
1681-1687, 57.657.478 L|, 6 s|, 2 d|.

La principal parte de estas sumas se gastó, como es de suponer, en Versalles, que con sus jardines y fuentes artísticas costó, aproximadamente, 100.000.000 de francos. (Las cifras de 600-700.000.000, que antes se admitían, son, pues, muy exageradas). La distribución de gastos por partidas aisladas, puede obtenerse por las sumas que el editor ha hecho con buen acierto.

De la suma total se aplicaron, por ejemplo:

A adquisición de artículos manufacturados y de comercio	1.730.206 L|,	10 s|,	2 d|
A adquisición de manufacturas de gobelinos (muebles)	4.041.068 „	2 „	7 „
A adquisición de objetos de plata	2.245.289 „	14 „	10 „
A adquisición de mármoles, plomos y zincs	3.790.446 „	16 „	2 „

Por lo que respecta a la primera época (1664-1680), tenemos al detalle los gastos de construcción, distribuídos por ramos o secciones. (Están incluídos los palacios de Versalles, Louvre, Tuileries, Saint-Germain, Fontainebleau, Vincennes, Trianón, Clagny y Marly).

Trabajos de albañilería	17.300.995 L|,	8 s|,	1 d|
De carpintería	2.334.108 „	11 „	2 „
De tejados	826.148 „	10 „	5 „
De hojalatería y fumistería (plomberie)	2.268.087 „	19 „	7 „
Cerrajería	1.878.242 „	8 „	4 „
Tapicería	2.087.541 „	5 „	10 „
Pintores	8.877.875 „	16 „	3 „
Escultores	2.041.321 „	11 „	6 „
Vidrieros	289.524 „	11 „	11 „
Ladrillería (pavé)	729.738 „	16 „	10 „

Jardinería	2.306.003 „	19 „	1 „
Trabajos de cimentación, etc. (fouilles)	3.791.064 „	18 „	9 „
Trabajos de diversa índole	350.104 „	12 „	
Trabajos extraordinarios (parties extraordinaires)	4.456.733 „	6 „	9 „
Suma total (1664-1680)	43.537.491 „	16 „	6 „

La plata de la vajilla, propiedad de la corte de Francia, fué, en su mayor parte, fundida en los años 1689 y 1709, y la transformación hecha en 1689 produjo 82.322 marcos 5 onzas 9, lo que representa un valor monetario de 2.505.637 L|, 4 s| y 9d|.

La riqueza y magnificencia del mobiliario en los palacios reales se conoce por los inventarios publicados y las láminas que les acompañan. Baste decir que en los palacios de Luis XIV había una riquísima y completa colección de 334 tapicerías (tentures complétes), compuesta de 2.600 tapices y 140 piezas.. Había, además, 822 modelos de Gobelinos y 101 colgaduras artísticas.

Algunos encargos de 1669 permite juzgar del extraordinario lujo que reinaba en materia de mobiliario.

A la casa de comercio Duc et Marsollier: por artículos servidos a S. M. el rey: 64 varas de brocatel oro y plata, a 134 L|, 10 s| la vara; 44 varas de brocatel oro y plata verde bronceado, a 133 L|, 10 s| la vara, 16.545 L|, 5 s|.

A la misma: brocatel de Lyon, 22.155 L|.

A la misma: 7.070 L|, a saber: 4.090 L| por 62 varas de brocatel oro y plata, fondo violeta, manufactura de Lyon, a 66 L| vara, y 2.979 L|, 10 s| por 259 varas damasco carmesí, fabricación especial, la vara a 11 L|, 10 s|.

A la casa del señor Reynon: por géneros servidos: brocatel oro y plata, 70.716 L|, 18 s|, 11 d|.

Al señor Marcelin Charlier: terciopelo y brocatel, 5.572 L|, 5 s|.

A las instalaciones de los palacios correspondían los riquísimos vestidos, que con ellos se exhibían. En el *Mercure Galant pueden* leerse las reseñas de las fiestas que se celebraban, con descripciones minuciosas de las toilettes de la

sociedad cortesana. El monarca lucía una casaca con brillantes, cuyo valor era de 14.000.000 de francos. Cierto día en que Luis XIV visitó la manufactura de encajes, instalada en París, adquirió encajes por valor de 22.000 libras.

El lujo en el vestir siguió aumentando considerablemente durante el siglo XVIII, y llegó a su apogeo unos años antes de la Revolución. Poseemos informes muy exactos acerca del gasto de María Antonieta en este aspecto suntuario. En 1773, el vestuario de la entonces delfina importaba 120.000 libras. Tan elevada suma fué lo ordinario en los años sucesivos, aumentándose con extraordinarios. Los gastos de *toilette* eran los siguientes: en 1780, 194.118; en 1781, 151.290; en 1782, 199.509; en 1787, 217.187.

A partir de esta época, los gastos disminuyen.

Pero ¿y la mujer, la mujercita amada con amor ilícito? ¿Qué participación tiene en este rápido aumento del lujo? Bien se adivina la respuesta,, por lo que se refiere al período de los príncipes italianos y de la casa francesa de Valois. Los hombres, en estas épocas, no vivían sino para el amor a la mujer. Pero Luís XIV, el monarca a quien puede considerarse como creador del gran lujo y su introductor en las costumbres, ¿debemos creer que el entronizamiento de ese lujo no fué en él sino consecuencia de su afán de poderío, de su anhelo de ostentación? No. Justamente con Luis XIV podemos, por decirlo así, leer en documentos la poderosa influencia de sus amantes, influencia que se reflejó en la formación de su vida externa. El amor a la La Valliere impulsó a Luis XIV a construir Versalles. En el pequeño refugio de caza que había en Versalles, tuvo Luis XIV sus primeras citas con su amante. "Y allí, en aquellas colinas, había de ver la amada cómo se encumbraba el palacio encantado de su señor". Como el amor a La Valliére inaugúranse las grandes fiestas en la Corte, las representaciones de lo sencantamientos, contados por Ariosto, *les plaisirs de l'ile enchantée,* en que el monarca tomaba

parte, representando el papel de Roger. Desde 1674 a 1860 se lleva a cabo la construcción del palacio de Clagny, invirtiéndose en ella dos millones de francos. ¡Todo por el capricho de una favorita. Cada nuevo amor de Luis XIV determina nuevos derroches de lujo. Las amantes del monarca rivalizan en despilfarros, y mademoiselle de Fontanges llega a arrojar por las ventanas las monedas de oro, y gasta mensualmente 100.000 escudos, asombrándose de que las gentes la consideren como una derrochadora. Es bien sabido que, durante el siglo XVIII, la corte francesa estuvo dominada completamente por las "maitresses", que influyeron de modo considerable en la vida cortesana. Madame de Pompadour impuso su gusto a toda aquella sociedad, imprimiéndole nuevas formas. "Vivimos a la orden de madame Pompadour: carrozas a la Pompadour, vestidos de color Pompadour, platos a la Pompadour; chimeneas, espejos, mesas, sofás, sillas, a la Pompadour; abanicos, estuches, mondadientes, a la Pompadour", escribe un contemporáneo.

Madame de Pompadour representa toda la cultura del *ancien regime*. Pero representa, sobre todo, el gusto y las formas externas de la vida, en aquel tiempo. Se introduce personalmente en el régimen de la vida económica, dándole un sello propio y característico. Envía a Roma a su hermano menor, para que haga allí estudios, y después lo nombra director general de edificios, jardines, artes y manufacturas, concediéndole el título de marqués de Marigny. Madame de Pompadour construye palacios a voluntad: Petit Chateau, Bellevue, al cual agrega le Taudis (Brimborion). Además hermosea Choisy, hace ella misma los planos de la galería del palacio de Bellevue, decorada por el pincel de Vanloo, Boucher y Brunetti, y adornada con una estatua de Luis XV, obra de Couston. En este palacio dió madame de Pompadour magníficas fiestas, disponiendo los vestidos que habían de lucir sus invita-

dos, a quienes se los regaló. Uno de estos vestidos llegó a costar 14.000 libras. En una fiesta dada en el palacio de Choisy, gastó 600.452 libras en ropa blanca para los invitados. Esta mujer disponía de sumas tan considerables como jamás reina alguna tuvo a su disposición. Baste decir que, en los diecinueve años que duró su dominación, gastó para sus atenciones personales 36.327.268 libras, según datos fehacientes.

La marquesa de Pompadour fué substituída por la condesa Du Barry. Esta dama, según la cuenta concienzuda de Le Roy, gastó 12.481.803 libras desde el momento de su encumbramiento. De esta suma, fueron entregados 6.427.803 libras al banquero Baujon, para hacer pago de las cantidades dadas por éste durante los años de dominación de la condesa (1769-1774). El abate Terray, como es sabido, consiguió que los cheques de la favorita fuesen considerados como *bons du roi* por el banquero de la corte.

María Antonieta fué la última "grande cocotte" que dominó en la corte de Francia y se ocupó en desplegar alto lujo, hasta comienzos del año 1780. Las cifras que antes cité indican, claramente, que una reina legítima puede muy bien caminar por la senda de las grandes "maitresses". No hay que echar en olvido que María Antonieta, durante sus más felices años, en la época en que era delfina, tuvo que sostener la competencia con la duquesa Du Barry y su camarilla.

Fuente de inapreciable valor para el conocimiento del desarrollo del lujo en la mujer, durante los tiempos del primitivo capitalismo, son las cuentas de madame Du Barry, que han llegado completas a nuestras manos. De estos documentos se pueden sacar para la economía política más conocimientos que de una docena de estatutos gremiales o decretos reales.

He aquí algunos datos. Las sumas abonadas por Baujon en virtud de cheques de la favorita, se aplicaban de este modo:

I. — Orifices, 313.328 libras; joyeros, 1.808.635; alhajas, 158.800. Total: 2.280.763.

II. — Artículos de seda, 389.810 libras; encajes de Bruselas, 215.988; modas, 116.818; quincalla, 35.443. Total: 758.061.

III. — Muebles, 24.398 libras; cuadros, jarrones, 91.519. Total: 115.918.

IV. — Orfebrería, 60.322 libras; bordados, 471.178. Total: 531.500.

V. — Carruajes, 67,470 libras; caballos, 57.347; piensos, 6.810. Total: 131.627.

VI. — Doradores, 78.026 libras; escultores, 95.426; doradores (segunda partida), 48.875; fundidores, 98.000; marmolistas, 17.540; ebanistas y cerrajeros, 32.240. Total: 370.108.

VIII. — Primeros trabajos en Luciennes, 111.475 libras; jardines, 3.739; nuevos trabajos, 205.638; plantación y arbolado de jardines, 3.000. Total: 323.854.

(Las restantes partidas de gastos tienen carácter personal y no nos interesan: regalos, obsequios, etc.).

He aquí algunos precios pagados por artículos de gran lujo:

Por una *toilette* de terciopelo blanco, 12.000 libras. Adornos de otra, 10.500. Por otras *toilettes* se pagaron 9.000, 5.840, 2.400, 7.600 libras. Un estrado de 12 sillones, 7.200. Una otomana, 2.400. La cama de Luciennes, 5.945. Un reloj, 5.400. Una tabaquera, 576. Quince servilletas de café, de *muselina*, 925. Un marco en oro, para el retrato de la señora condesa, 2.250 (es el conocido retrato en que la condesa aparece de musa). También alcanzan precios elevadísimos las porcelanas. Por ejemplo: servicio completo de porcelana de Sevres, 21.438 libras. Otro servicio que la condesa regaló a su hermano político, 4.856. Nos consta, asimismo, que de un Gobelino pagó a 488 libras la vara cuadrada, esto es, por ejemplo, 3.534 por el Neptuno y Ammionna de Vanloo, e igual suma por la Venus y Vulcano, de Boucher. Las cuentas originales se encuentran entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional de Francia, 8157, 8158 y en su parte esencial las dieron a conocer los Goncourt en su libro acerca de la Du Barry.

El brillo de la corte española llegó, quizá, durante un breve espacio de tiempo, a eclipsar el esplendor de la corte

francesa. Desde que se abren a la explotación las minas de plata en el Potosí y Guanajuato, hasta bien entrado el reinado de Felipe IV, es Madrid el escenario de un lujo sorprendente. A partir de esta época, el estilo español fué, en múltiples esferas, dominante. Los ingresos que servían de base a tan grandiosa pompa eran ya de importancia en tiempos de Felipe III. Según la valoración hecha por el embajador veneciano Tomás Contarini, ascendían a 16 millones de ducados (cerca de 150 millones de pesetas). El resultado de una investigación que Enrique IV mandó practicar a fin de averiguar los ingresos de su adversario, corrobora la exactitud de aquella valoración. De la investigación llevada a cabo, vino a resultar que los ingresos importaban 15.658.000 ducados (neto), a los que había que agregar cerca de 5.000.000, que quedaban en manos de los virreyes y recaudadores de tributos. Una parte considerable de esta suma se aplicaba, es cierto, al pago de los intereses de la Deuda del Estado (intereses que, naturalmente, se invertían en gastos de lujo, como hemos de ver). Según un estado del conde de Lerma (año 1610), no quedaban a la disposición del monarca más de 4.487.350 ducados, de los cuales 1.000.000 escaso podía invertirse en pompa de la corte [1].

Inmediatamente después de Francia y España vino Inglaterra (en la Europa occidental). El esplendor de la corte inglesa culmina en el período de los Estuardos, que tomaron por modelo a los reyes de Francia. En los cuadros de Van Dyk, Peter Lely, Huysman, encontramos reflejada la magnificencia cortesana en tiempos de dicha dinastía; en estos cuadros aparecen, en vueltas en los pesados pliegues barrocos, esas figuras de elegantes orgullosos y de hermosas y altivas damas ataviadas con soberbios vestidos

[1] *Collection de documents inédits*, tomo IV, citados por madame B. Carey. *La cour et la ville de Madrid*, etc. Apénd. Nota C.

de brocatel y raso. Las descripciones de los contemporáneos, como las contenidas en el diario de Pepy, corresponden muy bien a esa imagen de alegre hartura que aparece en los cuadros de los citados artistas. Viene a la memoria el recuerdo del gran Luis XIV cuando se lee que Carlos I poseía veinticuatro palacios, con tal riqueza instalados, que podía ir de uno a otro sin llevar equipaje. Jacobo I gastó £ 93.278 con motivo de las nupcias de su hija. En cambio, más adelante, la diferencia con respecto a Francia se acentúa mucho ,hasta el punto de que Carlos II, triste y humillado, tuvo que prometer en la Cámara de los Comunes solemnemente no gastar tanto como hasta entonces había gastado y limitarse a la asignación de la lista civil. La burguesía respetable podía en este caso respirar, sin duda, un aire fresco de mañana, anunciador de una nueva vida, de un nuevo mundo en que había de reinar el espíritu de decente subsistencia. Pero la dinastía de los Oranges amaba también el brillo en su corte, y los dos primeros representantes de la casa de Hannover no le fueron a la zaga.

Las sumas de que disponían los monarcas ingleses no eran las que Luis XIV sacaba de sus súbditos. Sin embargo, eran bastante considerables para aquel tiempo y representan mucho gasto de lujo. En 1549 ascendían los gastos de la Casa Real a £ 100.000, cinco veces más que en tiempos de Enrique VII. En las dos generaciones inmediatas estos gastos se quintuplicaron. Después de la restauración reciben los monarcas una lista civil, y a partir de este momento conocemos exactamente las cifras de sus gastos [1]. Es verdad que las £ 1.200.000 fijadas a Carlos II no se hicieron nunca efectivas por completo, y de esta suerte, el pobre monarca, que tanto dinero necesitaba, tuvo que sufrir apuros de dinero durante su vida. Su

[1] J. Sinclair: *Hist. of de public revenue of the British empire.*

presupuesto de gastos para el ejercicio de 1675 a 1676 se hizo sobre la base de £ 462.115.

Guillermo III, durante su reinado, desde el 5 de noviembre de 1688 al 25 de marzo de 1702, gastó un total de £ 8.880.506 para sus necesidades y las de su corte. La reina Ana gastó, durante los doce años siguientes, 7 millones 604.848 libras esterlinas, esto es, un promedio anual de 585.900. (La lista civil ascendía a 700.000, en un presupuesto total —en tiempo de paz— que importaba 1 millón 965.605). La lista civil en la época de los primeros Jorges oscila entre 8 y £ 900.000. Aumentó con Jorge III, llegando a 923.196. La historia íntima de la corte de Inglaterra nos demuestra que también el lujo lo imponían allí las "maitresses", dueñas y verdaderas soberanas. Desde que vemos establecida en Inglaterra una corte, vemos también amantes reales, de cuya propensión al lujo tenemos abundantes testimonios. Recordemos a este propósito a Bárbara Palmer y a la Kéroualle. Esta última fué cortejada por el propio Luis XIV, cuando la dama inglesa vino a París; y se ha dicho —no sin fundamento— que el lazo de su talle sirvió para mantener unidas, durante quince años, a Inglaterra y Francia. Igualmente debemos citar a Catalina Sedley, a la baronesa de Darlington, a la condesa de Dorchester y tantas otras amantes de los Estuardos. Es sabido también que el príncipe elector Jorge Luis de Hannover, elegido rey de Inglaterra, se llevó a su amante, haciéndola después condesa de Arlington y duquesa de Kendel. El mismo Jorge II, llevado de su adhesión y afecto a la antigua casa solariega, reclutaba en Hannover sus "maitresses". A una mujer de Wallmoden la hizo más tarde condesa de Yarmouth.

Análogas eran las circunstancias en las cortes de los príncipes alemanes, entre las cuales las de Sajonia, Hannover y Wurtemberg desplegaban mayor lujo. Y, asimismo, en los Estados de la parte oriental. Pero estas cortes no

ofrecen gran importancia bajo el punto de vista del desenvolvimiento económico.

Quiero destacar tan sólo los dispendios hechos en porcelana, artículo que empezó a fabricarse en Europa desde comienzos del siglo XVIII, y que dió origen a una de las más importantes industrias, debido principalmente al sinnúmero de pedidos que hicieron los príncipes, que, en su afición a la porcelana, llegan a verdaderas locuras.

Léase la siguiente lista de pedidos de la corte de Sajonia (25 de febrero de 1732):

	30	guarniciones de chimenea.
	266	jarrones de diferentes clases.
	198	piezas de toda clase de animales, pequeñas y grandes.
	198	Ídem, íd., de pájaros.
	48	soperas, con sus cubiertas.
	170	platos.
Total:	910	piezas.

El monarca de Prusia hizo también importante pedido de artículos manufacturados del ramo de porcelana.

III

LOS CABALLEROS Y LOS GRANDES RICOS

El lujo se propagó paulatinamente por todas las clases sociales, que veían en la corte su ideal de vida, o mantenían alguna relación con los elementos cortesanos. Ahora bien, puede decirse que todas las personas de posición, todas las gentes ricas se hallaban en ese caso y fueron acometidas por el mismo afán de pompa mundana que dominaba en las cortes. Podemos conocer exactamente la verdadera obligación de lujo que los reyes, sobre todo Luis XIV, impusieron a la sociedad de su tiempo. La influencia del rey francés fué decisiva, y de ella nos habla un testigo ocu-

lar irrecusable. He aquí cómo se expresa: "gustaba en todo de la magnificencia, de la profusión, y la hizo su máxima, por política, inspirándola a toda su corte. Era agradarle el lanzarse a lo magnífico en la mesa, el vestido, los carruajes, los edificios, el juego... Es una plaga que, una vez introducida, se ha convertido en cáncer interior que roe a todos, pues la corte se ha propagado a París, a las provincias a los ejércitos, donde los funcionarios cuentan en proporción de su mesa y magnificencia. Es tal la locura de las gentes, que va siempre en crecimiento. Las consecuencias son infinitas y conducen nada menos que a la ruina general". Saint-Simon, *Mémoires*, volumen VIII de la edición Hachette, pág. 125-26).

El monarca era considerado, sobre todo en Francia, como una divinidad. Luis XIV se convirtió en árbitro del gusto de París. "París... generalmente imita a la corte", escribe La Bruyére. Podríamos afirmar que Luis XIV se convirtió en árbitro del gusto en la Europa entera. Las gentes que tenían medios para ello, obedecían ciegamente los gustos del monarca y querían que sus edificios fuesen como los construídos por Mansart; sus jardines como los arreglados por Le Nótre; sus muebles como los diseñados por Lebrun; sus cuadros como los pintados por Rigaud.

Sin embargo, el proceso de mundanización no se habría realizado con tanta rapidez, el lujo no habría alcanzado en tan corto tiempo proporciones tan desmesuradas, si al lado de la corte no hubiese existido otro rico manantial, del que brotaban en abundancia afanes de goce, anhelos de alegre pompa y brillo, de ostentación y deleite de la vida, y si los "nuevos ricos", cuyo origen conocemos ya, no hubiesen sentido verdadera sed de lujo, en términos que pueden considerarse como una enfermedad. Ahora vamos a ver cómo influyeron estos elementos en la transformación de la vida y principalmente cómo contribuyeron al desarrollo de lujo.

Un fenómeno que se repite invariablemente en nuestro ciclo cultural, es que gentes nacidas en el pueblo y enriquecidas de un modo rápido, aplican preferentemente su riqueza a fines de lujo. Las causas y fundamentos de ese fenómeno pueden señalarse sin dificultad: de un lado, la condición del hombre natural y tosco no le permite disfrutar de otros goces que los materiales, producto de una abundante provisión de bienes deleitosos; de otro lado, el ardiente deseo de conquistar un puesto junto a las clases distinguidas. Todo esto desarrolla en el comerciante o en el criado enriquecido un extraordinario afán de lujo (a no ser que lo impulse por otras vías y lo convierta en ruin avaro). Afán de honores, anhelo de goces materiales: he aquí los dos elementos que colaboran a engendrar el lujo de los nuevos ricos. En la historia, el camino que sigue la riqueza pasa por otras tantas etapas de desenvolvimiento del lujo, a partir de la aparición de los burgueses encumbrados. No es certera la observación de Diderot, cuando dice que los rústicos enriquecidos vivían antes modestamente, sin ruido ni ostentación de riqueza y que en su tiempo fué cuando dieron en la manía de exhibir sus riquezas. Y yerra al creer que puede citar a Bonnier como el primero o uno de los primeros en ostentar lujo y caudales. Porque ya en la época del Dante, encontramos tipos de esta clase como aquel Giacomo de Sant Andrea, que arrojan al río objetos de oro y plata y prende fuego a un edificio para aumentar el regocijo de una fiesta. Ya entonces había bastantes de estos tipos para formar una sociedad de derrochadores denominada: *brigata godericcia* o *spendericcia*.

La gente nuova e i subiti guadagni
Orgoglio e dismisura han generato
Fiorenza in te, si che tu giá ten piangi.

(Inf. 16, 73-75).

Esta cita se encuentra en todos los "historiadores" de Florencia.

Ni siquiera para Francia es exacto lo que dice Diderot. ¿No vivió en Francia, en el siglo XV, Jacques Coeur, prestamista enriquecido que poseía palacios en París, Lyón, Tours y en siete localidades más? ¿No hemos de colocar entre los ricachos a Semblancay, a Thomas Bohier, que construyó Chenonceaux en el siglo XVI? ¿Podemos olvidar, sobre todo, a la canalla enriquecida del siglo XVII que, como el mismo Luis XIV decía, llevaba "un lujo desvergonzado"? De las palabras del monarca se desprenden grandes enseñanzas. Háblanos el rey de "gentes de negocios que, por una parte, encubren sus malversaciones con toda suerte de artificios, y las descubren, por otra parte, en su lujo insolente y audaz, como si temiesen dejármelas ignorar". En último término, también Fouquet, el gran petardista, pertenece a este grupo. Baste decir que aplicó a fines suntuarios unos 30 millones de francos, de los cuales 18 fueron destinados a la construcción de su palacio de Vaux—según nos refiere Colbert (que tampoco desdeñaba el gasto), con indignación, en su memoria sobre Fouquet.

La relación íntima existente entre los encubramientos de plebeyos y el desenvolvimiento del lujo, puede seguirse exactamente examinando los períodos en que surgen en grandes masas esas gentes, *quos virtus aut fortuna a faece hominum extulit*[1]. Estos períodos constituyen otras tantas capas en la estructura del lujo moderno, donde, al igual que en la historia de la riqueza, cabe distinguir la época italiana de los siglos XIV y XV, la alemana de los siglos XV y XVI, la española-holandesa del siglo XVII y la francesa-inglesa del siglo XVIII.

Para nosotros tiene grandísima importancia el enorme avance que los países de Europa hacen, desde principio

[1] Esta expresión tan ingeniosa es de Camden, *Britannia* (1580).

del siglo XVIII, en la dirección del bienestar y, sobre todo, la prosperidad material. En este período, las ricachas desempeñan ya un importantísimo papel. La transformación decisiva consiste en el hecho de que en este tiempo, singularmente a partir de 1720, el lujo gana terreno en todas las clases sociales. Esto se comprueba con libros de cuentas de aquella época, que han llegado hasta nosotros. A mediados, próximamente, del siglo XVIII, se observa en las clases elevadas de los países ricos una diferencia con relación al siglo XVII, que viene a ser igual a la que existe entre la Alemania actual y la de la época anterior a 1870. "Cuesta trabajo mantenerse hoy con lo que resta". Quejas como ésta abundan. Y no deben admitirnos, si consideramos que una parte considerable de las grandes fortunas de aquel tiempo se evaporaba en gastos de lujo. (Sobre los ingresos durante el siglo XVIII, hemos tratado en la parte segunda del capítulo primero). D'Epinay gastó, de 1751 a 1755, 1.500.000 libras; Roussel dilapidó 12 millones; Dupin de Chenonceaux, de 7 a 8; Savalette, 10; Bouret, 40. El conde de Artois, vecino del rico Faventenés, se expresaba en estos términos: "Bien quisiera meter en mi casa un brazo del torrente de oro que mana en su roca". El lujo se exterioriza singularmente en muebles, construcción de edificios, vestidos. Los almacenes de la calle Saint Honoré, que tenían enorme surtido de riquísimas telas de Francia y el extranjero, vendieron, en pocos días, todas sus existencias, cuando en 1720 la lluvia de oro cayó sobre París. Duhautchamp nos describe el aspecto de las calles, invadidas por mujeres que lucen hermosas *toilettes*, de los más distintos matices, con ricos bordados y aplicaciones de oro y plata.

Para el desarrollo de la moderna sociedad tiene, a mi juicio, extraordinaria importancia el hecho de que los ricos encumbrados, que no poseen más que su dinero y que no conocen otro medio de distinguirse que el de aplicar su

fortuna a ostentación de lujo y goce, contagian su modo de pensar materialista a las antiguas y nobles familias, que se lanzan en el torbellino de la vida placentera. En un capítulo de mi obra *El moderno capitalismo*, donde trato de la formación de las fortunas, afirmo que el empobrecimiento de la nobleza fué una de las causas determinantes del enriquecimiento de los prestamistas burgueses. Allí he demostrado también que este proceso de transformación de la riqueza feudal en riqueza burguesa, se verifica en los países de Europa a partir de las Cruzadas. Debo agregar ahora, por vía de complemento, que una de las causas principales que empobreció a la nobleza, y que hizo que en su lugar se colocasen *homines quos fortuna a faece extulit*, fué su afán de eclipsar el derroche y lujo de los nuevos ricos. Los señores feudales renegaron de sus antiguas tradiciones de distinción, y esto trajo como consecuencia su ruina, o esos matrimonios vergonzosos con los reyes del dinero, de que ya hemos hablado. El concepto medianero en esta evolución, el punto que aquí más nos interesa, es la transformación de las estirpes nobles en sentido materialista. Mas esta transformación es obra de los "subitiguadagni", de los Turcarets, aunque es robustecida también por la influencia de la corte, como hemos visto. Este proceso me parece de especial importancia.

Esta inclinación fatal de los nobles a rivalizar en lujo con mercaderes y tenderos, aparece en todos los países y en todos los tiempos, desde el instante en que, de modo súbito, la riqueza burguesa adquiere gran desarrollo. De Alemania en el siglo xv se refiere: "Los señores se caracterizaban por sus desplantes y su brutalidad". La ostentación en el vestir fué motivo principal para que contrajesen deudas. Un moralista de aquel tiempo se expresa en estos términos: "El excesivo costo de los vestidos está causando la decadencia de los nobles alemanes, que quieren llevar la misma vida de ostentación que los comerciantes ricos de

la ciudad, pero no tienen el dinero que tienen éstos. Por eso la nobleza contrae cuantiosas deudas y cae irremisiblemente en las garras de usureros, teniendo que vender sus propiedades en todo, o en parte..." Así se explica que una viuda de Hendorf enajenase por cantidad insignificante la aldea de Goppingen, para comprar un vestido de terciopelo azul y lucirlo en un torneo. (Esta sumisión de los nobles a las concepciones materialistas de los burgueses llega ya a sus últimos días en nuestra sociedad actual. Presenciamos los últimos esfuerzos de las últimas familias de abolengo por substraerse al rasgo materialista de la época. Y casi nos parece quijotismo el afán con que bien intencionados heraldos de la nobleza empobrecida denuncian a sus congéneres los peligros del lujo).

El período de descomposición de la nobleza se inicia en Francia un poco más tarde. Sully, noble de rancia estirpe, que ve siempre con ojos algo pesimistas, se lamenta de la destructora influencia que durante la última generación comienzan a ejercer las rápidas fortunas de financieros y prestamistas sobre las clases sociales dominantes. Merecen citarse sus memorables palabras, porque exponen en forma clásica uno de los giros más importantes de la historia moderna. "Nada ha contribuído tanto a pervertir entre nosotros la idea de la probidad, de la sencillez y del desinterés, o a ridiculizar estas virtudes; nada ha fortificado tanto la desgraciada propensión de los hombres al lujo y a la molicie...; nada degrada tanto la nobleza francesa como esas fortunas rápidas y brillantes de los tratantes y demás hombres de negocios, por la opinión harto fundada, que han propagado, de que no hay en Francia casi otro modo que ése de llegar a los honores y a los primeros puestos, y de que todo entonces queda olvidado y todo permitido".

En los siglos XVII y XVIII, los antiguos modos de sentir y pensar se vienen abajo rápidamente en todos los paí-

ses, como hemos demostrado en la sección tercera del capítulo primero. Pero el hecho importante que queríamos señalar aquí es que ese cambio en las opiniones había de añadir afluentes nuevos al gran torrente del lujo, cuyas fuentes hemos intentado alumbrar.

El noble se vió, pues, incitado al lujo acaso por el *parvenu* o por la corte. Pero él fué quien imprimió carácter al lujo en esa época, y por quien, pese a los tocineros y prestamistas enriquecidos, ese lujo se distingue del de la nuestra por su sello aristocrático.

Durante todo ese tiempo, el lujo presenta en todas partes un carácter fundamental uniforme, siendo, por su naturaleza. cortesano y aristocrático. A pesar de las alianzas con la sangre plebeya, la aristocracia sigue siendo aristocrática y, con la corte, es la que da el tono a la vida. Unas veces es más bien la corte, como ocurre con Francia en el siglo XVIII; otras veces es más bien la "sociedad", como en los siglos XVI y XVIII (Italia e Inglaterra). Pero siempre estos dos elementos son los únicos substratos del lujo. Estos círculos, en los cuales se despliega todo el lujo, destácanse —en su propia representación y en la de los demás— sobre el mundo burgués y comercial, aún cuando en éste ya se habían formado caudales considerables. Pero hasta fines del siglo XVIII queda marcada perfectamente, incluso en Inglaterra, la diferencia entre el hombre del Westend y el hombre de la City, entre el caballero y el "cabeza redonda", si no en el viejo sentido político, al menos en el sentido de la sociedad y el trato. Así nos lo dicen los buenos observadores: "La ociosidad, la sensualidad ,la vida desordenada y la propensión a las costumbres francesas, son las cosas que los habitantes de la City reprochan a los londinenses del Oeste —los cuales devuelven la burla describiendo a los de la City como descorteses, brutos, cuyo mérito único consiste en tener dinero". (Archenholz, 1, 164).

Si, pues, Chateaubriand nos describe su época diciendo: "la corte y la ciudad, los literatos, los economistas y los enciclopedistas, los grandes señores y los hidalgos, los financieros y los burgueses, se parecen todos, como demuestran las memorias que nos han dejado", estas palabras tenían que referirse a la crema de la sociedad. El "suero", como llamaba Goethe a la clase media, no contaba todavía para nada. El "burgués", grande o pequeño, quedaba fuera de la sociedad. La vida, durante esta época, tenía ante todo aspecto y sello señorial. Todo cuanto representa dinero, y tiene valor de dinero, es despreciado. La buena administración, el equilibrio de los ingresos y los gastos se estima como función propia de la burguesía y es encomendado a mayordomos y administradores. ¿A qué tener servidores, si uno mismo ha de preocuparse de la economía doméstica? La vida no es grata, si hay que torturarse pensando en prepararla. Se pide lo que se necesita y se paga como se puede. Es cosa de tenderos eso de preocuparse de las cuentas y creer que haya que pagarlas. Y también es cosa de tenderos el pensar, ante tal o cual gasto, en si uno está o no en disposición de hacerlo.

Este desprecio señorial de toda economía ordenada es característico también de los especuladores. La alta finanza, sobre todo, coincide con la vieja nobleza en no pensar jamás en los ingresos, al hacer los gastos. Las grandes ganancias caen en sus manos como por encanto y les permiten pasar la vida como en juego. Un buen golpe les hace recobrar con creces las pérdidas de una noche. La alta finanza está tan lejos de la economía mezquina del tendero, como la vieja nobleza feudal. Ni unos ni otra conocen la idea del ahorro. Las concepciones específicas de la pequeña burguesía —que luego se extendieron en amplias capas de la sociedad— son desconocidas en las capas ricas de la primitiva época capitalista, las capas al menos que nos interesan bajo el aspecto suntuario. Estas regiones ostentan un sello

señorial, aún tratándose de burgueses enriquecidos. Unos ejemplos explicarán mejor lo que quiero decir. El famoso Bassompierre, verdadero tipo de su clase, es el protagonista de interesantes historias. En cierta solemnidad lució un vestido de paño de oro, adornado con palmas, cubierto de perlas, cuyo peso el propio interesado estima en 50 libras. Su costo fué de 14.000 escudos, de ellos 700 por mano de obra. Al recibir el encargo, el sastre pidió 4.000 escudos adelantados, que Bassompierre le... prometió. Bassompierre se va a cenar con 700 escudos en el bolsillo. Juega y gana 5.000 táleros, con los cuales, a la mañana siguiente (en un rasgo de debilidad) paga al sastre. Sigue jugando en los días sucesivos y ganando las cantidades que le restaban para completar el importe de la cuenta y además 11 mil táleros. La mitad de esta suma, o sea 5.500 taleros, la destinó a comprarse una espada guarnecida de diamantes. La otra mitad la aplicó a "gastos menudos".

Juego. — Orry Falvy perdió, en una noche, 600 mil libras. Dupin de Chenonceaux, en otra noche, 700.000. De la Haye, en otra noche, 880.000 (en casa de madame de Genlis y contra M. de Fénelón). Un hijo de París-La Montagne, en una partida, pierde 80.000 táleros. El conde Jean Du Barry, tipo del noble canallesco del siglo XVIII, perdió, en una sola sesión, 7.000 luises, y todavía se jactaba de haber dejado en las mesas de juego 5 millones. En 1717 había en París 62 garitos.

Desprecio del dinero y de cuanto significa valor del dinero. — El mariscal de Richelieu regaló a un nieto suyo una bolsa llena de monedas, y habiéndola el nieto devuelto intacta, su abuelo la arrojó por la ventana, diciendo que en la calle la recogería un barrendero. El príncipe de Conti envió a su amiga un brillante; ésta lo devolvió porque lo estipulado entre ellos había sido un regalo sencillo; entonces, el príncipe redujo la piedra a polvo, con el cual secó la tinta en que escribió la contestación. Hay que advertir

que el brillante tenía un valor aproximado de 5.000 libras. El monarca pasó un día en casa del mariscal de Soubise, quien con tal motivo hizo un gasto de 200.000 francos. Madame de Matignon pagaba 24.000 libras anuales por poder lucir cada día un nuevo peinado. El príncipe de Conti llegó a verse en la miseria, por haber gastado su enorme fortuna (600.000 libras de renta) en toda clase de objetos de lujo.

Deudas. — Madame de Guéménée llegó a deber a su zapatero 60.000 libras. El duque de Lauzun adeudaba dos millones de libras, después de haber consumido una fortuna de 100.000 táleros de renta. Los datos publicados por Emile Langlade, y que se refieren a la modista Rose Bertin, nos permiten formar cabal idea de cómo se administraban las gentes ricas en aquella época. A principios de 1790, las sumas que se le adeudaban, eran: la marquesa de Bouille, años 1774 a 1786, 6.791 libras; la condesa de Salles, años 1778-1781, 1.148 libras; la condesa de Duras, años 1774-1789, 7.386 libras; el conde Augusto de Lamarck, años 1774-1775, 1. 558 libras; el caballero de Saint-Paul, año 1778-, 1343 libras. Además de todas estas personas, tenía créditos, desde hacía muchos años, contra la vizcondesa de Polastron, por 19.960 libras; contra la princesa de Rocheford, por 10.904 libras; contra la marquesa de Tonnerre, por 10.946 libras. El total de créditos que la gran modista tenía contra su escogidísima clientela, ascendía a 490.000 francos.

La clase señorial influyó también en la dirección y orientaciones de lujo. Ya sabemos el lujo que desarrollaba la Corte en lo concerniente al vestido. Éste es, empero, un carácter típico de la clase señorial. Nada distingue al caballero tanto como las ricas casacas, que la moda de la época exigía de terciopelo y seda, con bordados de plata y oro, encajes, etc., muy costosos.

Ha llegado hasta nosotros una serie de datos sobre el lujo en el vestir durante los siglos XV y XVI. Son inventarios detallados del vestuario de Valentina e Isabel Visconti, Blanca María Sforzza, Lucrecia Borgia, etc. Esta última, por ejemplo, tenía 50 vestidos de brocatel y terciopelo, con bordados y encajes; necesitó 150 caballerías para transportar su vestuario cuando salió de Roma. También son fuente valiosa para el conocimiento de esta materia las obras de arte y las descripciones de fiestas, ceremonias, etc. Así, por ejemplo, Burcardo, en su diario, describe la entrada en Roma del príncipe Federico de Nápoles: "Los jinetes cabalgaban majestuosos sobre soberbios caballos, llevando vestidos de brocatel y oro, adornados con riquísimas joyas, sobre el pecho, los sombreros, etc. El príncipe lucía casaca de terciopelo violeta, collar de perlas y piedras preciosas por valor de 6.000 ducados, cinturón y espada de igual valor. Las riendas estaban guarnecidas con perlas y joyas riquísimas, y los arreos y aparejos del caballo del príncipe, eran dorados".

Del Renacimiento pasamos al barroco y luego al rococó. Sabemos que en Inglaterra, por ejemplo, en el siglo XVII, la elegancia en el vestir era signo de clase y condición de caballero. La moda entonces impuso una forma de guarnecidas de encajes. En la confección de los vestidos elegancia: las botas altas, forradas de riquísimas telas y entraban en gran proporción las telas de seda y terciopelo. (Van Dyck). Se hacían grandes dispendios en ropa. El duque de Buckingham (1625), poseía 27 vestidos de terciopelo, seda, encajes, perlas, etc.; cada uno de ellos había costado ,aproximadamente, 35.000 francos. Un matrimonio noble del siglo XVII, gastaba en Francia en vestidos la tercera parte de su fortuna; en *toilette* y carruajes, casi la mitad (5.000 libras de 12.000). en el siglo XVIII, aumenta el lujo en este aspecto, adquiriendo mayor refinamiento. Un vestido elegante de caballero, valía, por término me-

dio, 1.200 a 1.500 libras. Toda persona que se estimase, tenía 6 trajes de verano y otros 6 de invierno. Los vestidos de ceremonia llegaban a valer hasta 15.000 libras. El buen paño gris se vendía de 70 a 80 libras la vara. (Barbier).

El lujo en ropa interior (manifestación esencialmente erótica) se desarrolla ahora espléndidamente. El honrado autor del *Complete English Tradesman* se irrita ante el hecho de que el *gentleman* de aquella época use camisas de lana a 10 y 12 chelines la vara, y las mude dos veces al día. En tiempo de los abuelos, se usaban camisas mucho más baratas que se mudaban dos veces por semana. "Estos elegantes de hoy —añade el maligno autor—, se cambian con mucha frecuencia de ropa interior, pero su cuerpo no está más limpio que el de sus antepasados".

El lujo ostentoso y pomposo es típico del ánimo señorial. Señoriales son los magníficos vestidos, las carrozas doradas, la legión de criados, resto del antiguo séquito y signo que revela la naturaleza personal del lujo señorial, forma primera de todo lujo. Sabidas son las quejas de Adam Smith contra los malos hábitos de sus contemporáneos, que mantienen brazos improductivos, pudiendo aplicarlos al trabajo.

La razón que asistía a Adam Smith se demuestra por los relatos de aquel tiempo. Defoe, opuesto también a ese estilo señorial, nos dice que comerciantes muy ordinarios de Londres tenían dos y más criadas; y algunos un criado, y aún dos. La esposa de cierto comerciante tenía a su servicio cinco doncellas y un criado. Las libreas azules usadas por estos criados de los comerciantes llegaron a una cifra tan considerable, que recibieron el nombre de libreas de comerciante. En vista de ello, los "gentleman" ya no quisieron que sus criados usasen libreas de ese color. El lujo señorial llegó a generalizarse de tal manera que fué aceptado por los burgueses como cosa corriente. ¡Cómo no

estaría difundido en la clase noble! Así no puede ya asombrarnos el hecho de que cierto lord inglés tuviese cien palafreneros en sus cuadras. Sin embargo, hay cifras que producen verdadero asombro. El duque de Nevers tenía a su servicio 146 criados; el de Pontchartrain, 113; el duque de Choiseul, 400 (de ellos 54 con librea); madame de Sevigné, 30 ó 40. Los criados, naturalmente, imitaban este lujo aristocrático. Un pintor paisajista, que había llegado a hacer fortuna, sostenía 90 criados. "Hay casa de financiero donde hallaréis 24 criados con librea, sin contar los pinches, ayudantes de cocina y las seis doncellas de la señora". (Mercier). Otro ricacho tomaba el chocolate rodeado de cuatro lacayos.

La esencia misma del lujo es también, en esta época, de índole aristocrática, no sólo en el sentido negativo de ser inaccesible a la gran masa y constituir un patrimonio exclusivo de la clase distinguida, sino en el sentido positivo de una forma distinguida, que el lujo toma, incluso entre los ricachos burgueses, porque éstos viven bajo el yugo del buen gusto selecto y señorial. Es un lujo "distinguido", siempre estético, siempre orientado hacia la forma. En este período podemos considerar cuatro estilos: gótico, renacimiento, barroco y rococó. Pero estos cuatro estilos son estilos distinguidos, señoriales; son "estilos", y se distinguen netamente del estilo actual que es "falta de estilo" y signo de tosca plebeyez. En el siglo XVIII empieza a manifestarse en Inglaterra algo que se parece al estilo "aburguesado": surgen notas esporádicas de plebeyez. Muther cree descubrir ya estas notas en los retratos de Reynolds y Gainsborough, utilizándolas para diferenciar Inglaterra y Francia. Pero a mí me parece que, justamente en esos dos retratistas, se refleja la esencia aristocrática de aquella época. Verdad es que Mrs. Siddon aparece en el retrato de Gainsborough en *toilette* de calle, "con un gran sombrero, el manguito en la mano y ningún adorno de perlas, sino

sólo un sencillo lazo de seda al cuello". Sin embargo, entre esta dama y una señora de hoy, hay un abismo, que debía separarla también entonces de las señoras de la City. ¿No es el *blue boy* propiamente el símbolo del ocaso de la cultura aristocrática? En Hogarth sí que aparece por primera vez el "animal incivil y grosero" —desde el breve episodio holandés—. Pero este plebeyismo no se encuentra todavía en el mundo que sirve de teatro al desenvolvimiento del lujo.

Pero ¿y la mujer? Ya sabemos que las "maitresses" se consideraban en todas partes, especialmente durante el siglo XVIII, como cosa natural. "¿Qué hombre no tiene una querida?" exclama, con la mayor naturalidad, un filósofo de aquella época. Podemos, pues, ahora atribuir buena parte de los despilfarros de aquella sociedad al amor ilegítimo, y, lo restante, a las esposas. Conocemos las cifras exactas de lo que gastaban algunas grandes cortesanas, impulsadas por su afán de lujo. El abogado Carsillier, dice, hablando de la "adorable Deschamps": "el lujo de esa dama produce la admiración de todo París. Ha consumido las minas de Golconda. El dinero nace bajo sus pies". Las amantes de los grandes financieros eran conocidas en París por su "insolente lujo"; así por ejemplo, madame Petitpas, madame Dufresne, amantes del opulento La Mosson. Sumas enormes pasaban por sus manos. La amante de otro gran financiero, "Maison Rouge", bailarina en la Ópera, le sacó a su amigo las siguientes sumas: 210.000 libras para edificio y mobiliario, 150.000 para adornos, 50.000 táleros para cuadros y vajilla de plata. El joven Chauvelin contrajo, por causa de la bailarina mademoiselle Minos, deudas por valor de 1.600.140. Saint-James, tesorero de la marina, regaló a mademoiselle de Beauvoisin adornos por valor de 1.500.000 a 1.800.000 libras, además de otros objetos, fijándole una renta anual de 20.000 táleros. A una

cortesana "distinguida" solía pagarse mensualmente unas 10.000 libras.

Pero lo que me propongo demostrar es la íntima relación que existe entre el desenvolvimiento del lujo en aquella época y el predominio de la mujer ilegítima, sea ésta soltera o casada; y quiero demostrar esta relación con más claridad de la que dan las indicaciones generales acerca del despilfarro practicado por algunas cortesanas. Entraremos, pues, en detalles y seguiremos el desenvolvimiento del lujo en sus contenidos más importantes, adquiriendo así una visión clara de las múltiples posibilidades de lujo en el antiguo régimen y pudiendo reconocer claramente cómo de los gastos de lujo, o mejor, del amontonamiento de los casos particulares del lujo, pasan los hilos a las primeras formas de organización capitalista en el orden del comercio y de la industria.

IV

EL TRIUNFO DE LA MUJER

Hemos expuesto ya los rasgos comunes que tiene el lujo en la primitiva época del capitalismo. Ahora es necesario hacer ver cómo el lujo ha sufrido transformaciones durante esos cinco o seis siglos y demostrar la participación que la mujer —tal como la hemos conocido— ha tenido en esas transformaciones. Examinaremos en primer lugar:

1. *Las tendencias generales en el desenvolvimiento del lujo.* — Este estudio se refiere, claro está, al período comprendido entre 1200 y 1800, período que se presenta único en la historia universal. Todos los esfuerzos hechos para formar épocas generales del lujo, como ha hecho Roscher, son vanos; y no hablemos de los de Tolpatsch, que somete relaciones tan delicadas, como son los fenómenos del lujo,

a la "concepción materialista de la historia", mal entendida, además.

Distingo las siguientes tendencias generales del desenvolvimiento del lujo:

a) *Tendencia a la interiorización.*—Casi todo el lujo de la Edad Media era público; ahora se convierte en privado. Y aún en los casos en que fuera privado, desplegábase más fuera que dentro de la casa; ahora el lujo se instala dentro del hogar doméstico. La mujer se apropia el lujo. Anteriormente (todavía en la época del Renacimiento), el lujo se exteriorizaba en torneos, espectáculos fastuosos, cortejos, convites públicos. Ahora se transforma en lujo doméstico, perdiendo su carácter periódico y convirtiéndose en estable. Inútil es decir cuánto aumenta el lujo con esta transformación.

b) *Tendencia a la objetivación.*—Ya vimos que en la época de que hablamos, el lujo tenía fuerte carácter personal, esto es, cuantitativo. Y dijimos también que en ello da a conocer su origen señorial, ya que esa fuerte valoración de una numerosa servidumbre debe considerarse como supervivencia de los antiguos séquitos. Pero es un hecho innegable que, a partir de la Edad Media, los rasgos de este lujo personal se van debilitando cada vez más, sin interrupción. Antes el lujo se manifestaba en un crecido número de satélites, que había que mantener y festejar. Ahora la numerosa servidumbre no es sino fenómeno concomitante del creciente consumo de cosas y objetos de lujo. En esta objetivación, como yo llamo a este proceso, la mujer estaba sumamente interesada, pues a la mujer le importa mucho menos el numeroso séquito que los trajes suntuosos, la casa aderezada, las alhajas. Económicamente, esta transformación es muy importante. Adam Smith diría que el lujo "improductivo" se ha convertido en "productivo", porque aquel lujo personal emplea brazos improductivamente, mientras que este lujo objetivo emplea bra-

zos, haciéndolos producir (en el sentido capitalista, dando salarios a obreros). En realidad, la objetividad del lujo influye de modo esencial en el desarrollo del capitalismo. Paralelamente a esta objetividad del lujo, da también la mujer a otra tendencia:

c) *Tendencia a la sensualidad y refinamiento.*—Entiendo aquí por tendencia a la sensualidad, la evolución que conduce a que el lujo no sirva tanto a valores ideales —arte, por ejemplo— como a los instintos inferiores de la animalidad. Decían los Goncourt: "la protección del arte recae ahora en los cinceladores de bronces, en los escultores en madera, en los bordadores, en las modistas". Con estas palabras querían establecer la diferencia entre el período de la Du Barry y el de la Pompadour. Este cambio —que es económicamente de enorme importancia— me parece característico más bien de la transición entre el siglo XVII y el XVIII, esto es, del triunfo del arte rococó sobre el barroco. Este triunfo, empero, no significa otra cosa que la victoria completa y definitiva de la mujer. La implantación de este estilo femenino en todas las esferas de la cultura es una confirmación suficiente de nuestra tesis. La mujer se nos aparece victoriosa en todas las creaciones artísticas y decorativas de esta época: espejos de pilastras, cojines de Lyón, lechos de seda azul celeste, con colgaduras blancas de tul, enaguas de seda azul pálido, medias de seda grises, con plumas de cisne y de avestruz y con encajes de Brabante. Todo esto y más nos refiere el P. Muther en sus magníficas descripciones del rococó, que son como una *Sinfonía de salón.*

La tendencia del lujo a recrear los sentidos está en inmediata relación con el refinamiento. Refinamiento quiere decir aumento de gasto en el trabajo vivo necesario para la producción de la cosa; significa que la cosa está más íntegramente trabajada en todas sus partes (o también fabricada con materiales raros y costosos). De esta manera

se ensancha el horizonte de la industria capitalista y del comercio capitalista.

d) *Tendencia a la condensación — en el tiempo;* es decir, que dentro de un determinado tiempo se desarrollan grandes proporciones de lujo, ya sea que anteriores instituciones periódicas de lujo se conviertan en permanentes (como las fiestas anuales que se convierten en fiestas regulares, o las procesiones ocasionales que se hacen mascaradas diarias, o los festines que antes se celebraban en días solemnes y que son ahora diarios), o ya que en poco tiempo los "bienes de lujo" son producidos y rápidamente consumidos o usados por el poseedor.

En la Edad Media era muy largo el tiempo de producción; años y años trabajaba el obrero en la obra. No había prisa por terminar. Viviase mucho, porque se vivía dentro de un conjunto; la Iglesia, el claustro, el municipio, la estirpe, verían terminado el trabajo, aunque el individuo que lo encargó estuviese desde hacía tiempo muerto. ¿Cuántas generaciones no habrán colaborado en la Cartuja de Pavía? Ocho generaciones de la familia milanesa Sachi, durante tres siglos, trabajaron en las incrustaciones del altar. Cada catedral, cada claustro, cada Casa Consistorial, cada castillo nobiliario, construído en la Edad Media, confirma esta amalgama de generaciones. Pero desde que el individuo se emancipa de la colectividad, toma la duración de su vida propia como medida de su goce. El individuo quiere presenciar en vida todas las transformaciones. Incluso el rey se convierte más en sí mismo. Si manda construir un palacio, quiere habitarlo antes de morir. Y cuando la mujer se hubo enseñoreado de la situación, aceleróse todavía más el ritmo del tiempo para la producción de los objetos de lujo. La mujer no puede esperar. El hombre enamorado, tampoco. ¡Qué cambio en el ritmo de la vida! Ejemplos: María de Médicis termina el palacio de Luxemburgo en el breve espacio de cinco años. En Versalles se

trabajaba de día y de noche. "Para Versalles hay dos talleres de carpintería: uno trabaja de día y el otro de noche", dice Colbert. El conde de Artois hizo reconstruir el palacio de Bagatela, a fin de dar una fiesta a la reina, y se empleó 900 obreros que trabajaron día y noche; y no pareciéndole que los trabajos se llevaban con bastante prisa, ordenó a sus "ujieres" que acarreasen piedras y cal. Todas estas transformaciones se verán con mayor claridad, entrando en detalles acerca de algunas de las principales manifestaciones del lujo. Ello nos servirá además para tener una cabal idea de la importancia económico-cuantitativa que tienen estas modificaciones en la forma de manifestarse el lujo.

2. *El lujo en la casa.* — a) El lujo en la *comida* nace en Italia durante los siglos XV y XVI, época en la cual vemos constituirse el "arte culinario", junto a las otras artes. Antes no existía más lujo que el devorar; ahora se refina este goce y se sustituye en esto la calidad a la cantidad. También el lujo de la comida se traslada de Italia a Francia, donde, desde fines del siglo XVI, es objeto de especial culto. No es posible estudiar el desarrollo de esta variedad de lujo, sin exponer ciertos antecedentes de orden culinario, lo cual se aparta por completo de la índole de nuestro trabajo. Sin embargo, formularemos una pregunta, que ya hemos formulado en otros casos: "¿No es la mujer la que ha traído también este refinamiento, el lujo en el comer?"

Bajo el punto de vista psicológico-fisiológico, el asunto es indiscutible, aunque están muy unidos el arte culinario y el arte de amar. Revélase la tendencia a contraponer el erotismo y la "gourmandise", en la división que suele hacerse de la vida humana en los tres períodos del amor, de la ambición y de la mesa. Y así vemos que hombres tan poco eróticos como Kant son, a veces, grandes "gourmets". Pero me parece que sin el refinamiento del gusto, traído por la mujer, el arte culinario no habría alcanzado gran

desarrollo. ¿No será acaso la apasionada gula de ciertos solterones una "represión" de los instintos eróticos, de suerte que la "gourmandise", en el hombre, viniera a ser lo mismo que la afición a los gatos de algunas solteronas? Todo esto merecía la pena de ser estudiado.

Pero hay algo que está fuera de toda duda; y es la relación que existe entre el consumo de dulces y el predominio de la mujer. Con toda claridad puede trazarse la frontera que aún hoy limita la zona de la mujer ilegítima; es la misma que separa los países con buena y mala cocina y repostería. En Italia, Austria, Francia y Polonia, hay exquisitos dulces; en el Norte de Alemania está el *flammeri*, y en Inglaterra el *Albert-Cake*.

Ahora bien; esta relación entre el feminismo (de antiguo estilo) y el azúcar tiene la mayor importancia para la historia de la economía. Porque la mujer ejerció predominio en la primera época del capitalismo, vino de la generalización rápida del azúcar; la cual, a su vez, fué causa de que se extendiese prontamente por toda Europa el consumo de excitantes como el café, el cacao, el té. El comercio de estos cuatro artículos y la producción de café, cacao y azúcar en las colonias europeas, así como la elaboración del cacao y el refinado del azúcar, en los países de Europa, constituyen hechos importantes en el desenvolvimiento del capitalismo. Los datos que poseemos sobre la historia de esos artículos y su aclimatación en Europa, confirman en absoluto la exactitud de nuestras conclusiones. La obra de Edmundo O. de Lippman [1] nos da a conocer la historia del azúcar. De ella tomamos, en esencia, los datos que vamos a indicar seguidamente. Por primera vez se cita el azúcar en el siglo XIV. Consúmese en

[1] Geschichtte des Zuckers, seine Darstellung und Verwendung seit den ältesten Zeiten bis zum Beginne der Ruberzucker-fabrikation, 190.

Italia en el siglo XV. Según Pancirollos, "no se celebra banquete en que no se sirva azúcar en variadas formas y figuras de grupos, pájaros, animales, cadrúpedos, frutas variadísimas, con su colorido natural, y rellenas de exquisitas esencias, para encanto de la humanidad. Ya no se consume casi nada sin azúcar. El azúcar se utiliza en el vino, en el agua, en las carnes, en los pescados, en los huevos. En una palabra, no se usa menos el azúcar que la sal".

Nuevamente es Catalina de Médicis la medianera que introduce el consumo del azúcar en la sociedad distinguida de Francia. El séquito de esta princesa dió a conocer en París el empleo de los licores, que más tarde los franceses desarrollaron de modo considerable. Una de las marcas más conocidas en aquella época era la denominada *Aceite de Venus*, compuesta de alcohol, azúcar y azafrán. Estienne, en su *Tratado de economía rural*, nos asegura que el consumo del azúcar se hallaba muy extendido. En 1560, La Breyére Champier, médico de cámara de Francisco I, califica el azúcar de artículo imprescindible; naturalmente que sólo para la sociedad distinguida, pues esta sociedad "no consume nada que no esté espolvoreado con azúcar". Otro tanto puede decirse respecto a Inglaterra en el siglo XVI; en todo convite distinguido figuran como indispensables los dulces, las jaleas, las mermeladas, los limones, naranjas y jengibre en dulce, elaborándose mil caprichos y artículos de fantasía con el azúcar: figuritas, barcos, palacios, etc. Desde comienzos del siglo XVII, el cacao, el café y el té, toman carta de naturaleza en Europa, merced a la ayuda del azúcar, siendo las clases elevadas, singularmente la corte, las que primeramente hacen consumo de estos artículos. El café se sirvió por vez primera en Francia, con motivo de la recepción por Luis XIV de la Embajada del Sultán Mohamed IV, en 1670, y a partir de este momento se introdujo su consumo en los círculos cortesanos. El café se sirvió más tarde en establecimientos públicos, dando lu-

gar, en las grandes ciudades, a una nueva manifestación de lujo, de que luego hablaremos.

b) El *lujo* en la *vivienda* se halla en íntima relación con el desarrollo de la gran ciudad, expuesto por nosotros anteriormente. La gran ciudad fomenta el lujo en el mobiliario, a partir del Renacimiento, y, singularmente, desde fines del siglo XVII. Influyó en este orden la gran ciudad, por la reducción del espacio para la vida, a causa de la concentración de gentes en un solo punto, y por la limitación del lujo personal, que había de sobrevenir al trasladarse los señores a la ciudad. Estas restricciones de orden interno y externo, a que tuvo que acomodarse la vida de los ricos en la ciudad, provocaron, por decirlo así, una intensificación del lujo, que como ya hemos visto, se aplicó por una parte a las cosas, y por otra parte, se orientó en el sentido del refinamiento. Así como el lujo de la mesa se encumbró por perfeccionamientos de la técnica culinaria, así también hubo de crecer en la gran ciudad el lujo de la vivienda. Los castillos señoriales, con sus salas enormes, fueron sustituídos por palacios de proporciones más reducidas, pero donde se acumularon toda clase de preciosidades.

Esta vida urbana se traslada más tarde al campo. Surgen las casas de campo alhajadas con elegancia urbana. Las "villas" son —a semejanza de los tiempos de la antigüedad — una prolongación de la ciudad. Así el lujo se extiende y penetra en los rincones más apartados del país, siendo la gran ciudad también en esto la directora de la vida. Si pasamos la vista por las descripciones que nos hacen algunos contemporáneos de las viviendas urbanas y campesinas ricas en Francia e Inglaterra, a fines del siglo XVII y en el siglo XVIII, la primera impresión que recibimos es de exageración. Sin embargo, repítense los juicios con tal insistencia, que tenemos que convencernos, al fin, de que el lujo en la vivienda llegó realmente, en aquella época, a una altura, que aún juzgado desde el punto de vista actual, fué

extraordinaria. Recordad los suntuosos mobiliarios barrocos y rococó que quedan de aquel tiempo en las tiendas de antigüedades. Recordad los cuadros que reproducen interiores del siglo XVII, y pensad que todo eso junto constituía la instalación de un marqués o un gran financiero del "antiguo régimen". No olvidemos tampoco las sumas extraordinarias que, como hemos visto, aplicaban los Turcarets a fines de este siglo.

Ahora bien, ¿quién impulsaba a los hombres a adquirir tantas magnificencias? No hace falta pensarlo mucho. La habitación, en donde vivía la sociedad distinguida del "antiguo régimen", es el nido que con mucho cuidado y precaución se construye la hembra, para tener sujeto al macho. Demuéstralo claramente la historia del mobiliario.

Mucho se habla del erotismo en la época de los "Minnesangers". Pero, ¿dónde se desarrollaba la vida del amor entonces? Debió de ser en los bosques, pues los castillos no eran lugar muy adecuado para los idilios pastoriles. O hay que admitir que entonces el amor era muy distinto de lo que es en los actuales tiempos. Lo gótico y lo erótico riman, sí; pero no casan bien. Podemos afirmar, sin temor, que el Renacimiento fué el creador de las nuevas condiciones de la vida. Italia, en los siglos XV y XVI, fué la que creó el confort y la elegancia en los muebles. Y los creó en el Renacimiento que, por toda su esencia, se acomodaba a la vida diaria mejor que el gótico cuya decoración resultaba harto parcial y sujeta. Y así vemos aparecer los suaves y blandos lechos, las ricas alfombras, los artículos de toilette, hasta entonces desconocidos; de todo lo cual nos hablan los novelistas de aquel período. Pondérase con frecuencia las abundancia y delicadeza de la ropa blanca. ¡Obra de la mujer, o más bien, de la cortesana! Quizás la primera casa, en sentido moderno, con arte y confort a la vez alhajada, haya sido "la Farnesina", la quinta que el rico financista Agostino Chigi hizo edificar para su aman-

te, la bella veneciana Morosina. ¡Y qué enorme diferencia entre el lujo de esa quinta y el del palacio de Paulo II, en el cual se inició la nueva arquitectura de Roma! Según Gregorovio, "para la nueva generación eran una necesidad la gracia y el jocundo deleite de los sentidos", porque vivía bajo el dominio de la mujer. En la Roma, pues, del siglo XVI tiene su cuna la casa moderna. También tenemos noticias del palacio de otra cortesana, la Imperia, que ya conocemos. Esparcíanse en sus aposentos con tal profusión y lujo los tapices, los cuadros, los vasos, la chucherías, los libros selectos, los ricos muebles, que en cierta ocasión un noble embajador español escupió al rostro de un criado por no encontrar otro espacio libre donde hacer esta necesidad. (Gregorovio, *84,290*).

Los mobiliarios de las grandes cortesanas de aquel tiempo sirvieron de modelo en todas partes, ejerciendo durante los siglos sucesivos decisiva influencia, como veremos. En Venecia se consideraba como curiosidad digna de verse la morada de Angela Zaffetta: "Ángela vivía en el Palazzo Loredan, instalado con pompa regia; tapices flamencos, brocateles, cueros dorados cubrían las paredes; en algunos salones podían admirarse pinturas al fresco de los artistas más famosos. Tapices turcos alfombraban los suelos; en las mesas lucían tapetes de terciopelo bordados en oro; los numerosos salones estaban llenos de muebles con ricas tallas e incrustaciones artísticas. En la alacenas se veían vasijas de plata, mayólicas de Faenza, Caffagiolo, Urbino, así como los cristales de Venecia más costosos. La propietaria, cuyo exquisito gusto era bien conocido, tenía en su morada variadísima y rica colección de cuadros, armas, libros en preciosas encuadernaciones, mandolinas y valiosas menudencias artísticas".

El estilo barroco intentó, tal vez, desligarse de la influencia femenina. Sin embargo, la mujer obliga a aceptar su yugo incluso a este estilo dominador: le incorpora el es-

pejo, cuya primera aparición como adorno de gabinete inspira al poeta Regnier-Desmarets la estrofa siguiente:

Dans leurs cabinets enchantés
l'étoffe ne trouve plus place;
tous les murs, des quatre côtés
en sont de glaces incrustés
chaque coté n'est qu'une glace.

Pour voir partout leur bonne grâce
partout elles veulent voir
la perspective d'un miroir.

La mujer inventa otros medios para hacer confortable la casa y retener al hombre dentro de ella; perfuma las habitaciones, las adorna con flores. Suele representarse el palacio de madame de Rambouillet, con notoria injusticia, como una morada fría y desnuda. La señorita de Scudéry, que frecuentaba la casa, nos hace la descripción siguiente: "Todo es magnífico en su casa y aún singular; las lámparas son diferentes de las de otras partes, los gabinetes están llenos de mil curiosidades... El ambiente está siempre perfumado. Cestos magníficos, llenos de flores, hacen en su cuarto una primavera perpetua".

El lecho es siempre el mueble de más valor en la instalación de la casa. A madame de Montespan le regala M. de Maine un lecho que cuesta 40.000 libras y "otros tres también muy magníficos". La perfección a que llevó el lujo de la casa esta época, demuéstrala el boato en las instalaciones de las "maîtresses" regias. En Versalles culmina ese desenvolvimiento durante el barroco, si bien aquí influyeron otras causas, además del amor a la mujer, para crear lo más hermoso que ha salido de las manos del hombre. Pero los caprichos del amor se manifiestan en los palacios particulares de las queridas del rey, en los cuales, durante el barroco, florece el lujo de mobiliario. Como modelo po-

demos citar el palacio de la duquesa de Portsmouth, una de las últimas amantes de Carlos II, residencia de la que un testigo presencial nos dice: "Lo que provoca mi admiración es la hermosura y riqueza de esta morada, muchas veces deshecha y reformada por los caprichos y despilfarros de esta dama, mientras Su Majestad la Reina invierte para su casa cantidades que no exceden de las de muchas damas de la nobleza... En esa residencia pude apreciar tapices de Francia, cuyos dibujos, delicadeza en el trabajo y fuerza en la reproducción, superan a cuanto hasta ahora se conoce en el género... Admiré, asimismo, un gabinete con lacas japonesas, incontables biombos, relojes, jarrones de plata, mesitas, *etagéres,* adornos y accesorios de chimenea, braseros... todo de plata maciza. Había, finalmente, algunos magníficos retratos de Su Majestad..." [1].

Bien sabido es que el rococó, estilo absolutamente erótico, se agota especialmente en la creación del lujo de muebles y decorados. La última palabra de este estilo fué Luciennes, nido que Luis XV preparó a la Du Barry, y que hizo exclamar a los Goncourt: "¡Luciennes! Dijérase el palacio de una de esas soberanías cómicas, como las que vemos en los libros del siglo XVIII, en esas "turquerías" donde sometido a los caprichos de una odalisca favorita reina la antojadiza voluntad de un sultán fantoche".

Toda persona de posición, a quien sus medios lo permitían, proporcionaba a su amante un Luciennes en pequeño. Tal era el palacete de "Bagatelle", en el Bois de Boulogne, que a principios del siglo XVIII recibió la mariscala de Estrées como regalo de su mariscal y grande de España, y que pasó a manos de madame de Monconseil para albergar sus amores con el rey de Polonia Estanislao. Las numerosas moradas de las "maítresses" de este período eran llamadas las "petites maison", donde el mismo arte había

[1] Evelyn, *Memorials,* 1562.

llevado la instalación al mayor grado de refinamiento. La enorme exaltación que este lujo alcanzó en el siglo XVIII, fué sentida por los contemporáneos como algo extraordinario. Mercier nos dice que "el mobiliario de las casas es de una magnificencia exagerada y fuera de razón". Y termina su descripción del lujo en las edificaciones: "la magnificencia de la nación se halla por entero en el interior de las casas". Otro contemporáneo coincide con Mercier: "Los muebles constituyen el principal objeto de lujo y el que ocasiona mayores gastos. Cada seis años se hace una nueva instalación, en la que se implantan las últimas novedades de la elegancia". En Inglaterra esta manifestación suntuaria se desarrolló con mayor fuerza aún que en Francia, aunque acaso sin el sello femenino de las "petites maisons" parisienses. He aquí el cuadro que traza de las moradas ricas en Inglaterra un buen observador: "La magnificencia, con que los ingleses distinguidos instalan sus viviendas, deja muy atrás todo lo que en este aspecto se ve en Europa; escaleras con tapices de variados tonos; balaustradas de caoba con molduras de las más caprichosas formas; sobre las balaustradas grandes lámparas de cristal con fallaje metálico en los rellanos de la escalera bustos, cuadros y medallones; aposentos estucados y dorados, con adornos de cuadros valiosísimos y estatuillas; chimeneas de mármoles raros y con aplicaciones de figuritas, jarrones, etc. En las puertas hay cerraduras de acero y oro, muy artísticamente trabajadas; alfombras tan ricas que llegan a valer cientos de libras esterlinas; colgaduras fabricadas con las más costosas telas orientales; magníficos relojes de todas clases, con todos los refinamientos de la mecánica". (J. W. de Archenholtz, *Inglaterra e Italia*, I, 1787, 170).

Este escritor formula juicios análogos sobre el lujo de las quintas y casas de campo que poseían los ricos. Y

la exactitud de sus juicios está demostrada por numerosos datos.

Leyendo la literatura del siglo XVIII, en lo que se refiere a la vida de lujo que llevaban los ricos: pasando la vista por cuadros y láminas de palacios e interiores de aquella época; contemplando los monumentales edificios anteriores a 1800, en la antigua Viena, en el antiguo Londres, en el antiguo París, tenemos una intuición de la grandeza del lujo. Pero nos gustaría poder obtener cifras exactas de ese desenvolvimiento, y ello es harto difícil. Tenemos a la vista una colección de láminas que representan famosas quintas de la *nobility* y de la *gentry* en Inglaterra; esta colección fué hecha en 1779, y ha sido reunida en dos gruesos volúmenes. Contiene láminas y descripciones de 84 palacios. Esta magnificencia produce una gran impresión, y las cifras permiten formar cierto juicio de la suntuosidad y lujo en esas 84 mansiones señoriales. Citaremos como modelo el palacio del conde de Oxford (Houghton, en Norfolk). La construcción fué iniciada en 1722 por Sir Roberto Walpole, y terminada en 1735. Con los anexos mide el palacio 500 pies. El cuerpo central tiene 165 pies de longitud. Los aposentos principales son: el salón, de 40 pies de largo, 40 de altura, 30 de anchura, con tapicería de terciopelo moteado de rosas; el techo está pintado por Kent; la chimenea y las mesas son de mármol negro y amarillo; el vestíbulo es una pieza de 40 pies en cubo, frisos son de Altari; la *drawing room* mide de 30 a 32 pies, con una galería en piedra a tres lados; los ornamentos y con colgaduras de Caffoy amarillo y molduras de Gibbon, etc., etc. Hay que agregar una galería de 71 pies de largo, 21 de ancho y 21 de alto, con tapices de damasco noruego.

Mercier suministra datos sobre el desarrollo de la construcción en París durante el siglo XVIII. Según nos refiere, se habían edificado 600 palacios en el último decenio. "El interior de estos palacios parace obra de las hadas,

pues la imaginación no puede superar tanto lujo". Las clases sociales que en aquel tiempo realizaron en París los más pingües negocios, fueron —dice— los banqueros, los notarios y los contratistas de obras. Los barrios nuevos componíanse exclusivamente de palacios magníficos.

Estas indicaciones nos sirven de base suficiente, si a ellas añadimos la opulencia con que, como hemos visto, eran construídas y adornadas las casas particulares.

3. *El lujo en la ciudad.* — La gran ciudad, por las razones que ya hemos expuesto, fomentó la inclinación al lujo, que confirman Montesquieu en Francia y Mandeville en Inglaterra, insuperables observadores de su época. La ciudad contribuye a aumentar las necesidades del lujo. Así, Pierre de Cadet, noble campesino francés, en el *Diario* de su casa, nos demuestra la decisiva influencia que la gran ciudad, con sus crecientes pretensiones de lujo, comenzó a ejercer en las costumbres de los provincianos, habituándoles a hacer gastos suntuarios y elevando el *standard* de su vida. "Mi abuelo —dice— quiso ir a París, y en un año gastó 14.000 libras, lo que fué causa de que su padre dijera que un par de lentes que le trajo le habían costado 14.000 libras. Ya había un coche en la casa y cuatro caballos blancos. Mi abuelo volvió de París con una gran afición por los caballos de silla... Había traído de París un ayuda de cámara, de quien su padre decía, en broma, que no se atrevía a pedirle de beber, viéndole mejor vestido que él".

Mas para el desenvolvimiento del lujo, es importante la ciudad, sobre todo porque crea nuevas posibilidades de vida alegre y exuberante, y por tanto, nuevas formas de lujo. Las fiestas no quedan circunscritas a los palacios de los príncipes, sino que se extienden a otras clases sociales, que buscan locales de placer. A fines del siglo XVIII, el príncipe de Mónaco, en cuya casa falleció el duque de York, se trasladó a Inglaterra, invitado por el monarca; y como llegara por la noche, vió tal profusión de luces en

calles y escaparates (las tiendas no se cerraban hasta las diez), que se imaginó que aquella iluminación era un festejo organizado en su honor. Esta anécdota refleja muy graciosamente la transformación esencial que por aquella época se inicia: el lujo privado viene a quedar sustituído por el lujo colectivo. Comienza el proceso de comunización de la vida, tan característico del período siguiente en la economía política. Aquí nos limitamos a tomar de ello noticia y a comprobar que esta importante influencia de la gran ciudad —por eso se cita aquí— se mueve por de pronto en la esfera del lujo y que la innovación afecta solamente a las clases más elevadas de la sociedad. Ahora bien, la mujer toma parte principal en el origen del lujo de la gran ciudad. Los elementos más importante son:

1. Los *teatros*, sobre todo de ópera, que comenzaron a construirse en Italia con gran magnificencia, y después siguieron construyéndose en las grandes ciudades de Europa, con igual suntuosidad. En los anales del teatro hace época la construcción del Teatro de San Carlos, en Nápoles, en 1737. Desde 1673 existen en París: la Ópera (bajo el nombre de Académie Royale de Musique), que, a partir de la muerte de Molière, da sus representaciones en el Palais Royal; la Comédie Francaise, que inaugura su nueva casa en la rue Saint Germain des Prés el 18 de abril de 1689, y la Comédie Italienne, que dió sus representaciones en el hotel de Bourgogne, con alguna interrupción, desde 1697 a 1716.

Los teatros empiezan siendo teatros de Corte, no permitiéndose la entrada sino a los cortesanos y a los invitados. Pero poco a poco pierden su carácter cortesano y se fija precio de entrada para el público en general pero los teatros de primera categoría siguen siendo, durante mucho tiempo, centro de reunión de la sociedad distinguida, que aprovecha esta nueva ocasión para dedicarse al flirteo y hacer ostentación de lujo. Capon dice, de París, que la

Real Academia de música y baile no es otra cosa que "una casa pública para los caballeros".

2. Los *music-halls* y *salones de baile* (como diríamos hoy), que según parece se establecen por primera vez en Londres, sin omitir gasto, merecen la admiración de los londinenses y de los extranjeros, a causa de su elegancia. Defoe nos hace una descripción del más grande y principal de estos edificios, el Panteón: "No debe olvidarse el Panteón, que en gusto, magnificencia y novedad de diseño y decorado debe ser proclamado superior a todo edificio de su especie en Europa. Su estancia principal es realmente magnífica. Se halla iluminada por una cúpula central de considerable magnitud. Las estancias laterales se hallan también bellamente exornadas con cuanta invención puede sugerir el lujo moderno". En el Panteón se daba regularmente cada dos semanas un concierto, que terminaba con el correspondiente baile, al que podía asistir —añade Defoe, en cuya época era de seguro nueva esta instalación— todo el que se proporcionara la necesaria tarjeta de entrada. Además de los teatros y conciertos, tenemos:

3. Los *restaurants distinguidos*, que durante el siglo XVIII constituyen una especialidad en Londres, envidiada por los parisienses. De los restaurantes de Londres traza Archenholtz el siguiente delicioso cuadro: "Allí cenan los que lo desean, en cuartos particulares, en compañía de muchos o de pocos, con o sin mujeres, que lleva quien quiere; pero no se proporcionan, por lo general, hospedajes nocturnos, pues éstos son únicamente habituales en los "baños". Estos "baños" eran una de las curiosidades en Londres. Su verdadero destino era: "proporcionar placer a individuos de ambos sexos. Estas casas están magníficamente amuebladas, a lo príncipe. Todo lo que pueda halagar a los sentidos está dispuesto o se proporciona en seguida al que lo pide". "En los placeres conservan los ingleses su gravedad

y todo acontece en estos casos con la seriedad que puede imaginarse".

En los restaurantes y en los saloncitos particulares, se hacía un gasto tan extraordinario "que justifica el dicho del célebre Beaumarchais ,quien, a pesar de conocer a fondo la vida de París, se asombraba de los placeres londinenses y afirmaba que en una sola noche de invierno en los "baños" y restaurantes de Londres se gastaba más de lo necesario para mantener a las siete provincias en seis meses". (Archenholtz).

No faltaban, empero, en París durante el siglo XVIII los restaurantes elegantes. Los de más tono eran los del Palais Royal, como Beauvilliers, Huré o la *Taverne anglaise.* Su instalación en el Palais Royal, centro de la "sociedad vividora", revela su carácter.

4. *Los hoteles* son hasta fines del siglo XVIII hoteles de lujo. Por eso su número es limitado. En Londres tenía fama el Hotel Savoy, situado en el sitio que actualmente ocupa el hotel del mismo nombre. Lo que era entonces un hotel semejante en el mundo aristocrático, revélalo hoy el Hotel des Réservoirs, de Versalles. El primer hotel de lujo que hubo en Europa, fué el "Mesón del Oso", en Roma, *(Locande dell' orso)* de la época de Sixto IV.

Pero había otros lugares en los que la gran ciudad creciente desarrollaba un lujo público y a todos accesible: los lugares en donde el mundo elegante (léase: las damas y sobre todo las "demimondaines"), compraba los objetos de lujo. Debemos, pues, mencionar también:

3. *Las tiendas,* que desde mediados del siglo XVIII comienzan a ser instaladas y adornadas con gran cuidado y exquisito esmero, hecho que preocupa al honrado Daniel Defoe, quien en su libro *El perfecto comerciante,* consagra un capítulo a esas "tiendas elegantes" que la posteridad razonable no creerá posibles, por cuya razón y para demostrar hasta dónde llegan las locuras de aquel tiempo,

describe una pastelería y su instalación, que ha costado 300 libras, "en el año del Señor, 1710 — recordémoslo".

La instalación consta, pues, de las partes siguientes:

En las ventanas, lunas de 12 a 16 pulgadas. Todos los pasillos están adornados con azulejos; en la habitación del fondo, un *panneau* con paisajes y figuras pintadas, dos grandes espejos con pilastras y un espejo de chimenea. En la habitación trasera, un gran espejo de pilastras de 7 pies de altura, dos grandes candelabros, uno en la tienda y el otro en la habitación trasera. Tres grandes reverberos de cristal y ocho más pequeños en la tienda. Veinticinco candelabros de pared, con dos grandes candelabros de plata, en la habitación trasera, su valor es de 25 libras. Seis grandes centros de mesa, tres de ellos de plata, para poner pastelillos, etc., en los días de fiesta. La pintura de las paredes, el dorado de los reverberos y las molduras y tallas de las ventanas, valen 25 libras. Todas estas cosas, con otros detalles decorativos, componen el total de 300 libras, de que ya he hablado. En esta suma no figura el valor de los platos pequeños ni el de las tazas y porcelanas de China.

Si tenemos en cuenta la composición de la sociedad londinense, en aquel período, comprenderemos fácilmente quiénes constituían la clientela de estos establecimientos. Eran las mismas personas que llenaban los teatros. "Si se pudiese instituir en Londres una comisión de castidad como la que hubo antaño en Viena, Londres quedaría despoblado. Infinidad de industrias de la alimentación, que sustentan a muchísimas familias, quedarían arruinadas y Londres estaría convertido en un desierto. El que quiera más pruebas, pregunte a los comerciantes de la City quiénes son sus mejores clientes. La ganancia de una noche llévanla estas gentes, a la mañana siguiente, a casa del tendero. Estas infelices están en la miseria por derrocharlo todo

en adornos. Sin ellas los teatros estarían vacíos. (Archenholtz).

A alguna parte habían de ir a parar los cincuenta millones de francos que, según Mercier, pasan anualmente por las manos de las sacerdotisas de Venus.

En conjunto, paréceme que aciertan esencialmente las palabras de Godard d'Arcourt, el famoso arrendador general, en la dedicatoria de sus *Memorias turcas* a madame Duthé, la gran cortesana-actriz. Cerraremos con ellas este capítulo: "Sí, señoras mías, vosotras sois el verdadero lujo, el lujo esencial en un gran Estado, el envidiable cebo que le atrae los extranjeros y sus guineas. Veinte modestas ciudadanas valen menos para el tesoro real que una sola de entre vosotras".

CAPÍTULO V

EL LUJO, ELEMENTO GENERADOR DEL CAPITALISMO

I

PLANTEAMIENTO ACERTADO Y PLANTEAMIENTO ERRONEO DEL PROBLEMA

Ahora bien: ¿qué importancia ha ejercido el lujo en el desenvolvimiento del capitalismo ¿Ha fomentado —y cómo— el lujo el capitalismo? Este problema ha ocupado vivamente a los economistas de los siglos XVII y XVIII, tanto teóricos como prácticos. Era, en cierto sentido, el problema capital en torno al cual se agrupaban todas las demás cuestiones de economía política; era algo así como en la actualidad el problema de si el Estado es agrario o industrial. En aquella época no se hablaba aún del capitalismo; designábase lo que se querría decir, con los nombres de industria, o manufacturas, o riqueza, o con otros términos análogos. Pero sobre el tema mismo no había discrepancia; reconocíase unánimemente que el lujo desarrollaba las formas económicas, que empezaban a surgir entonces y que eran precisamente las formas capitalistas; por eso todos los partidarios del "progreso" económico eran ardientes defensores del lujo. A lo sumo temían que un gran consumo de lujo menoscabase la formación de capitales.

Pero se consolaban, como Adam Smith, con la convicción de que habría seguramente siempre bastantes personas ahorrativas para asegurar la necesaria reproducción y acumulación del capital.

Los Gobiernos orientaron su política en un sentido favorable al lujo. Y así vemos que durante el siglo XVII desaparecen los preceptos prohibitivos del lujo en los países de rápido desarrollo capitalista. En el año 1621, dictóse en Inglaterra la última disposición sobre "indumentaria", en cuyas prohibiciones se contenían también preceptos concernientes a ciertos gastos de lujo y excesos en las comidas, etc. En Francia, publicóse, en 1629, el último edicto sobre el lujo de la mesa. En 1664 y 1672 —por razones de política monetaria—, prohibióse la desmedida aplicación de metales preciosos para fines suntuarios. En 1656 encontramos una disposición que prohibe los sombreros de castor, cuyo valor exceda de 50 libras, y en 1708 se dicta en Francia la última disposición sobre indumentaria. A partir de este momento, están convencidas las clases directoras gubernamentales de que es "necesario" el dispendio suntuario (en interés de la industria capitalista) y las figuras salientes de la literatura defienden el lujo, hasta que más tarde vino la reacción de los partidarios de J. J. Rousseau. Lo que todos estos pensadores estiman en el lujo es, sobre todo, su capacidad de animar los mercados. Montesquieu dice a este propósito: "Es necesario que haya lujo (quiere decir en las monarquías). Si los ricos no gastan mucho, los pobres mueren de hambre".

En el segundo escrito del ingenioso Abate Coyer, sobre la *Actividad comercial de la nobleza*, encontramos muy finas observaciones acerca de la significación del lujo en el primitivo desenvolvimiento del capitalismo: "El lujo participa de la naturaleza del fuego que calienta y puede quemar. Si consume casas opulentas, en cambio sostiene nuestras fanufacturas. Si absorbe el patrimonio de un di-

sipador, en cambio alimenta a nuestros obreros. Si disminuye las facultades del menor número, en cambio multiplica las subsistencias públicas. Proscríbanse nuestras telas de Lyón, nuestros dorados, tapices, espejos, joyas, coches, muebles, las delicias de la mesa, y al punto, millones de voces se alzarán pidiendo pan".

De los numerosos libros franceses sobre "el lujo", destaca, entre los partidarios del lujo, el que lleva por título: *Theorie du Luxe, ou Traité dans lequel on entreprend d'établir que le luxe est un ressort non seulement utile, mais meme indispensablement nécessaire a la prospérité des Etats* (2 tomos, 1771). La obra lleva como lema las palabras de Voltaire en su *Mondain: Le superflu, chose trés necessaire.* Su autor es el inteligente judío Pinto.

También estaba difundida en Inglaterra esta idea de que el lujo, aunque es un "mal", un vicio, reporta beneficios a la colectividad, fomentando las industrias: "La prodigalidad es un vicio que perjudica al hombre, pero no al comercio". El propio D. Hume, no obstante el marcado matiz "ético" de su criterio, llega al resultado de que "el lujo bueno" está bien, y el lujo "malo" es un vicio, pero siempre preferible al de la pereza, que vendría probablemente a substituir al lujo si éste desapareciera. Bernard Mandeville, en su fábula de *Las abejas*, dió más tarde a esta concepción la forma de un sistema de filosofía social.

Muy instructivos son los capítulos que Defoe dedica al estudio de este problema en su libro *Complete English Tradesman.* El bueno y honrado no-conformista, hace unos equilibrios verdaderamente graciosos. Propiamente abomina del lujo y admira a aquellos cuáqueros que comercian con vanidades suntuarias, alejándolas, sin embargo, de ellas. Mas, por otra parte, es un panegirista del comercio y, como tal, no puede decidirse a condenar las manifestaciones del lujo, las cuales —esto lo comprende muy bien y es lo esencial— producen una riqueza cada día mayor. Defoe

nos expone una serie de consideraciones acerca de la relación que existe entre el lujo y el capitalismo. Sobre ellas volveremos en otro lugar.

También ha merecido gran atención la cuestión de lujo a los tratadistas alemanes, que han reconocido la importancia del lujo para el desenvolvimiento del capitalismo. Así, dice Schroeder: "Yo preferiría que el lujo fuese todavía mayor en el país, pues la suntuosidad del rico hace vivir a muchos obreros y pobres".

Sería natural pensar que cuando en los tiempos actuales se comenzó a estudiar el origen del capitalismo moderno, se aprovecharan los investigadores de todas estas observaciones de escritores prudentes y sabios. Sin embargo, no ha sido así. Mucho se ha hablado del lujo, muchas teorías se han expuesto acerca de la importancia del mercado en la industria capitalista; pero nada se ha dicho sobre las relaciones entre el lujo y el mercado. Indudablemente porque tanto en el problema del lujo como en el del mercado, se ha seguido una vía muerta. El problema del lujo ha sido estudiado con el patetismo ético del buen burgués sobrio, y ha sido expuesto y resuelto por medio de razonamientos morales. Los mismos trabajos de Roscher, quizá lo mejor que se ha escrito en nuestro tiempo acerca del lujo, van a parar, en último término, al sentimiento moral, a determinar lo que sea el bien lujo y el mal lujo. Y obras como la *Historia del lujo*, de Baudrillart, sin simples colecciones de datos.

Respecto al problema del mercado y su influencia sobre la génesis del capital, se ha afirmado, desde Marx, la desgraciada idea de que el capitalismo ha sido favorecido por la ampliación geográfica de los mercados, y, sobre todo, por la apertura de las colonias en el siglo XVI. Esta idea fué expresada en la concepción teológica de la escuela histórica, a la que pertenecieron casi todos los historiadores de la economía, del modo siguiente: la dilatación geográfica del mer-

cado, el "mercado remoto", la exportación, ha hecho "necesaria" la organización capitalista. Esta opinión ha sido reforzada considerablemente en la última generación por la teoría de Bücher, investigador notable y pensador realmente productivo. Según éste, el taller produce para clientes que encargan la obra, mientras que el capitalismo produce para un círculo desconocido de consumidores; el taller practica la venta en la localidad, mientras que el capitalismo tiene un mercado interlocal.

Esta dirección, que han tomado hoy los pensamientos de casi todos los historiadores de la economía, me parece fatal. Pues como ya he dicho, en ella la investigación camina por una vía muerta. No se ha puesto el dedo en las verdaderas causas que provocan el tránsito al período del capitalismo económico. La producción para una clientela fija y el mercado interlocal no son, ni mucho menos, las características de la contraposición entre el artesanado y el capitalismo, si examinamos las condiciones de sus salidas comerciales. Hay capitalismo en producciones estrictamente sujetas a clientela de encargo, como, por ejemplo, la sastrería; y ha habido durante siglos innumerables oficios florecientes, sin la menor nota de capitalismo y cuyo mercado era toda la tierra habitada.

Las consideraciones que siguen se proponen encarrilar de nuevo el tema. Toman el hilo en donde lo dejaron los pensadores del siglo XVIII. Consideran que es el lujo el que ha contribuído principalmente al desarrollo del capitalismo, hasta fines del período capitalista primitivo. En esta tarea van dirigidas por los pensamientos siguientes: El lujo ha cooperado de muy distintas maneras a la génesis del capitalismo moderno. Ha desempeñado un papel esencial en el tránsito de la riqueza feudal a la riqueza burguesa (deudas). Pero aquí hemos de referirnos, sobre todo, a su fuerza creadora de mercados. Esta fuerza puede considerarse del modo siguente: Es sabido que toda empresa ca-

pitalista necesita, para poder vivir, un mínimum de ventas. La cuantía de esas ventas depende de dos circunstancias: la frecuencia de la circulación de las mercaderías y la cuantía del valor de cambio de los objetos en circulación. La cuantía del valor de cambio de los objetos en circulación está determinada a su vez por dos factores: por la cuantía del valor de cambio de la mercancía y por el gran número de las mercancías. Se puede, pues, conseguir el número de venta o dando salida a unos cuantos artículos sueltos de gran valor o vendiendo mucho. El valor alto de una cosa puede producirse de dos maneras: por acumulación o por refinamiento. El refinamiento, puede, como ya hemos visto, adoptar múltiples formas. La acumulación se verifica en ciertos objetos que podríamos denominar objetos complejos, como locomotoras, barcos, hospitales. En estos trátase de una gran multitud de cosas corrientes, pero que se juntan en una unidad y por su suma dan a esta unidad un gran valor. La venta de estos objetos es, en realidad, una venta en masa, aunque revista la forma de venta suelta. En la historia de los pueblos europeos, desde que tenemos de ellos conocimiento, concurren la necesidad de lo ordinario y la de lo delicado. Ambas tienen al principio proporciones modestas, de suerte que durante largo tiempo pueden ser satisfechas por la organización de los oficios y el trabajo campesino o por la organización de la economía feudal. En general, las necesidades ordinarias eran satisfechas en la aldea o en el feudo, o en la ciudad (con su campo) y descansaban en bases locales, mientras que las necesidades refinadas, cuando no podían ser satisfechas en forma económica propia, dentro de las cortes señoriales, o mediante el comercio remoto, que procuraba las mercancías de alto costo, eran cubiertas por artesanos que trabajaban, desde siempre, para un mercado interlocal o internacional.

Durante la Edad Media y siglos posteriores, la evolución

se lleva a cabo de forma que no modifica en nada la situación, por lo que toca a las necesidades ordinarias, las cuales, por tanto, no interesan al principio, en lo que al capitalismo se refiere. Las necesidades de artículos de consumo para la gran masa de población, así como las de instrumentos de trabajo, herramientas, utensilios, máquinas, etc., son satisfechas, hasta el término de la época primitiva del capitalismo —salvo dos excepciones de que en seguida hablaré—, por la economía propia o por oficios de artesanos. La causa de ello es fácil de ver: como la población no aumentaba, si se aglomeraba la gente, ni progresaba la capacidad de transporte de las mercancías, no podían tampoco producirse necesidades en masa de artículos de uso industrial. Por otra parte, la técnica de la producción y del transporte no había variado fundamentalmente, por lo cual no se sintió la necesidad de bienes compuestos, es decir, que no se formó un mercado para la producción capitalista.

Las dos excepciones de que he hablado, y en las cuales, antes ya del advenimiento del período capitalista, esto es, antes de fines del siglo XVIII, existía ya salida en masa de artículos de poco valor o ventas pequeñas de artículos de compleja composición, son: 1ª, las colonias, que contribuyeron, sin duda, eficazmente al desarrollo del mercado para la industria capitalista, y 2ª, los ejércitos modernos. En el segundo volumen de estos estudios expongo la gran importancia de los armamentos en la génesis del capitalismo. Aquí me interesa, sobre todo, el otro aspecto del problema, esto es, demostrar la gran influencia que ha ejercido el desenvolvimiento del lujo, es decir, el nacimiento de necesidades suntuarias, en la génesis del capitalismo moderno.

Pero la demostración que dé consistirá, naturalmente, según la moda científica de hoy, en establecer las relaciones histórico-empíricas entre el lujo y el capitalismo. Aho-

rara bien, esta tarea no es tan sencilla, y el primer intento no puede ser sino muy imperfecto. Dado el modo como yo trabajo, la labor principal de demostración en detalle quedará para la generación próxima de los historiadores de la economía.

Dichas dificultades obedecen, sobre todo, a la forma grosera en que, por lo general, han sido referidos los hechos económicos, hablando de "vuelos económicos", de "extender la producción", de "abrir mercados", sin que se sepa claramente si la forma económica es el oficio manual o el capitalismo. Por el momento, pues, los datos impresos no permiten decir más de lo que diré en las páginas siguientes, para demostrar las relaciones entre el lujo y el capitalismo.

II

EL LUJO Y EL COMERCIO

1. *El comercio al por mayor.* — No es inverosímil que el tráfico de mercancías haya adoptado formas capitalistas antes que la producción. Tengo, sin duda, graves motivos para no admitir que durante la Edad Media las grandes casas de las ciudades italianas, españolas, del mediodía de Francia y de Alemania, se hayan enriquecido por el comercio; creo más bien que otros elementos han contribuído esencialmente a destacar esas pocas casas sobre la masa de los pequeños negociantes. No quiero, sin embargo, excluír la posibilidad de que simples comercios se hayan desarrollado convirtiéndose en empresas capitalistas. Pero entonces —y esto es lo que aquí nos interesa— trátase con seguridad de un comercio que recae sobre artículos de lujo.

Durante la Edad Media, Italia constituye el centro de todo comercio algo extenso, en el cual pueda haber cierta

organización capitalista. Este comercio consiste, o en la exportación de productos italianos (o importación de las primeras materias necesarias para su fabricación) o en el acopio de artículos orientales que luego son propagados por todas partes. Las importaciones que Italia recibe procedentes de los países septentrionales, son, sobre todo: lana (con destino a la industria de lujo, de la que en seguida hablaremos), peletería y lencería fina. La parte principal de la exportación italiana debía, probablemente, pagarse al contado (con los productos de las minas de plata alemanas). Italia, a su vez, enviaba a los países del Norte: sedas y artículos de sedería, paños finos, cristalería fina, algodón y artículos de algodón que, hasta muy entrada la Edad Moderna (según veremos), son considerados como de lujo, vino y harinas. También las mercancías que Italia recibía del Oriente, se aplicaban al lujo de las clases ricas, excepción hecha de ciertos artículos que necesitaba la Iglesia, como el incienso, por ejemplo, aunque, naturalmente, también aquí una concentración de fortuna permitía un gasto de lujo. Además, el consumo de los medicamentos extranjeros durante los siglos de la Edad Media y aun de la moderna, hasta nuestro tiempo filantrópico, lo incluyo entre las necesidades de lujo, porque el pueblo y los burgueses se curaban con las hierbas de los bosques y campos del país.

La lista de mercancías que Wilhem Heyd establece para el comercio de Levante, es como sigue (los artículos van agrupados según su respectiva aplicación):

1. *Medicamentos,* aplicados también como especias para la comida: Aloe, madera de áloe (también se usaba como perfume y como material para trabajos de carpintería fina), bálsamo, costo, galanga, nuez de agalla, jengibre, alcanfor, cardamom, láudano, maná, ruibarbo, azafrán (aplicable, igualmente, como materia colorante), escamo-

nea, goma tragacanto (también materia colorante), tucia, zedvar.

2. *Especias:* sobre todo la pimienta, empleada hasta muy entrada la Edad Moderna como artículo de lujo y de uso exclusivo en la mesa de la clase rica; los potentados se hacían mutuamente regalos de pimienta. El clavo tenía doble y triple valor que la pimienta. La nuez moscada, la canela, el azúcar, constituyen, hasta el siglo XIX, verdaderas golosinas para ricos.

3. *Perfumes y substancias olorosas para quemar:* benjuí, almáciga, almizcle, incienso, madera de sándalo, ámbar, con que se tallaban numerosos objetos.

4. *Materias colorantes:* alumbre, madera brasileña, granza, índigo, kermes, laca, etc.; toda clase de substancias para coloración fina, almácigas.

5. *Materias primas para la industria de tejidos:* seda y linos egipcios de clase superior.

6. *Artículos de adorno:* piedras preciosas, corales, perlas, marfil, porcelana, cristal, hilos de oro y plata.

7. *Telas para vestidos:* tejidos de seda, brocatel, terciopelo y de hilo finísimo de todas las clases, lana o algodón, como bocasino, bukeram, camelotte, iguales en apariencia a los tejidos de seda y de tanto precio como éstos. Estas materias venían a Europa procedentes del Oriente, pero luego las exportaba Italia al ~~Oriente~~ Occidente y a las ciudades europeas.

El subido valor que alcanzaban las mercancías objeto de comercio en la Edad Media, es conocido aproximadamente por el importe de las recaudaciones aduaneras, por ejemplo, la aduana de Como. Según las cuentas de Schulte [1], el valor de las mercancías que pasaron por el S. Go-

[1] *Gesch. d. mittelalt. Handels*, 2-550.

tardo durante el siglo xv, oscilaba entre 320.000 y 518.000 libras; 53 sueldos de una libra equivalían al florín de oro milanés. Toda esa mercancía pesaba, aproximadamente, 25.000 quintales, de suerte que el valor de un quintal venía a ser de 50 florines, una libra y medio florín (aproximadamente 4 marcos).

Después de los descubrimientos del siglo xv se modificó muy poco este tráfico comercial, siendo artículos suntuarios de gran valor los que, hasta el siglo XIX, constituían el cambio entre Oriente y Occidente, América y Europa. El volumen del tráfico aumenta, y en la lista de artículos se incluyen otros nuevos, sobre todo, los cuatro principales del tabaco, café, té y cacao,, que fueron hasta fines de la primitiva época capitalista patrimonio exclusivo de la gente rica, con excepción, acaso, del tabaco. Las siguientes cifras darán una idea aproximada de la extensión del consumo de los más apreciados estimulantes durante los pasados siglos. El té era importado de Inglaterra por la Compañía de las Indias orientales. En 1668, 100 libras; en 1710, 1.420 quintales; en 1731, 8.168; 1761, 26.192; en 1784, 86.083. Suponiendo que la mitad se haya consumido en Inglaterra, la parte que en el consumo correspondería a cada individuo (tomando como base los datos de Finlaison, según los cuales, la población de Inglaterra, en números redondos, era, en 1700, 5 millones; en 1750, 6 millones, y en 1800, 9.187 millones), sería en 1700, de unas 0,01 libras; en 1730, de 0,08; en 1760, de 0,2, y en 1784, de 0,5. En el año de 1906, se consumieron en el Reino Unido de la Gran Bretaña 270 millones de libras de té; esto representa, en números redondos, 6 y media por individuo y de 30 a 45 por familia. Podemos aclarar todavía más la cuestión, haciendo la cuenta siguiente: las familias que podían hacer en los siglos pasados un consumo de té como el actual consumo medio, eran: en 1668, tres familias; en

1710, aproximadamente 2.000; en 1730, 12.000; en 1760, 12.000; en 1760, 40.000; en 1780, 140.000 familias.

El consumo de *café* en Europa se elevaba, según Alejandro de Humboldt, hacia el año 1800, a 1.400.000 quintales aproximadamente. Según Beloch, la población de Europa en esa época era de unos 120.000.000 de habitantes, de donde resulta que a cada europeo le correspondería anualmente un consumo aproximado de una libra. El café, pues, empieza a generalizarse. En 1910, cada alemán llega a consumir aproximadamente 6 libras de este artículo. Respecto al *azúcar* (también, según Humboldt) se consumían en Europa por aquella época 4.500.000 quintales, o sea, de 3 a 4 libras por individuo; actualmente, en Alemania —1910— el consumo medio anual por individuo es de 38 libras. En el siglo XVIII, el azúcar no figura todavía como artículo de general consumo, como dulcificante; esto se demuestra por el papel importante que en esa época sigue desempeñando la miel. Este artículo continuaba aplicándose preferentemente en Alemania hacia el año 1750, para los dulces de frutas y en la fabricación de la cerveza. En los países ricos de la Europa occidental, el azúcar deja de ser artículo de consumo de la clase rica, desde mediados próximamente del siglo XVIII en el resto de Europa ocurre esto desde el siglo XIX.

En los siglos XVII y XVIII hubo un artículo de lujo, que venía de la India, y que constituía un elemento importante de ese comercio; hoy lo emplean las clases sociales más modestas. Me refiero a la "indiana", esto es, a las telas de algodón de la India ,estampadas, así como a todos los tejidos de algodón que Asia enviaba a Europa. A fines del siglo XVII y principios del XVIII vino la moda de los algodones indios en los círculos adinerados, amenazando competir con los productos europeos. Creyéronse amenazados en su existencia los fabricantes de tejidos finos y sederías, lo cual demuestra la exactitud de nuestra tesis,

que considera las clases adineradas como principales compradoras. Lo mismo demuestran las luchas del Estado (por ejemplo, en Francia), contra la "indiana" —sancionada por Madame de Ponpadour y que obtuvo en Trianon su máximo grado de esplendor—. Desde 1700 se prohibió su uso. Naturalmente estos prohibiciones no sirvieron de nada; las damas elegantes siguieron utilizando la indiana para vestirse cuando de París se trasladaban a sus fincas. Tenemos noticia de algunos episodios graciosos. La mariscala de Villars introducía de contrabando indianas. El 17 de julio de 1715 se presentó la marquesa de Nesle en el jardín de las Tullerías con un "vestido bordado con flores de seda, confección de la India, en tela del mismo país". ¡Gran estupefacción e indignación de la policía de los vestidos! El jefe de ésta se apresura a visitar al marqués, haciéndole reconvenciones. El marqués promete indicar a su mujer que en lo sucesivo, etc... (Por desgracia, el documento oficial nada dice de la escena consiguiente en el domicilio conyugal).

Si ahora examinamos las estadísticas de importación en aquella época, podremos tener una idea exacta de las importaciones ultramarinas durante los siglos XVII y XVIII, en Europa. Siempre es el mismo cuadro en Inglaterra, Holanda y Francia. Las Compañías de las Indias importan: 1, especias; 2, medicamentos; 3, materias colorantes; 4, sedas y tejidos de seda; 5, algodón y tejidos de algodón; 6, piedras preciosas, porcelana, etc., y 7, café, azúcar, tabaco, té y cacao, según los casos. Bastará indicar las cifras de un solo país. En 1776 la importación en Francia, de las Indias orientales, arroja el siguiente resultado: Café, 3 millones 248.000 francos; pimienta y canela, 2.449.000 ídem; muselinas, 12.000.000 ídem; lencería de Indias, 10 millones 183.000 ídem; porcelana 200.000 ídem; seda, 1.382.000 ídem; té, 3.339.000 ídem; distintos artículos, como tejidos de se-

da, conchas, rotenes, salitre, 3.380.000 ídem. En total: 36 millones 241.000. La parte principal de estas importaciones se pagaba con el dinero de las minas de oro y plata americanas o con productos del país, singlarmente textiles. Entre éstos figuraban seguramente partidas considerables de artículos de escaso valor, que servían, principalmente, para vestido de los negros y malayos, así como de los europeos de la clase media, que residían en las colonias, como Norteamérica; en ellas estaba prohibida la producción de artículos manufacturados. Pero estas partidas, no obstante, eran de poca importancia; el comercio interoceánico no deja de ser hijo del lujo, un negocio circunscrito a la clase rica, viviendo exclusivamente del gasto suntuario. Pues si las mercancías importadas de Ultramar eran mercancías de lujo, lo mismo da las especies con que fuesen pagadas; estas últimas son, simplemente, una forma accidental de pago, y este comercio no existiría sin la importación de artículos de lujo, ya que sin esta importación las gentes de Ultramar no podrían comprar las mercancías europeas. Sólo hay la excepción de los países productores de metales preciosos; según datos estadísticos comunicados por Alejandro de Humboldt, México, en 1802, importó de España por valor de 20.390.859 piastras, contra exportación de mercancías por valor solamente de 4.426.930 piastras; el resto fué pagado con su plata.

Debemos citar aquí una importante rama del comercio ultramarino internacional, que, según es sabido, se desarrolló en forma casi exclusivamente capitalista. Me refiero al comercio de *esclavos*. El esclavo no puede considerarse, sin duda, como artículo de lujo (¿o sí?); pero servía inmediatamente a la producción de artículos de lujo. Sobre la extensión del comercio de esclavos poseemos muchos datos, pero que en parte difieren unos de otros. La cuenta más conocida y tal vez más digna de crédito es la

de Buxton[1], según la cual unos 400.000 negros de Africa eran anualmente capturados por los traficantes cristianos de esclavos y unos 100.000 por los mahometanos. De los 400.000 esclavos cogidos por los cristianos, perecen 280.000 al ser cogidos y transportados o en el primer año; sólo quedan utilizables 120.000. Estas cifras no resultan exageradas, si se tiene en cuenta la gran demanda que había a principios del siglo XIX. Los datos oficiales, dados a conocer en época reciente, han venido a corroborarlas. Así por ejemplo, sabemos que en las Antillas francesas, durante los años 1780 a 1789, se importaban por término medio al año unos 30.000 a 35.000 negros. Suponiendo que el número total de esclavos, que en esa época existían en las Antillas francesas, fuese de 240.000 a 260.000, tendremos que la importación anual representa 1/7 a 1/8 de la cifra total. Y si eran de 6 ó 7.000.000 los esclavos que en total había, parecerá más bien pequeña que grande la cifra de 120.000 a 150.000 de aumento anual. Pero para nuestros fines no son las cifra del comercio de esclavos tan interesantes como el hecho de que se trafica con muchos miles de hombres al año, y, por tanto, son millones de esclavos los que durante todo este período dan ocasión a pingües negocios.

Carecemos de datos fidedignos sobre el desarrollo del tráfico de esclavos durante la Edad Media. Sin embargo... los relatos del comercio árabe y ciertos informes circunstanciales —cuyas cifras, desde luego, tienen un aspecto fantástico—, dan a entender que se trataba ya de grandes masas humanas. Refiérese que en 1310, en completa paz, la flota siciliana cayó sobre la isla Gerba, en la costa de Túnez, haciendo esclavos a 12.000 mujeres y niños. En 1535, un almirante genovés, sin razón ni motivo, atacó y saqueó Trípoli, reduciendo a 7.000 hombres, mujeres y ni-

[1] *The Africa Sclave Trade*, 1840.

ños a la esclavitud[2]. Los judíos, los venecianos, los genoveses, los portugueses, los franceses y los ingleses, son las naciones que, una tras otra, han representado el papel principal en el tráfico de esclavos, sin que por eso queden excluídos los demás pueblos. Los cuatro últimamente citados tuvieron, sucesivamente, en sus manos, el monopolio del tráfico de esclavos. He aquí algunas cifras que indican la parte de cada uno. En el año 1769, fueron sacados de la costa de Africa (desde Cabo Blanco hasta el río Congo) 53.100 negros por Inglaterra; 23.500 por Francia; 11.300 por Holanda; 6.300 por América inglesa; 1.700 por Portugal, y 1.200 por Dinamarca. Según Bryand Edwards, existían en 1781, en la costa de África, 40 factorías europeas, de las cuales 14 eran inglesas, 3 francesas, 15 holandesas, 4 portuguesas, 4 danesas. En el mismo año hubo la siguiente distribución: Factorías británicas, 30.000 negros; francesas, 20.000; portuguesas, 10.000; holandesas, 4.000; danesas, 2.000.

Durante todo el siglo XVIII, esto es, en el período más importante, fué, sin duda alguna, Inglaterra el centro del comercio de esclavos, y dentro de Inglaterra, Liverpool. En 1771 surcaban los mares 192 barcos negreros ingleses, de los cuales pertenecían a Liverpool, 107; a Londres, 58; a Bristol, 23; a Lancaster, 4. Postlethwayt nos ha dado a conocer el número total de barcos negreros que pertenecían a comerciantes de Liverpool. Eran 88, con 60 a 550, y por lo general, 300 a 400 esclavos de cargamento. Este tráfico negrero se desarrolló en Liverpool de un modo rápido; en 1729, el comercio de esta ciudad poseía un barco de 30 toneladas dedicado al negocio de esclavos; en 1751 contaban ya con 35 embarcaciones (5.334 toneladas en total), que, de Mersey, ponían la vela hacia las costas de esclavos.

[1] Langer: *Sklaverei in Europa*, 16.

No cabe duda de que el comercio marítimo, sobre todo el comercio colonial, fué en los siglos xvii y xviii la base para el desarrollo del capitalismo mercantil. Junto a él [redacted]aparece el comercio internacional europeo, y en mayor escala todavía el comercio interlocal de cada nación. Sin embargo, incluso en éste, van apareciendo formas capitalistas, y es importante saber que este comercio interior de Europa tiene también esencialmente por objeto mercancías de lujo. Gran comercio internacional y realizado con métodos capitalistas sobre objetos que no sean de lujo, sólo existe, en mi conocimiento, para dos artículos: los cereales y el cobre. El comercio de estos dos artículos ha sido fomentado por las necesidades de los modernos ejércitos, como demostraremos en el segundo volumen de estos Estudios.

¿Qué mercancías constituían el comercio internacional durante los siglos xvii y xviii? Sobre este punto nos ilustra —entre otros ejemplos— una lista que en 1658 hizo la Cámara de Comercio de París, de las mercancías que van de Francia a Holanda, lista que, según dice el competente autor de *Batavia illustrata,* seguía siendo en muchos puntos exacta en su tiempo (comienzos del siglo xviii), si bien durante este intervalo se había desarrollado en Holanda una industria suntuaria de carácter nacional, según hemos de ver. Podemos considerar como típico en la historia del creciente capitalismo, el proceso que consiste en que todos los países, uno tras otro, van fabricando los artículos que antes importaban, por la vía del comercio, de los países con mayor progreso capitalista. Primero fué Italia la nación directora en la industria; luego Francia y, por último, Inglaterra, Holanda, Alemania, etc.

He aquí la lista de la Cámara de Comercio de París, a que antes me he referido [1]:

[1] Onslow Burrisch: *Batavia illustrata,* 1728, 354.

Francia remite a Holanda, no sólo para el consumo de este país, sino también para reexpedición a otros países:

		Francos
1.	Terciopelos, felpas, peluches, satenes, tejidos de oro y plata, tafiletes y otros tejidos de plata de Tours y Lyon, por más de	6.000.000
2.	Cintas, galones de seda y otras clases, botones, cordoncillos hechos en París, Rouen y otras ciudades próximas	2.000.000
3.	Sombreros de seda y de otras clases, confeccionados en París y Rouen	1.500.000
4.	Plumas, cinturones, sombrillas, disfraces, artículos de tocador, espejos, marcos dorados, relojes y otros mil artículos que los franceses denominan *bijoux*	2.000.000
5.	Guantes, fabricación de París, Clermont, Vendome y Rouen	1.500.000
6.	Hilatura de lana, fabricación de Picardía	500.000
7.	Papel de todas clases, fabricación de Poitou, Champagne, Limousin, Auvergne y Normandía	2.000.000
8.	Agujas de coser y de otras clases, peines de marfil, ébano, boj y cuerno, fabricación de París y Normandía	500.000
9.	Artículos de quincalla en hierro y acero, fabricación de Auvergne	500.000
10.	Telas para las velas de los barcos, fabricación de Normandía y Bretaña, más de	5.000.000
11.	Muebles para habitaciones particulares (de todas clases), camas, colchones, edredones, artículos accesorios, más de	5.000.000
12.	Vinos de las más distintas procedencias, más de	9.000.000
13.	Licores, vinagres, sidras, etc., más de	2.000.000
14.	Azafrán, jabón, miel, almendras, aceitunas, alcaparras, ciruelas y frutas variadas	2.000.000
	Total	39.500.000

Todos estos artículos pueden considerarse como de lujo, salvo el 10 y acaso, el 13, pues los licores y sidras se destinaban, probablemente, a la gente de mar y a los soldados. Según los datos de Moreau de Jonnés, los artículos que importaba Francia, procedentes de Italia, Inglaterra y Holanda, en tiempos de Luis XIV, y que representaban

más de la mitad del valor total de dicha importación, eran: sedas, paños finos, tapicería, batistas, encajes, cuchillería fina y objetos de mercería.

2. *El comercio al por menor.* — La influencia del lujo se dejó sentir todavía con mayor persistencia, exclusividad y hondura en el pequeño comercio. Si en la primitiva época capitalista existieron algunos importantes ramos del gran comercio que, a pesar de adoptar formas capitalistas, no se referían para nada al lujo (ejemplo: el tráfico del cobre en el siglo XVI, el de los granos en el siglo XVIII) no creo que haya antes del siglo XIX un solo caso de comercio al por menor que revista formas capitalistas y no se refiera a artículos suntuarios. Podemos observar, en cambio, con perfecta claridad, cómo la necesidad del lujo, y el afán de los comerciantes por satisfacerla es —en los decenios justamente en que vemos la tendencia a una vida de derroche elevarse súbitamente a proporciones enormes, en los decenios que rodean al año de 1700, cuando el oro brasileño comienza a llenar los bolsillos de los especuladores de París, Londres y Amsterdam— es, en esta época precisamente, la causa de que el comerciante salga de sus rutinas tenderiles y se lance por las vías del desarrollo capitalista.

Acaso no pudiéramos formarnos una idea palpable de la íntima relación causal entre el desenvolvimiento del lujo y el capitalismo del comercio al por menor, si una casualidad feliz no hubiese conservado unos datos abundantísimos y muy dignos de confianza que nos permiten conocer al detalle las transformaciones en el comercio de sedas en Inglaterra, desde el período de la Restauración hasta 1730. Esta fuente de datos es la narración de los hechos que por propia experiencia hace el competente autor del *English Tradesman,* quien, con legítimo orgullo, podía decir de sí mismo que nadie como él estaba capacitado en su tiempo, por sus años y experiencia, para referir ese episodio.

El comerciante en sedas *(mercer = mercier)* es sin duda, el genuino representante del comercio suntuario en aquella época de petulante riqueza. La *lady* ejerce aquí un dominio sin límites. Ella es la que da forma al comercio. Aquí se expenden los artículos más costosos del lujo, pues el comercio en sedas comprende también los tejidos en oro y plata, los brocateles, terciopelos y aun los encajes. El comerciante en sedas de viejo estilo, tal como se nos aparece en Londres, aun bajo los primeros Estuardos, siendo aún la regla unos veinte años después (me imagino que las grandes transformaciones no aparecen hasta fines del siglo XVII), era al mismo tiempo almacenista y detallista. O. dicho de otro modo: no había aún comerciantes en sedas establecidos como simples detallistas; los que compraban tela a los fabricantes, la vendían también por varas a la clientela. Esto mismo han hecho en todos los tiempos anteriores, incluso los más grandes comerciantes. Así vemos, por ejemplo, a los Fugger, cuando se hallaban casi en el cenit de su poderío y de su riqueza, expender al por menor sedas y terciopelos, aunque se trataba de cortes regias, a las que vendían "paño de oro" a 36 florines la vara o damasco florentino y milanés a 8 y 10 florines la vara, o terciopelo de seda a 4 florines la vara. De todas maneras, los Fugger eran comerciantes regios, que traficaban con cobre y con emperadores. Los señores Arnold o Friedlander no consentirían hoy en vender, ni al emperador, un par de metros de cinta.

Los comerciantes sederos londinenses en la época del gran incendio y veinte años después, se hallaban establecidos todos en la City, donde tenían su residencia desde los tiempos de los Plantagenet. Allí vivían, en la estrecha y sucia *Pater-noster Row,* que había sido construída especialmente para ellos; allí tenían la mercancía, en oscuras bóvedas, débilmente alumbradas por luz cenital, dice aún la quinta edición del *Complete English Tradesman* (1741).

Los almacenes eran inmensos *(prodigious great)*. Los procedimientos de venta eran los que usaban sus antepasados en la época de los Plantagenet. La clientela más distinguida acudía a la estrecha *Pater-noster Row;* y la primera, la Corte. Los carruajes formaban dos filas, una de entrada y otra de salida, ya que la calle era demasiado estrecha para dar la vuelta, y los mismos comerciantes habían puesto dos agentes para cuidar de la fiel observancia de lo preceptuado. Había 50 de las bóvedas ya citadas, donde estaban los grandes comerciantes. Los demás eran satélites de estos orgullosos mercaderes: vendedores de pasamanería *(lace-man)*, en el centro de Ivelane, o tiendas de botones *(button-schops)*, al final de la calle, cerca de Cheapside, o tiendas de hilados *(crewel-shops)*, y tiendas de franjas y galones *(fringe-shops)* en las proximidades de la Blow-bladder street.

La situación cambió radicalmente cuando llegó el "tiempo del alegre humor", *as the gay humour came up.* (El autor no da una fecha exacta, contentándose con decir: "Allí estaban los grandes comerciantes de sedas, unos veinte años después del fuego... "y en el tiempo del alegre humor". Ahora bien, el incendio tuvo lugar en 1666, por tanto, el período alegre sería la época de Carlos II, para la cual, en efecto, el calificativo resulta exacto). Por aquel tiempo, aumentó de modo extraordinario el número de sederos al detalle; y siendo demasiado estrecha la *Pater-noster Row*, comenzaron a trasladarse a la periferia de Londres: Aldgate, Lombard-Stree, Covent-Garden, que pronto adquieren nombre. Aquí las calles eran más espaciosas; y la clientela distinguida, que venía en carruaje, incluso la corte, prefirió las tiendas nuevas a las viejas de la City. La *Pater-noster Row* se fué quedando desierta, y en poco más de dos años los antiguos sederos se vieron obligados a abandonar sus bóvedas y seguir a la clientela, "como —dice el autor— los pescadores siguen en el mar a los peces".

(Estos sederos, que revolucionaron de tal modo el antiguo comercio de sedas, ¿no serían judíos llegados a Londres con la mujer de Carlos II o con los Orange? Casi me atrevo a asegurarlo). Otros diez años más tarde, los sederos abandonaron Covent-Garden, y como enjambre de abejas, salieron en busca de un nuevo lugar de asiento, que al fin encontraron en Ludgate-hill. En 1663 existían unos 50 ó 60 establecimientos de sedas. En este momento, su número se eleva ya a 300 ó 400.

Pero no son sólo los comerciantes de sedas los que abandonan los barrios en que habían residido siglos enteros. Lo propio hacen muchos comerciantes de otros ramos, así como otros oficios, que tuvieron sus establecimientos durante toda la Edad Media en sitios determinados. No pocos, como los comerciantes de lencería (también un artículo suntuario), aumentaron de modo sorprendente *(mostrously increased)*. En este período, la ropa fina interior constituía —como hemos visto— un artículo de lujo para el hombre rico y su "maitresse".

Esta narración nos enseña, pues, que los comercios de artículos de lujo aumentan en poco tiempo, a causa de la demanda creciente, y abandonan sus antiguos puntos de residencia. Con ello queda abierta la puerta por donde el espíritu mercantil moderno pudo introducirse en las pacíficas tiendas del comercio al por menor. La transformación de los comercios medievales detallistas en empresas capitalistas era ya sólo cuestión de tiempo. Pues estas transformaciones, el súbito y constante incremento y el cambio de la *razón* económica, crearon la necesidad de entrar en competencia con los vecinos, de inventar y de aplicar los métodos más adecuados para atraer a la clientela. Y esto significaba, precisamente, la implantación del espíritu capitalista. Ahora bien, ¿cómo pudo este espíritu capitalístico, en el transcurso del siglo siguiente, introducirse en el comercio suntuario de las grandes ciudades (y sólo en és-

tas)? Con exactitud podemos averiguarlo interpretando bien los escasos datos que, sobre la organización del comercio al detalle en aquella época, han llegado hasta nosotros.

Lo que aconteció en el siglo siguiente, después que los antiguos sederos abandonan la *Pater-noster Row*, fué lo siguiente:

1. Establecióse una diferencia entre el comercio al detalle y el comercio al por mayor. De los citados 300 ó 400 sederos, solamente una pequeña parte podían seguir siendo almacenistas.

2. Los comerciantes comienzan a instalar sus establecimientos con mayor elegancia, a fin de atraer a la clientela o hacer agradable la estancia en sus tiendas a aquellas personas más refinadas. Está plenamente confirmado que los primeros en adoptar esta elegantización de las tiendas fueron los *Toy-men*, es decir, los vendedores de artículos galantes del más refinado gusto, caprichos, frivolidades para amores, galanteos, etc. El lujo de la época culmina en estos *toys*. Los franceses denominan estas nonadas costosas *bijoux*, que significan no sólo adorno, sino también *colifichets*, bagatelas, ricamente trabajadas, con metales preciosos. En estas tiendas se congrega la sociedad elegante, sobre todo los grandes señores que compran regalos para sus amantes. Aquí se adquieren los *bijoux frivoles* "que se dan a las mujeres honradas que no admiten dinero" —dice Mercier en su descripción del *Petit Dunkerque*[1], la tienda de lujo a la moda en la época y a la cual acuden, sigularmente en los primeros días del año, los *petits seigneurs* en número tan considerable, que había que poner unos vigilantes. —"No hay espectáculo más brillante que el que ofrece esta tienda", que Voltaire visitó cuando estuvo en París por última vez. Y Mercier añade: "Sonrío sobre es-

[1] *Tableau de París*, Cap. DLV.

tas creaciones del lujo y observó, según creo, cierta analogía entre estas brillantes joyas y su estilo".

3. La forma del comercio al detalle moderno, en el cual se reunen las mercancías según su finalidad, comienza a brotar del antiguo comercio dedicado a una rama. En cierto sentido, el *toy-man*, el *bijoutier*, representa ya este nuevo principio. También en la reunión de los apéndices necesarios a la *toilette* femenina encuéntranse iniciaciones de una nueva agrupación de las mercancías. En apariencia, el sedero también está a punto de convertirse en comerciante en vestidos: "el comerciante en sedas negocia en sedas, terciopelos, brocateles e infinidad de frivolidades de gran precio, que sirven para el adorno del bello sexo". Las primeras tiendas que reunen artículos para una finalidad determinada, son las tiendas de muebles, que venden de todo lo necesario para la instalación de una casa. Parecen haber sido los tapiceros los que transformaron sus tiendas en almacenes de toda clase de muebles, vendiendo mesas, cómodas, toda suerte de objetos de ebanistería, espejos, candelabros, etc., fabricados por ellos mismos. Había también simples comerciantes en estos objetos, que los reunían en una misma tienda. Estos comerciantes vendían cuadros, grabados, candelabros, arañas, figuras de bronce, mármol, madera y otras materias, relojes de pared y de bolsillo, gabinetes, armarios, mesas, veladores, sillones de madera y dorados, mesas de mármol y muchos otros objetos de adorno para la casa.

Iguales tiendas encontramos en Londres por esta época. Aquí son los mueblistas de lujo *(Cabinet-Makers)* los que en sus tiendas venden toda clase de objetos para instalar casas, objetos que sólo en parte han sido fabricados por ellos. Algunos de estos almacenes semejan, por su extraordinaria suntuosidad, verdaderos palacios y representan un

capital inmenso. Junto a estos establecimientos hay también grandes almacenes de tapicería, como los de París. Muchos de ellos, los *Upholders*, pertenecen a comerciantes riquísimos, que siempre tienen para la venta un gran surtido.

4. La objetivación de la relación entre el comerciante y la clientela —carácter esencial del desarrollo capitalista posterior— comienza en estas grandes tiendas de artículos de lujo. El *Petit Dunkerque* es, según mis noticias, el primer establecimiento al detalle que vende a precio fijo.

5. El último punto y el más importante es la *amplitud* de estos negocios que, a medida que se aplicaban los citados principios mercantiles nuevos, necesitaron agrandar su base capitalista. Tenemos datos que demuestran que el negocio de sedas tuvo en esta época una gran amplitud. Sabemos que Galpin, comerciante de París (comienzos del siglo XVIII) vendió en un solo día por valor de 80.000 francos. El autor de *Perfecto comerciante inglés* nos refiere en 1727 que había un sedero que tenía numerosos dependientes y obreros en su tienda, y que un día expendió género por valor, aproximadamente, de 3.000 libras a una dama, a quien él mismo servía, y que fué al almacén y deliberadamente esperó dos horas sin hacer ninguna compra. Otro comerciante realizaba al año ventas por valor de 40 mil libras. El capital que se necesitaba para abrir un comercio de sedas a mediados del siglo XVIII era, según unos, de 500 a 2.000 libras; según otros, de 1.000 a 10.000 libras ("10.000 libras, si no reciben una buena aplicación, no significan nada para un comercio de esta índole").

Los datos anteriores se hallan contenidos en dos libros, que constituyen fuentes valiosísimas para conocer el grado de concentración capitalista en los distintos ramos del comercio al por menor en Londres a mediados del si-

glo XVIII [1]. En estos libros se reseñan por orden alfabético todos los ramos del comercio, y en cada uno hay una indicación del capital mínimo que se necesita para montarlo, a fin de que pueda servir de guía y orientación a los que se propongan dedicarse al negocio. Estos datos confirman nuestra tesis de que casi solamente las tiendas de artículos de lujo, son las que plantean mayores exigencias; por ejemplo, de disponer de un capital superior a 500 libras. Son las siguientes: libreros, 500-5.000 libras; tiendas de China, 500-2.000; droguerías, 500-2.000; artículos de mercería (borlas, trencillas, etc.), 500-2.000; medias, tejidos de punto en seda, 500-5.000; nursery-man (flores y arbustos), 500-1.000; hilos, 500-1.000; toy-man, 2.000. Las tiendas de carbón, hierro y madera son las únicas que, aunque no pueden considerarse como de lujo (al menos no directamente y exclusivamente, aunque también ellos viven, en último término, de la gente rica), necesitan un capital que excede de las 500 libras. La importancia extraordinaria del comercio de lujo se demuestra también por el hecho de que las sociedades mercantiles sólo se formaban para sederías, lencerías y orfebrerías-bancos. Vemos, pues, que en la esfera del comercio al detalle, el capitalismo se desarrolla por la difusión del lujo. Las causas de estos se desprenden de lo que hemos expuesto. Pero quiero señalarlas de un modo expreso una vez más:

1ª La naturaleza de las mercancías determina la organización capitalista. Esas mecancías son las de más alto valor y las primeras que han entrado en grandes masas en la corriente del comercio.

2ª La naturaleza de la clientela fomenta también el desenvolvimiento del capitalismo. Esta clientela distinguida plantea las mayores exigencias de elegancia y facilidad, y,

[1] 1º *A general description of all trades*, etc., 1742; y 2º R. Campbell: *The London tradesman*, 1747.

además (y ésta es una razón que parece haber llamado mucho la atención en aquellos felices tiempos, ya que todos los que aconsejan en cosas de comercio la mencionan), no paga nunca al contado, cuando paga, lo que obliga al comerciante en artículos de lujo —en igualdad de circunstancias— a tener a su disposición un capital mucho mayor, puesto que el sistema del crédito hace que el cambio sea mucho más lento.

III

EL LUJO Y LA AGRICULTURA

1. *En Europa.* — El capitalismo en la agricultura fué inmediatamente fomentado por el lujo, en el sentido de que campos antes labrados se convierten en pastos de ovejas para satisfacer la demanda de lana. Esto acontece durante la Edad Media y después, sobre todo, en el medio día de Italia, España e Inglaterra. La extensión de la economía ganadera a costa de la agricultura aumenta tanto en tiempos de los Tudor, en Inglaterra, que Thomas Moro llega a decir "que las ovejan devoran a los hombres". Yo creo que se ha exagerado la cuantía de los campos "estirilizados", es decir, convertidos en pastos para ovejas. De todos modos ha existido el movimiento en dirección de una explotación capitalista de la tierra y hasta el siglo XVIII no se ha detenido. Y este movimiento tiene importancia de dos maneras para la génesis del moderno capitalismo: de una parte crea formas de organización capitalista, y de otra parte estimula la formación de la industria capitalista, reduciendo el área de actividad de los pequeños labradores independientes. Y a su vez este movimiento es obra del lujo, pues, las lanas no se producen en las nuevas ganaderías de ovejas, sirven de primera materia para la fabricación de

tejidos finos, establecida por la industria textil de lujo en Flandes, Brabante, Florencia, para el consumo de los ricos, según hemos de ver.

La influencia del lujo en la agricultura consiste, además, en que mejora y refina la producción; lo cual aumenta los beneficios y, por tanto, el valor de la tierra, obligando a los propietarios, ya que no a constituir explotaciones capialistas, sí, al menos, a impregnar la agricultura de espíritu capitalista, que rompe las antiguas formas de la agricultura feudal y favorece indirectamente el desenvolvimiento general del capitalismo(según he demostrado en mi obra *El capitalismo moderno*).

La mayor parte de las transformaciones técnicas y económicas que observamos en la agricultura europea, han sido, hasta ya entrado el siglo XIX, suscitadas en este sentido por el lujo creciente de las clases ricas. Comparada con esta influencia del lujo sobre la agricultura, retrocede, sin duda alguna, la influencia de las grandes demandas de cereales. Sólo en un punto se manifiesta revolucionaria esta gran demanda, como se demostrará en el volumen segundo de estos "Estudios"; y es en la súbita aparición de las grandes demandas para los ejércitos, en el siglo XVI. Aparte de esto, la producción cerealista se habría atenido a cubrir las necesidades del consumo en las crecientes ciudades, dentro de los límites de la agricultura feudal medieval. Acaso se alegue que el gran consumo cerealista de las capitales como Londres, París, Amsterdam, Milán y Venecia, es el que ha intensificado la agricultura; a lo que yo replicaría que, todas estas grandes capitales, son creaciones exclusivas del lujo. Pero creo que no necesito de tales construcciones para mostrar que las transformaciones de la agricultura hasta el siglo XVIII son debidas en esencia al lujo.

El rápido desenvolvimiento de las municipalidades *italianas*, durante el último período de la Edad Media, fué causa de que la agricultura adquiriese un carácter moderno.

"La abundancia de capitales había puesto al país en situación de dar amplio desarrollo a las obras de riego y demás mejoras. La riqueza... había fomentado al aumento y refinamiento de la producción agraria. La prosperidad de las industrias textiles había proporcionado el modo de extender considerablemente el cultivo de varias plantas industriales. . ." En estos términos resume sus estudios uno de los tratadistas más versados en la historia de la agricultura italiana[1]. Y que el espíritu capitalista animaba los campos y viñedos de la Italia de entonces, se desprende del derecho rural, que siempre se propone proteger a los propietarios, defendiéndoles de las malas artes y morosidad de arrendatarios y colonos, constituyendo un cuerpo de guardas rurales *(saltari)*, castigando los hurtos, rapiñas, etc.

La situación de Italia se da también durante la Edad Media en la agricultura de Bélgica, y a veces también en la de Alemania, Francia e Inglaterra, sin que en estos países la influencia de la evolución urbana haya sido lo bastante fuerte y honda para producir ya en la Edad Media un cambio de las circunstancias agrarias.

El florecimiento singular del capitalismo agrario en *España*, tiene lugar en el siglo XVI y es producido principalmente por el rápido y extraordinario aumento de consumo, sobre todo entre los conquistadores, recién enriquecidos, pero también entre los comerciantes y hombres de negocios de las ciudades españolas. En el medio día de España la viticultura había adquirido grandes proporciones. Sevilla y Cádiz exportaban, solas, a América, 140.000 quintales de vino. "En esta época, los grandes comerciantes sevillanos pensaron aumentar el brillante vuelo de sus negocios, dedicándose ellos mismos a los artículos más solicitados. Y como tenían grandes capitales bastó que quisieran para que, como por arte de encantamiento, surgieran en el valle del

[1] C. Bertagnolli: *Delle vicende dell' agricolt. in Italia*, 1881.

Guadalquivir, hasta Sierra Morena, campos ondulantes de trigo, fecundos huertos de frutas, olivares, viñedos, cuya producción constituía la carga de barcos enteros [1]. En el siglo XVI laméntanse las Cortes de que la viticultura, por ser de más renta, perjudique al pan; se pide adopción de medidas para que esto no ocurra.

En *Inglaterra*, durante el siglo XVII, y singularmente en el XVIII, pueden perseguirse claramente las relaciones entre la "ascensión de la agricultura" y el lujo creciente. Puede decirse que lo que revolucionó la agricultura fué la creciente importancia de Londres como centro de consumo de artículos suntuarios. El hecho de que los comienzos de la agricultura racional moderna acontezcan en Inglaterra, tiene su razón en la posición particular de Londres, como Columela y sus compañeros deben su existencia a la antigua Roma. Los escritores que nos informan de los campos ingleses en los últimos veinticinco años del siglo XVIII, Arthur Young [2], los continuadores de Defoe (la octava edición de su obra se publicó en 1778) y Eden [3], dan a entender que la transformación de la agricultura inglesa se debe exclusivamente a Londres. Y en las informaciones de los condados, hechas hacia fines del siglo XVIII por orden del *Board of Trade*, se consigna que Londres es el sol central que irradia su luz a las provincias. Donde se produce para Londres, la agricultura hace progresos. En torno de "la ciudad fórmanse círculos regulares de intensidad. Los condados de Essex *(the whole face of the country like a ger-*

[1] K. Haebler: *Die wirtschaftliche Blüte Spaniens im 16 Jahrhundert.*

[2] Su obra: *A six weeks tour through the southern countries of England and Waler*, 2ª edic., 1769.

[3] Sir F. M. Eden: *State of the Poor or an History of the labouring Classes in England from the Conquest to the present Period*, etc. 3 vol., 1797.

den), Sussex, Kent, Surrey, Herfort, Norfolk, Suffolk, son los principales, y en ellos los *improvements of husbandry* merecen particular elogio. Si un viajero encuentra en comarcas muy distantes de Londres, *so far from London*, la agricultura en desarrollo intenso, admírase de ello [1] y, en cambio, se indigna de que en un lugar próximo a la capital no sepan los labradores aprovecharse de su ventajosa situación, y sigan con los viejos métodos de la agricultura extensiva [2]. Los precios de la mayoría de los productos agrícolas aumentan, por regla general, desde la periferia hasta Londres. Los provincianos hacen la observación justa de que las carreteras encarecen su vida; en efecto, casi todas las carreteras arrancan de Londres, como radios de una circunferencia. También se quejan de que los londinenses acaparen los mejores artículos.

Pero ¿cómo ha podido Londres ejercer tan grande influencia sobre los precios de los productos agrícolas, y, por tanto, sobre la forma de las explotaciones agrícolas? No puede ello obedecer al aumento de población, pues este aumento no es exagerado durante el siglo XVIII. Si damos crédito a los cálculos de Petty y King, Londres tenía, a fines del siglo XVII, unos 700.000 habitantes; cien años más tarde, tenía casi la misma población, y en los comienzos del siglo XIX, en el año 1801 —que fué precedido de algunos decenios de afluencia— 864.845 habitantes. La causa principal del aumento considerable en la demanda de productos agrícolas, debió ser más bien el refinamiento que alcanzó el consumo de las clases pudientes. Si examinamos las cotizaciones de los distintos productos agrícolas durante el siglo XVIII, llegamos a la misma conclusión. Los precios de los cereales en Inglaterra, al menos durante la primera mitad del siglo, no revelan tendencia al alza; en cambio, la

[1] Defoe, 3, 10.

[2] A. Young, 49

mayor parte de los demás artículos, singularmente las carnes, van para arriba. Y los datos que poseemos respecto a la forma real en que el consumo se hacía, confirman por completo aquella hipótesis. Sobre todo, el consumo de carne en Londres no, solamente debió de ser en absoluto muy considerable durante el siglo XVIII, sino que debió de experimentar un aumento notable en esta época. Aunque no debemos atribuir a las cifras que Eden indica una importancia excesiva —esgún ellas, a fines del siglo, el consumo de carne (sin contar el cerdo y la ternera), alcanzaba a 90 libras por individuo, proporción que no encontramos hoy en todas las grandes ciudades, y había aumentado en el tarnscurso de sesenta años en un 50 %, partiendo de la base de un incremento de 100.000 almas en la población— existe, sin embargo, un consumo de carne de mucha importancia. Lo inferimos de las descripciones del famoso mercado de ganados de Smithfield, que tenía lugar dos veces por semana y era el más concurrido del mundo, así como el no menos famoso mercado de carnes de Leaden Hall, en el cual, según cierto embajador español, la carne que se despachaba en un mes hubiera abastecido a toda España en un año [1]. Hacia mediados del siglo XVIII no bajaban de 17 "los grandes mercados de carnes" que funcionaban en Londres; en ellos se vendían también aves y caza, *beside many Street butchers*, para las familias que habitaban lejos de un mercado.

Pero también nos revelan el gran consumo de carne las noticias que poseemos sobre la extensísima y muy desarrollada ganadería inglesa en el siglo XVIII. Todas esas noticias coinciden en decir que el entretenimiento de los pastos y la intensificación de la ganadería son las bases principales para el desenvolvimiento agrario en Kent, Norfolk, Essex, Somersetshire. En muchos puntos se había verifi-

[1] Defoe, 2, 112.

cado ya una especialización dentro de la ganadería; sobre todo, como es natural, distinguíase la cría de ovejas y la de vacunos, pero también se distinguían los métodos, de suerte que las tierras montañosas, como Devonshire, fueron destinadas a la cría propiamente dicha, mientras que las llanuras fértiles, como Somersetshire, fueron destinadas al engorde del ganado.

El rápido progreso de la ganadería se desprende del sorprendente aumento en el peso medio de cada animal. He aquí algunas cifras relativas al mercado de Smithfield:

	Bueyes	*Terneras*	*Ovejas*	*Corderos*
En 1710	370 libras	50 libras	28 libras	18 libras
En 1795 ...	800 „	148 „	80 „	80 „

La misma tendencia hacia la especialización, que nos permite inferir tanto un mayor refinamiento en el consumo como una técnica más perfecta en la producción agrícola, se observa en los demás productos de la agricultura. Hojeando los tomos en que describe Defoe las campiñas inglesas, se recuerdan las descripciones de los escritores agrícolas romanos. Háblase de comarcas cuya especialidad es el *drinkcorn* (cebada, malta), mientras otras producen lúpulo. Aquí es la avena, allá son las patatas el producto más abundante. Las aves más finas proceden de la región de Dorking (Surrey); el queso más sabroso, de Oxfordshire y Gloucestershire; el mejor tocino, de Wiltshire y Hampshire; las mejores maderas, de los territorios que se extienden por las márgenes del Támesis; las más bellas plantas, flores y artículos variadísimos de jardinería y horticultura, de las inmediaciones de la ciudad. Las huertas se extienden hasta Gravesend, donde se producen los más exquisitos espárragos.

2. *En las colonias.* — Otra muy distinta es la influencia que el aumento del lujo en Europa ha ejercido sobre la agricultura de las colonias. Aquí el lujo europeo ha engendrado directamente empresas capitalistas de gran estilo, tal vez las primeras en su clase. En primer término está el hecho de que la producción en casi todas las colonias europeas es una producción de artículos de lujo muy caros. Demuéstranlo las listas que hemos visto de los objetos que constituyen el tráfico colonial. Estos artículos de lujo son productos, principalmente, de la agricultura en los países de Ultramar. Los más interesantes para nosotros son: azúcar, cacao, algodón (artículo de lujo hasta mediados del siglo XVIII) y el café, productos todos de las colonias americanas. Hay que añadir las especias, producción principal de las colonias asiáticas orientales. Si omito el tabaco es porque no lo considero realmente como artículo suntuario, por hallarse extendido en todas las capas sociales (salvo, claro está, en tabaco de clase superior). "En las colonias sólo se trabaja para el lujo", dice un escritor a comienzos del siglo XVIII [1]. Si prescindimos de la organización del trabajo en las colonias holandesas, organización que culminaba en un sistema complicado de producción forzada de los indígenas, resulta que todos los citados objetos de lujo se crían en las colonias de los europeos, en grandes plantaciones con carácter netamente capitalista. Se ha dicho, no sin razón, que en las colonias, lejos de las tradiciones de la cultura europea, fué donde primero se desenvolvieron las formas puramente capitalistas. Siendo así, forzosamente hay que ampliar el concepto del capitalismo y llamar capitalista, por tanto, a la organización que se basa en trabajo forzado de gente esclava; pues bien sabido es que la mano de obra en las colonias europeas era esclava. Pero todas las demás condiciones que concurren en una empresa

[1] Melón: *Essai sur le commerce*, 1734.

capitalista existían, sin duda, en las colonias: soberanía del principio de la ganancia, la soberanía del racionalismo económico, la amplitud de la explotación, la separación social entre directores de la producción y trabajadores u obreros. "El fenómeno de una clase de obreros manuales, que no son nada más que obreros, aparece aquí en la forma de la esclavitud, en plena desnudez y negrura". (Knapp).

Carácter capitalista tienen ya las plantaciones agrícolas en las colonias de las ciudades italianas, en el mar Egeo, durante la Edad Media. En las fértiles islas (Creta, Quios, Chipre), producíase vino, algodón, índigo, almáciga, higos, aceitunas moreras, resina de láudano, coloquíntida, etc., y, sobre todo azúcar. En Limisso, por ejemplo, poseían los Cornaro grandes plantaciones de azúcar, que Ghistele llamaba el almacén de toda Chipre. El italiano Casola, en 1494, cuando visitó esta comarca, vió que trabajaban aquí más de 400 personas. Todas estas circunstancias crecieron en proporciones gigantescas en las colonias americanas, donde después del breve episodio de la esclavitud roja, venció la esclavitud negra.

Cairnes, que es uno de los tratadistas que mejor conocen el problema de la esclavitud, ha explicado las causas de por qué en todas las épocas da esclavitud de los negros ha sido unida a la forma de producción por grandes empresas, que encontramos uniformemente en las colonias inglesas de las Indias occidentales, en Cuba, en el Brasil, en los Estodos meridionales de Norteamérica. Nuestros grandes propietarios agrícolas —dice Mr. Clay— compran a sus convecinos más pobres todas las tierras, aumentan sus plantaciones y el número de sus esclavos. Los pocos ricos que pueden subsistir con pequeños beneficios y están en situación de dar algún descanso a sus campos quemados, eliminan, pues, a los propietarios independientes [1].

[1] J. E. Cairnes: *The Slave Power*, 1863.

Los datos que tenemos acerca de la extensión de algunas plantaciones confirman la exactitud de este juicio general. Según Labat [2], observador digno de crédito, una plantación de las Antillas francesas fué valorada hacia el año 1700 en 350.000 a 400.000 francos. Alejandro de Humboldt describe una plantación de azúcar que mide más de 650 hectáreas y ocupa a 300 negros; se constituyó con un capital de 2.000.000 de francos. Otra plantación, con 220 esclavos, es estimada en 35.000 libras esterlinas.. En 1791, había en Haití 792 plantaciones, de las cuales 341 eran valoradas en promedio a 180.000 francos; las 451 restantes, en 230.000 francos; su producción anual mínima era de 750.000 quintales métricos de azúcar, valor de más de cien millones de francos (exportación anual). Toda la isla estaba en manos de un corto número de propietarios, conocidos por el nombre de *les gros habitants*, que constituían una casta dominadora.

Para tener una idea de la extensión del sistema de las plantaciones y de su importancia, bastará que intentemos determinar la cantidad de esclavos que en ellas trabajaban. No es muy difícil, pues, poseemos una estadística bastante aproximada de la población esclava, al menos para el siglo XIX y parte del XVIII. El tráfico de esclavos culmina poco antes de la abolición de la esclavitud, cuando no todas las plantaciones se dedicaban ya a la producción de objetos suntuarios y, principalmente, cuando los esclavos del algodón comenzaron a producir la materia precisa para sus hermanos, los esclavos de la industria textil en Europa. Las cifras son fáciles de extraer. En las posesiones inglesas de las Indias occidentales había, en 1778, 663.899 esclavos negros. En algunas colonias, respecto a las cuales poseemos cifras exactas, el desarrollo de la esclavitud tiene lugar en la forma siguiente (señalo la primera cifra segura y la que marca el desarrollo máximo):

[2] *Nouveau voyage aux iles d'Amérique*, 1742.

Martinica: 1700, 14.566; 1831, 86.299.
Guadalupe: 1700, 6.725; 1831, 99.039.
Guayana francesa: 1695, 1.047; 1831, 19.102.
Borbón: 1776, 26.175; 1834, 70.425.
Jamaica: 1658, 1.400; 1817, 343.145.
Barbados: 1722, 69.870; 1829, 81.500.
Antigua: 1774, 37.808 (máximo desarrollo).
Mauricio: 1776, 25.154; 1826, 63.432.
Cuba: 1774, 44.333; 1827, 286.942.
Puerto Rico: 1778, 6.530; 1836, 41.818.

En 1830 se elevaba a 6.822.759 el total de esclavos en los países que los tenían.

Las *demoiselles* de París y las *misses* de Londres habían puesto en pie esta inmensa masa de esclavos, para satisfacer sus caprichos. Esta idea no deja de tener cierto encanto.

IV

EL LUJO Y LA INDUSTRIA

1º *El sentido de las industrias de lujo.* — En la esfera de la producción industrial es donde se percibe mejor la influencia del lujo; aquí la conexión entre el desenvolvimiento del lujo y la evolución del capitalismo se descubre aun para los más ciegos y se toca con las manos. Pero si una experiencia superficial demuestra que numerosas industrias han surgido para satisfacer las necesidades del lujo, y que muchas industrias, por lo tanto pueden calificarse de "industrias de lujo", preséntase, cuando se ahonda en el problema, la cuestión de si el *concepto de industria de lujo* no será algo impreciso y de si no convendrá primero definirlo.

Industrias de lujo —podrá decirse— son las que fabrican

artículos de lujo: ricos vestidos, muebles elegantes, objetos de adorno, etc. Pero ¿qué entenderemos exactamente por artículos de lujo? Sin duda, todos los que acabamos de nombrar, los cuales tienen de común el servir inmediatamente la satisfacción de necesidades suntuarias y ser bienes de uso individual, bienes de primer orden. Así, pues, las industrias que producen estos artículos serán denominadas resueltamente de lujo. Pero, una fábrica de brocatel o de terciopelo, ¿no es también una industria de lujo? Y, sin embargo, no fabrica artículos de uso individual, sino un medio de produccción, el tejido para los trajes, esto es, un buen de segundo orden. Mas si una fábrica de tejidos de seda es evidentemente una industria de lujo (y no admitirla como tal sería atentar al sentido de las palabras y separar lo que está unido), ¿no lo será también la fábrica de hilados de seda, que proporciona la primera materia para los tejidos de seda, esto es, un bien que podemos llamar de tercer orden? Pero entonces, ¿será igualmente de lujo el telar en que se fabrica el tejido de seda y deberemos llamar industria de lujo a la fabricación de estos telares? Mas si se cree que el ser un instrumento de trabajo cambia la faz de la cuestión, dígase si la fábrica de aserrar maderas para los muebles artísticos, es decir, un bien de segundo orden, puede considerarse como industria de lujo. Yo creo que no. Es más: yo creo que no puede llamarse industria de lujo la fundición que produjo la tubería de hierro para las fuentes de Versalles, esto es, los objetos sin los cuales no hubiera podido crearse esta forma eminentemente suntuaria.

No puede ponerse en duda la íntima relación entre el lujo y estas industrias. Y quien quiera apreciar en toda su extensión este fenómeno cultural, ha de tener en cuenta estas irradiaciones. Pues estas industrias, que a mayor o menor distancia se relacionan con el lujo, no existirían si el lujo no existiera; y una gran parte de las industrias de

la época capitalista primitiva vinieron al mundo por el rodeo del lujo. A veces, el rodeo es largo y complicado. Así vemos, por ejemplo, que habiendo la cristalería y otras industrias de lujo explotado la madera de los bosques, llegó a ser el carbón de piedra un combustible cada día más solicitado, cuanto más afluía la población en las grandes ciudades, dando lugar con ello al establecimiento de una de las industrias más importantes del primitivo período capitalista: la industria de carbones de New-Castle.

Pero no me refiero a la indirectamente derivada del lujo —y que podríamos llamar industria mediata de lujo— cuando hablo de la influencia del lujo en la transformación de la producción industrial. Me refiero a la industria de lujo en sentido "propio", a una industria que diferenciamos claramente, en el sentimiento al menos, como una categoría especial de industria. Pero no es lícito limitar el concepto inmediato y auténtico de industria de lujo a aquellas industrias que producen bienes de lujo de primer orden, pues tendríamos que excluír ciertas fabricaciones, por ejemplo, la de brocatel o la de galones, que son reconocidas por todo el mundo como industrias de lujo. Yo creo que lo que caracteriza esencialmente la industria de lujo es la naturaleza específica del objeto producido. El que este objeto sea de alto valor, decide sobre si la industria que lo produce es de lujo o no. Por esta razón, una hilatura de seda será industria de lujo, aunque produce un bien de tercer orden, y una fábrica de aserrar tablones no lo será, aunque produzca un objeto de lujo de segundo orden. Si las industrias que producen artículos de escaso valor específico adquieren después un carácter capitalista, por influencia del lujo, siempre es la venta en grandes masas la que ha llevado a cabo esta transformación, bien que dicha venta en masa haya sido obra del lujo.

Vamos ahora a hablar, pues, de las industrias propiamente de lujo. Y aun limitándonos a éstas, es la influencia

del lujo y su importancia en la constitución del sistema económico capitalista extraordinariamente grande. No podremos, desgraciadamente, obtener jamás una idea cuantitativa de esta importancia ni determinar en cifras la participación del lujo en el ingreso de la producción industrial en la organización capitalista. Ni siquiera hoy podemos hacerlo, a pesar de nuestras minuciosas estadísticas de oficios y producciones. Y es porque ni antes ni hoy son las categorías de las industrias de lujo, o aun siquiera de las industrias de calidad, señaladas en las determinaciones estadísticas. Se dice, por ejemplo: tejidos; pero ninguna estadística del mundo distingue entre tejidos de clase finísima y ordinarios y corrientes. Y así en muchos otros casos. Resulta que en numerosas industrias, aunque tenemos datos numéricos de su extensión, no podemos determinar la proporción de lujo en ellas. En cambio, otras industrias son "puras" industrias de lujo, como la fabricación de gobelinos, franjas o galones de oro, orfebrería, etc. Las industrias que producen trabajo ordinario y fino, podemos llamarlas industrias mixtas, en oposición a las "puras". Si, pues, no podemos, ni aun hoy, señalar en Alemania el tanto por ciento de obreros ocupados en industrias suntuarias, ¿cómo hemos de poderlo hacer para los pasados siglos, que no tenían estadística industrial ninguna? Mas, si a pesar de todo queremos saber la influencia del lujo en el desenvolvimiento del capitalismo industrial, no hay más remedio que acudir al procedimiento inductivo monográfico, y, sobre todo, esforzarse por hallar los caracteres fundamentales que poseen los fenómenos de la vida industrial, conocidos y reconocidos como industrias de lujo.

Y podremos demostrar lo siguiente:

1º Que algunas industrias de lujo han alcanzado una gran extensión absoluta, cuya importancia podemos conocer mediante comparaciones; 2º, que las industrias netamente

suntuarias han tomado desde los primeros momentos forma capitalista; 3º, que dentro de una misma especie industrial los grupos que producen objetos de lujo son los que aceptaron primero, por regla general, la forma capitalista; 4º, que las industrias de lujo son las primeras en que se establecen las formas de organización y de explotación del gran capitalismo.

Nuestra exposición ganará en claridad si estudiamos por separado las industrias "puras" de lujo y las de carácter mixto.

2. *Las industrias puras de lujo.* — a) *Industria de la seda.* En la vida económica de los países europeos tuvo esta industria una importancia realmente excepcional, durante toda la primitiva época capitalista. Esto lo saben incluso nuestros "historiadores". El hecho puede considerarse, pues, como notorio, y no gastaremos mucho tiempo en demostrarlo. Citaremos dos cifras. Según las cuentas de la *Encyclop. méth.*, el valor anual de las sedas de Lyon, entre 1779 y 1784, se elevaba a 60.000.000 de françes. La importación total en Francia, de 1779 a 1781, ascendió a 208, a 216 y a 269.000.000 de francos respectivamente; la exportación, a 235, a 236 y a 260.000.000 de francos; el valor total del comercio exterior, a 443, a 452 y a 529 millones de francos; las sedas de Lyon representaban de $^1/_8$ a $^1/_7$ de este valor. Los géneros que en 1911, pasaron por las fronteras de Alemania tenían un valor de 10.161 millones de marcos, y en su consecuencia, los 60.000.000 de francos, valor de aquella producción, equivaldrían hoy a 2.400 o 2.700.000.000 de marcos. Comparemos. El valor total de los hierros en bruto producidos en Alemania (1908), se elevó a 657.152.000 marços; el carbón de piedra (1910), 1.535.258.000 marcos. Así pues, tdas estas producciones juntas representan en la economía actual de un país culto lo que la industria de la seda de sólo Lyon representaba en la economía de Francia

durante el siglo xviii, siendo de advertir que hace ciento cincuenta años el comercio exterior tenía proporcionalmente mucha más importancia que hoy en la vida de una nación. La industria de sedas en Berlín producía de 3 a 4.000.000 de táleros, siendo el valor total de los artículos fabricados en Berlín de unos 6.000.000 de táleros (en el año 1783, según los datos de Nicolai, el valor asciende a 6.098.226 táleros).

Esta industria de la seda (y esto es lo que nos interesa principalmente), es, empero, una de las primeras que adoptan la organización capitalista; de manera que bien puede decirse que hace época en la historia del capitalismo industrial. Todas las formas del capitalismo ofrecen en esta industria de la seda, desde los primeros tiempos, ejemplos característicos. La industria sedera no sólo fué la primera en desarrollar el trabajo a domicilio, sino que también fué la primera en establecer la manufactura y la fábrica en forma perfecta. Las hiladuras de seda del siglo xiv son, por decirlo así, los "incunables" de las grandes explotaciones capitalistas. No sabemos en qué forma se movía la industria sedera que los italianos, y principalmente los venecianos y genoveses, establecieron en las colonias de Levante. Probablemente el sistema se basaba en esclavos o siervos. Las naciones de Europa explotaban la industria de la seda por el método del trabajo a domicilio, tanto para el hilado como para el tejido. Según los Estatutos de 27 de marzo de 1324, en París las obreras conocidas por el nombre de *filaresses* —hiladoras— trabajan a sueldo de los merceros, que compran la seda en bruto, y después de hilada y preparada la venden para trabajos de aguja, bordados, tejidos, etc.[1].

Sobre iguales bases constituídas encontramos la industria sedera, sobre todo la textil, durante el siglo xiv en Venecia, y en el siglo xv en Génova (Estatuto de 1432), y en Lucca,

[1] E. Pariset: *Hist. de la fabrique lyonnaise*, 1901.

Florencia, Milán y demás ciudades italianas. Al fundarse en el siglo XVI la manufactura de la seda en Lyon, aparece también en cierto modo una industria a domicilio. El primer Estatuto de 1554 contiene numerosas disposiciones acerca de la "malversación" de seda en bruto, y el edicto de 27 de enero de 1554 habla de los que "dirigen el negocio sin estar todo el día sentados trabajando en el telar" *(les marchands conduisant la manufacture de velours et de draps de soie, sans etre assis toute la journés sur le métier et mener la navette)*. Esta organización a domicilio fué aceptada por los restantes países, en regla general.

Al lado de este sistema a domicilio, vemos aparecer muy pronto en la sedería la explotación colectiva en grande escala, en forma de manufactura y, sobre todo, de fábrica. Quizás a la industria sedera pertenezca el primer caso cierto de fábrica montada sobre base capitalista durante la Edad Media en Europa. Sin duda hay que tener mucha cautela al interpretar los relatos de los siglos anteriores acerca de las formas industriales. Generalmente, al hablar de manufactura o aun de fábrica, no se entiende la forma de explotación, sino sólo el oficio como tal, y cuando se dice que Fulano o Mengano han establecido una manufactura de seda en la que tienen ocupación 500 personas, no sabemos si se trata de trabajo a domicilio o de una explotación fabril colectiva. De todas maneras, se puede con exactitud señalar casos de explotación colectiva en época muy temprana, en la industria sedera. Para los tejidos de seda, estos casos no son anteriores al siglo XVI. La más antigua manufactura de sedas de que tengo noticia es la de Raoulet Viard, uno de los fundadores de la industria sedera de Lyon. Este llegó a reunir en una casa 46 telares. La hilatura de seda explotada en gran escala aparece antes aun y ya en forma de fábrica. Las grandes explotaciones, de que nos habla Alidosi, hilaturas de 4.000 hebras, que funcionaban con fuerza hidráulica, empezaron ,según parece, a media-

dos del siglo XIV, ya que en 23 de junio de 1341 la ciudad de Bolonia otorga permiso a cierto Bolognino di Barghesano, natural de Lucca, para establecer una hilatura de seda, en la que "una sola máquina realiza el trabajo de 4.000 hilanderas" [1].

Según Alidosi había, en 1371, 13 hilaturas de seda, propiedad municipal, arrendadas a fabricantes. La máquina antes citada fué muy famosa. De ella nos habla J. J. Becher [2]. "Se ha inventado en Bolonia, en Italia, un aparato de hilar, que devana y tuerce la seda; pero es muy grande, costoso y de difícil manejo, y tiene muchísimas partes, dientes y ruedas, y se descompone a menudo. Los italianos le conceden, sin embargo, mucho valor, y guardan su secreto con pena de la vida. En Munich he visto una máquina imitación de la de Italia. Pero que no es muy estimada por su gran costo y complicado mecanismo".

Estas palabras hacen dudoso que la hilatura mecánica de seda tuviese aceptación fuera de Italia. Probablemente esta industria no comenzó a desarrollarse en los demás países hasta el siglo XVII, utilizando el invento del susodicho Becher. Éste nos refiere que su máquina se aplicó en una fábrica construída por la ciudad de Harlem con ese fin. La fábrica en cuestión tenía una longitud de 300 pies, costando la instalación 40.000 florines. En 1676, Becher hizo un viaje a los Países Bajos. Desde 1680 sabemos de grandes "fábricas de seda" que se instalan en Utrecht y proporcionan trabajo a 500 operarios; es posible que fueran de hilado. Por lo demás, el invento de Becher era un restablecimiento del sistema de manufacturas, pues es descrito como "una máquina sin complicaciones y fácil de mover, de manera que un hombre puede devanar mil hilos; en cambio, la máquina

[1] A. Alidosi: *Instruzione delle cose notabile di Bologna*, 1621, 37.

[2] *Naerrische Weisheit*, 1686.

de Bolonia necesita para su funcionamiento la fuerza del agua".

A partir del siglo XIV se establecen, pues, en Italia grandes hilaturas de seda; y desde el siglo XVII, en los países septentrionales. En Inglaterra son denominadas *Silk-Mills* (molinos de seda. ¿Se moverían también por agua?). Defoe, en sus correrías, encuentra un "molino de seda" en Sheffield, imitado del de Stockport. Tiene una altura de 5 pisos, 90 yardas de longitud y da trabajo a 200 obreros.

b) *Industria de los encajes.* — Esta industria de lujo ha tenido gran importancia en algunos países y regiones. En 1669 había en Francia 17.300 obreros y obreras en este ramo. En el reino de Sajonia, siglo XVIII, vivían poblaciones enteras de los encajes. Ha sido una verdadera fortuna que, en 18 de junio de 1775, el administrador público C. L. Ziegler, natural de Hannover, saliese de viaje desde Chemnitz a Zwoenitz, para ir a Schneeberg, y que dirigiese una carta, comunicando sus impresiones de viaje a su amigo el profesor de economía en Gotinga, J. Beckmann. Así tenemos idea de la importancia de la industria encajera en Sajonia, pues "no había casa en que no se dedicasen al encaje todas las mujeres que en ella moraban". Y añade que hasta los niños y niñas de corta edad hacen bolillos por juego, fabricándose unos cuantos palillos y todo lo necesario.

Estos encajes de bolillos quizá no fueran ya en el siglo XVIII un artículo de lujo ,propio de la gente rica. Pero lo eran, sin duda, los de aguja, hechos en Brabante y, desde Colbert, también en Francia. La organización sigue siendo la misma. Los operarios son utilizados por los comerciantes, "a quienes en Sajonia se llama "señores encajeros", bajo los cuales, a veces (en Francia), trabajaban capatazas, cada una de las cuales dirige una sección de cuatro o cinco mujeres. Esta industria de encajes adopta en su organización otras formas especiales que no conozco en ninguna otra industria. Vemos constituirse en Francia centros de

enseñanza de estas labores, verdaderos internados, donde viven y comen las que desean adquirir esos conocimientos. Acerca de estos establecimientos poseemos disposiciones oficiales.

He aquí algunos datos que se refieren a la instalación de una "manufactura de encajes" en Saint Denis, por cierto Clément de Gufreville, año 1669. Es el presupuesto de gastos:

Hebras, 6.000 libras; 20 camas para las maestras, 1.000; 200 camas para las aprendizas y operarias, 6.000; 400 juegos de cama, 1.600; 40 ídem, íd. para las maestras, 400; servicio de mesa, 500; manteles, servilletas, etc., 500; retribución de las maestras, a 200, 4.000; manutención de las aprendizas, a 100, 20.000. Total: 96.300 libras.

c) *Fabricación de espejos.* — Se explota esta industria en gran escala, con grandes capitales. En 1704, compiten en Francia dos sociedades, la de Dombres y la de Saint Gobain, Tour la Ville y París. Esta última fué comprada dos años antes, en 990.000 libras, por un rico negociante de París, Antoine Dagincourt. La manufactura de espejos del Faubourg Saint-Antoine tenía 500 operarios. Mercier nos describe la instalación de este establecimiento, en cuyo departamento central trabajaban 400 obreros.

d) *Industrias de la porcelana.* — Esta es la industria de lujo por excelencia durante el siglo XVIII. La encontramos establecida, con organización más o menos dependiente del Estado, en las ciudades siguientes: Meissen, año 1709; Viena, 1718; Hoechst, 1720; Vincennes, 1740; Sevres, 1756; Capo di Monte, próximo a Nápoles, 1743; Fürstenberg, 1744; Berlín, 1750; Frankenthal, 1755; Nymphenburg y Ludwigsburg, 1758; Copenhague, 1772. Además, había un sinnúmero de empresas particulares. Las fábricas de porcelanas llegan a dimensiones extraordinarias, que por entonces contaban entre las mayores. Ya en 1798, la fábrica de porcelana de Berlín emplea a 400 operarios. El personal de la manufac-

tura de Meissen, tiene el aumento siguiente: año 1719, 26 obreros; 1730, 49; 1740, 218; 1745, 337; 1750, 378.

e) *Industrias varias.* — Para no fatigar demasiado al lector, renunciaremos a entrar en pormenores acerca de otras varias industrias puras de lujo que en el curso del siglo XVIII no haya adoptado —y a veces en gran proporción— la forma del capitalismo, cuando no ha sido establecida desde luego sobre base de gran explotación capitalista. Tal acontece con la industria del cristal (desde Murano), y con la del azúcar. En el siglo XVIII, Cambden exige un capital de 1.000 a 5.000 libras esterlinas para los "azucareros" en Londres. Otro tanto sucede en la orfebrería y demás trabajos en oro. Francois Thomas Germain, el famoso orífice, que en 1748 sucede a su padre en el Louvre, maneja un capital de 3.000.000 de francos y hace una quiebra de 2.400.000 francos. Un orfebre londinense necesita un capital de 500 a 3.000 libras esterlinas como mínimun. En Berlín, en el siglo XVIII, las manufacturas de artículos de oro y plata constituyen la explotación más importante, llevándose a cabo variadísimos trabajos, galones, bandas, borlones, etc.; estos ramos de industria daban ocupación a 813 operarios en el año 1784; a 1.013, en 1799; a 1.151, en 1801. En 1774 estableció un francés una manufactura de bordados en Berlín; trabajaban en ella 77 operarios, que hacían "ricas labores en seda, para adorno de damas y caballeros". La fabricación de flores artificiales tiene asimismo importancia. La primera fábrica de esta clase fué fundada en Berlín en el año 1776; y ocho años más tarde, o sea en 1784, dicha fábrica produjo artículos por valor de 24.000 táleros, dando trabajo a 140 operarias.

3. *Industrias de caráuter mixto.* — En todas partes observamos que las industrias de lujo están dominadas por el capitalismo, y a veces en gran escala, al mismo tiempo que siguen existiendo los antiguos oficios manuales. Ahora bien,

la compenetración entre las industrias suntuarias y el capitalismo, la influencia que el desenvolvimiento del lujo ha tenido sobre el capitalismo, podremos comprenderla perfectamente examinando las industrias de lujo que se han formado por diferenciación, dentro de los antiguos oficios manuales. Y vemos entonces —este conocimiento es el más importante para la historia de la economía— que las partes de los oficios manuales que asumen la forma del capitalismo, comprenden siempre las actividades que producen para las necesidades del lujo. La mayoría de los oficios verifican, durante la época del capitalismo primitivo, un proceso de diferenciación que consiste en que el trabajo artístico, cualificado, se separa del corriente, burdo, y se hace independiente en industrias propias que toman un carácter capitalista, mientras que el trabajo corriente y burdo, sigue, durante mucho tiempo, en la forma del oficio manual, hasta que —en nuestros días— verifica también la transformación capitalista. El oficio por una parte y la industria del lujo por otra, llegan a ser conceptos contrapuestos aun en la conciencia de los contemporáneos, como lo demuestra claramente un pasaje muy hermoso y característico de Mercier: "Los artesanos parecen los individuos más felices. Sacando provecho de su industria y destreza, permanecen en su sitio, cosa tan prudente como rara. Sin ambición y sin vanidad, no trabajan más que para su mantenimiento y diversión, son honrados y civiles en todo el mundo, porque de todo el mundo necesitan. La vida de los artesanos es arreglada. Dijérase que, entregados a ocupaciones más útiles que las artes de lujo, reciben como recompensa la calma de la conciencia y la tranquilidad de la vida. Un carpintero tiene un aire de probidad que no tiene el pintor de esmalte".

Llamaremos "mixtas" a estas industrias, por oposición a las industrias *puras* de lujo; producen no sólo objetos finos, sino también objetos de fabricación más burda y gran des-

pacho. En la imposibilidad de examinar todas las industrias mixtas, comprobaré, en las más importantes, la exactitud de mis puntos de vista.

a) *Industria de la lana.* — No hace falta decir que esta industria y la de la seda son las principales durante la primitiva época del capitalismo. Esta industria lanera proporcionaba tejidos a los pobres y a los ricos, naturalmente. Pero siempre que tropezamos con una industria lanera "floreciente", orgullo de las naciones y ciudades que enriquece, es una industria que fabrica finos y costosos tejidos, mereciendo llamarse de lujo, y que está organizada en régimen capitalista (hasta que el aprovisionamiento de los ejércitos crea una industria textil capitalista para objetos en masa). O dicho de otro modo: la industria lanera, cuando participa en la formación del moderno capitalismo, es siempre una industria de lujo.

Tal vez haya sido la fabricación de tejidos de lana en Florencia la primera industria constituída en grande sobre base capitalista. Y sabido es que el brillo y pujanza de Florencia fué debido, además de los puros negocios financieros, a las industrias de lana y seda. Las notables investigaciones de Alfredo Doren[1], han puesto fuera de duda que estas industrias asumieron muy pronto el régimen del capitalismo, probablemente a partir del siglo XIII. Ya el primer Estatuto gremial de Calimala (130), indica que estaba arraigado el trabajo a domicilio. Pero es seguro que también eran industrias de lujo en el sentido estricto. La historia del gremio de la Calimala (que, como es sabido, hacía una labor de mejoramiento y refinamiento del artículo) resulta obscura. Pero es seguro que el comercio florentino no alcanzó su florecimiento pleno hasta que se consiguió por métodos de mejoramiento (colorido y apres-

[1] *Die florentiner Wollentuchindustrie*, 1901, 23.

to), refinar los productos bastos del Norte para servir las necesidades del lujo creciente en los pueblos de Oriente y Occidente. Conocíanse las demandas y necesidades de los musulmanes; habíanse importado los finísimos paños del Sultanato de Algarva y se fueron conociendo los secretos de aquella fabricación de lujo, superior técnicamente a la europea; aprendióse a dar al paño burdo del Norte el fino esmalte, los colores brillantes que distinguen desde ese momento la fabricación florentina. *Piu panni a piu fini sanno fare in Firenze che in alcuno altro luogo*, escribe Goro Dati a mediados del siglo XV.

De esta suerte, la industria lanera de Florencia logra superar a la de otros países y ciudades, por su calidad. Dentro de la propia Florencia, se distinguían los paños bastos y los finos; existían los dos ramos de producción en el siglo XIV, establecidos en barrios distintos, barrio de Garbo y de San Martino. Pero es interesante observar que en Garbo, donde se producía la industria más burda y en masa, vivían los pequeños maestros, más interesados en la explotación de oficio manual y en el gremio, mientras que en San Martino estaba la industria propiamente de lujo, con organización capitalista. Esto al menos deduzco yo de la polémica que sostenían continuamente Garbo y San Martino.

Poco sabemos de la industria lanera en España. Las referencias corrientes dicen que "floreció" en el siglo XVI. Pero podemos hacernos una idea de su organización sabiendo: 1º, que era una industria de lujo (en cuanto que "florecía"), y 2º que estaba organizada en base capitalista (en cuanto que producía artículos de lujo). Guicciardini [1], nos refiere "que hay ya sitios en España donde se fabrican paños en oro, como Valencia, Toledo, Sevilla". Y en el

[1] *Opere*, 6, 275-76, citado por K. Haebler, *Die wirtschaftliche Blüte Spaniens*, 1888, 47.

relato de cierta solemnidad que tuvo lugar en Segovia, en el siglo XVI, se encuentra el siguiente pasaje instructivo: "Venían en segundo lugar los industriales de lanas y los fabricantes de paños, a quienes el pueblo llama comerciantes, sin razón. Todos estos vienen a ser unos verdaderos padres de familia, que sustentan multitud de obreros dentro y fuera de sus casas. "Muchos utilizan hasta 200 obreros, otros 300, etc., fabricando grandes cantidades de los mejores paños" [1].

Durante el siglo XVII la industria de pañería fina se desarrolla notablemente en Francia, en Rouen y sus inmediaciones, en Sedan, Elboeuf y Reims. Y aquí es también donde la organización capitalística alcanza más desenvolvimiento durante los siglos XVII y XVIII. Es cierto que las manufacturas de Sedan no vienen a ser más que centros de producción media; hay cuatro *estrepreneurs de fabrique* con privilegio, de los cuales dos poseen 104 telares; uno, 65, y el otro, 50. Hay, además, 24 industriales sin privilegio; uno de ellos con más de 40 telares, cuatro con más de 30, etc. Pero pienso, sobre todo, en los *Etablissements* de los hermanos Robais, magníficas explotaciones, desarrolladas en grande. Conocemos en detalle la organización de estos establecimientos por estadísticas exactas. Vemos cómo la lana pasa por 22 operaciones, hasta dar el artículo terminado, y encontramos 1.692 operarios en un solo establecimiento. De ellos, 822 hilanderas y 200 tejedores, que trabajan en 100 telares. Se trata de una industria de lujo. Al lado de ella existen oficios manuales para el tejido de lana más basto.

La industria de lana más famosa en el siglo XVIII, fué la de Inglaterra. "Ella es la base de la prosperidad del país", dice Jos. Child. En 1738 había en Inglaterra millón

[1] Colmenares: *Historia de la insigne ciudad de Segovia*, citado por J. M. Bonn: *Spaniens Niedergang*, 1896, 120.

y medio de personas ocupadas en la elaboración de lanas. Esta cifra, naturalmente, no es exacta. Pero puede afirmarse que los artículos de lana exportados en 1700 tenían un valor de tres millones de libras esterlinas, valor que en 1815 se eleva a 9.381.426.

Entre estos paños, los hay bastos y finos. Seguramente que la industria lanera en Inglaterra no era, en conjunto, de lujo. Sobre todo, en época posterior, cuando América llega a ser fuerte consumidora de paño inglés —de los nueve millones de libras de 1815, cuatro millones van a los Estados Unidos—, quizás predominase la fabricación de paño burdo para los burgueses y la masa. Pero, sin embargo, la andustria lanera era *también* una industria de lujo en gran medida. Los finos paños ingleses, así como los tejidos de fantasía, eran, en el siglo XVIII, muy codiciados por los ricos. La sociedad más distinguida en el Norte de Alemania, Polonia y Rusia, usaba tejidos de lana ingleses. En estos dos últimos años (dice, en 1745, el *Complete English Tradesman)* se han convertido al paño inglés hasta los Zares mismos, y su Corte y nobleza y todas las personas distinguidas, desde Petersburgo y Moscú hasta Astrakán.

Ahora bien, la diferencia entre la fabricación ordinaria y la fina, ¿adopta formas económicas distintas en la Gran Bretaña? Hasta ahora, que yo sepa, no se ha tratado esta cuestión, aunque, a mi juicio, es de las más importantes en todo este problema. Tomando por base los datos existentes, me atrevo a darle una contestación afirmativa, si bien con toda clase de reservas. He aquí los hechos que sirven de fundamento a nuestra opinión. A fines de la primitiva época capitalista, existían, como es sabido, a un mismo tiempo, dos sistemas distintos, de organización en la industria lanera inglesa: el sistema capitalista a domicilio y el oficio manual. El primero, denominado también sistema de la Inglaterra occidental, predominaba

en el Occidente de este país, así como en grandes zonas de la fabricación oriental, en Norfolck, etc., y en el Mediodía. Pero el oficio manual permanecía intacto en el Norte, en Yorkshire. Las dos zonas se diferencian como zonas de la lana cardada y de la lana peinada. Con la lana peinada se hacían los finos paños, franelas. ¿No serían, pues, los artículos de mayor valor los de lujo, los que vendrían de la zona de organización capitalista, mientras que la producción basta y ordinaria quedaba adscrita a los oficios manuales?

Debemos recordar que la industria textil organizada en manufacturas era evidentemente una gran industria de lujo. De ella se dice en la descripción de las instalaciones de Jack de Newbury: que en una sala grande y ancha había doscientos telares. Los artículos que fabricaban el mencionado Jack Newbury y John Winchcombes tenían fama en toda Europa. En la zona occidental de Inglaterra —ya organizada en forma capitalista— hallamos importantísimos centros textiles, como Newbury, el convento Malmesbury (un rico fabricante de paños, llamado Stump, tomó en arriendo dicho convento para instalar en él sus telares); Cirencester, donde fué instalado un importante batán; la abadía de Osney, cerca de Oxford, que el referido Stump quiso también tomar en arriendo. Tenemos noticias, asimismo, de que en Norwich, en el siglo XVI, ricos industriales se dedicaron en gran escala a la fabricación de ciertos tejidos que hasta entonces se habían importado de Italia como de lujo.

b) *Industria del lienzo.* — Es un problema todavía. No cabe duda de que en Silesia, Westfalia, Irlanda, era, en gran parte, industria de lujo. Proporcionaba a los elegantes londinenses del siglo XVIII las preciosas camisas a 10 ó 12 chelines vara; suministraba también las ricas batistas y gasas, la magnífica ropa de mesa que admiramos en nues-

tros museos. Pero, asimismo, fabricaba multitud de piezas para el vestido de los negros esclavos. Irlanda, sobre todo, hacía mucho lienzo barato. Baste decir que el lino premiado por el *Linnen Board of Ireland*, en el año 1747, costaba de 6 a 10 dins. la yarda. Pero no puedo decir qué relación hubiera entre la calidad del producto y el régimen de producción. Sabemos que, a fines del siglo XVIII, en las grandes industrias exportadoras, coexistían el oficio manual y la industria a domicilio; pero ignoramos cómo se repartían entre ellas los artículos baratos y los de lujo. La importancia del tema merecería un estudio especial, como tesis doctoral.

c) *Industrial de sastería.* — Durante el siglo XVIII, del oficio de sastre se destacan algunas explotaciones que se transforman en empresas capitalistas; son justamente las que tienen carácter de lujo, las que realizan trabajos para la clientela distinguida y de posición. Es extraño que la sastrería de lujo de caballeros haya sido la primera en dedicarse a la ropa hecha y, por lo tanto, organizarse en forma capitalista. Hoy ya esto no se usa; pero en el siglo XVIII, la adquisición de trajes hechos, de lujo, no estaba mal vista. Se encuentra en el siglo XVIII la industria de confección de prendas de lujo, tanto en Inglaterra como en Francia. He aquí un pasaje de un escrito de la Cámara General de Comercio: "En la actualidad vienen más prendas que las que en Alemania se necesitan, al comercio público, en el cual no sólo muchos señores alemanes envían su dinero a Francia para tener ricos trajes, sino que los franceses mismos envían a nuestros mercados cajones enteros llenos de trajes".

Otra demostración en cierto anuncio que hizo insertar el 4 de abril de 1770 en *Affiches, Annonces et Avis Divers* un individuo llamado Dartigalongue. Dice así: "El señor Dartigalongue, maestro sastre en París, ha establecido

un almacén de trajes nuevos, hechos, de todas clases y tamaños y muy de moda. A las personas que no quieran los trajes del almacén, puede servirlas casi al instante, por la gran cantidad de obreros que tiene empleados. Hace libreas muy económicas. Envía ropa a provincias y al extranjero; pero las personas que le escriban, tengan la bondad de franquear sus cartas". El estilo del anuncio no deja duda de que se trata de clientela "selecta". También las libreas eran en aquel tiempo un artículo de lujo. A Franklin, que es quien ha desenterrado este anuncio [1], opina que el tal Dartigalongue fué el primero que hizo este negocio de las confecciones. Pero se equivoca, a no ser que entienda que fué el primero cuyo nombre nos es conocido. El hecho de la confección de trajes está fuera de duda para época muy anterior. La noticia de la Cámara de Comercio es de antes de 1741.

Ya en el siglo XVII encontramos en Londres a sastres establecidos en los barrios más distinguidos de Londres, vendiendo ropas hechas. Esta costumbre debió hacerse a mediados del siglo, tal vez en esa agitada época en que hemos visto a los sederos, como "enjambres de abejas", trasladarse de un sitio a otro de la ciudad. En un escrito de 1681 se contienen quejas contra esta innovación: "todavía recuerdan muchos la época en que no había en Londres ningún establecimiento de ropas hechas". Los sastres con clientela fija se oponen a los vendedores distinguidos, conceden largos créditos a sus clientela aristocrática (¡luego venden trajes de lujo!) y ocupan en sus talleres a docenas de operarios.

Pero el campo en que se desarrolló mejor la sastrería sobre base capitalista fué —como hoy— el trabajo fino, a la medida. La descripción que R. Campbell nos hace del negocio de un sastre en Londres, en aquella época, tie-

[1] A. Franklin: *Les magasins de nouveautés*, 1894.

ne perfecta aplicación hoy: clientela con muchas pretenciones, muy aficionada a la pompa; grandes gastos en telas y adornos, que cuestan más que el importe del trabajo; diferenciación del trabajo en corte y costura. El cortador gana mucho; además de los retazos, que aprovecha, y de las propinas que los *gentlemen* le dan al probarse las prendas, tiene una guinea por semana; los buenos cortadores son muy solicitados. Los demás obreros sastres constituyen verdadera legión; están "más pobres que las ratas" y carecen de trabajo durante tres o cuatro meses al año. Son, pues, existencias proletarias. Debemos recordar que la asociación obrera de la sastrería es la primera que se conoce [1].

Las modistas elegantes habían adquirido también gran desenvolvimiento en el siglo XVIII; la ya mencionada modista de María Antonieta hizo quiebra por valor de 3 millones de francos.

d) *Cueros.* — En la zapatería, como en la sastrería, el trabajo fino a la medida llegó muy pronto a formas superiores de organización. En el siglo XVIII vemos en París el "maestro de almacén", tal como Kanter lo describe en *Breslau* [2]. Trabaja únicamente para clientela distinguida. "Este zapatero lleva casaca negra, peluca empolvada y chaleco de seda; su aspecto es el de un "ujier". Pero toma medida personalmente a la señora condesa. En cambio, sus compañeros de oficio, tienen los dedos sucios de la pez, pelucas deterioradas y ropa interior sucia. Estos industriales trabajan para la clase popular, no calzan los piececitos de las marquesas" [3].

El guarnicionero que hace los arreos y monturas de

[1] Webbs.

[2] H. Kanter. *Die Shuhmacherei in Breslau.* Publicaciones de la *Ver. f. Soz-Pol.* 65, 26.

[3] Mercier: *Tableau de París.*

lujo, es un "verdadero hombre de negocios, importante y útil". Necesita disponer de un capital líquido considerable, pues los materiales que utiliza son caros y la clientela distinguida no se da más prisa para pagarle que a los demás abastecedores. En el siglo XVIII, este ramo de la guarnicionería se encuentra en el tránsito hacia la manufactura. Da trabajo a numerosos operarios; pero éstos todavía se hallan en situación de "independencia".

A comienzos del siglo XVIII, hay en Francia diversas manufacturas de *curtidores,* establecidos sobre base capitalista, trabajando distintas clases de cueros: el húngaro, cabritilla inglesa, tafilete, búfalo, gamuza [1]. Y lo mismo sucede en Berlín (siglo XVIII). "La fabricación de cueros finos, como tafilete, cordobán, cuero danés, fué introducida en Berlín, hacia mediados del siglo XVIII, por emigrantes franceses; se establecieron con este motivo *grandes centros,* y, más tarde, esta fabricación dió lugar a la de guantes" [2].

e) *Sombrerería.* — "El sombrero es necesario a todo varón, desde el regente hasta el campesino. El sombrero es, pues, oficio indispensable en un Estado. Pero como la mayoría de los sombrereros, sobre todo en las pequeñas poblaciones, no fabrican más que sombreros malos para la clase baja, sombreros que las personas distinguidas, altos funcionarios, gentes ricas, rechazan, prefiriendo sombreros finos y elegantes, es claro que debemos procurar que estos sombreros finos se hagan también en el país" [3]. De esta manera se llegó al establecimiento de manufacturas de sombreros finos. En Francia encontramos los primeros establecimientos en París, Marsella, Lyon, Rouen, Caudebec, etc. Sabemos de un sombrerero de gran fama, a fines del

[1] Savary: *Dictionnaire du commerce,* 2, 631.

[2] O. Wiedfeldt: *Berliner Ind.,* 364.

[3] Bergius: *Cam. Magaz.,* 3, 236.

siglo XVII, que tenía en sus talleres de Rouen 19 oficiales; con 12 de éstos marchó después a Rotterdam. Más tarde, hubo también fábricas de sombreros en Inglaterra, donde se confeccionaron los capelos cardenalicios, que costaban de 5 a 6 guineas pieza. A Inglaterra sucedió Alemania: Berlín, Erlanger, etc. Hasta fines del siglo XVIII, la manufactura en Berlín, tiene, generalmente, carácter de oficio manual, fabricándose el artículo de baja calidad hasta mediados del siglo XIX. Pero en 1782 se abre una fábrica en la que hay 37 operarios y que fabrica por 21.800 táleros de sombreros "de la mejor calidad", mientras que en dicho año el gremio de sombrerería, compuesto de 133 individuos, no fabricó más que por 45.240 táleros de sombreros.

f) *Industria de la construcción.* — La construcción de los grandes palacios e iglesias, durante el período de los Papas del Renacimiento, se lleva a cabo bajo el régimen del capitalismo. Así, por ejemplo, Beltrano di Martino, De Varese, constructor bajo Nicolás V, hacía trabajar a un ejército de obreros y poseía en Roma grandes tejares y hornos de cal; sus créditos anuales sobre la caja pontificia llegaban a 30.000 ducados. Tal abundancia de obras podía tener un contratista, que le fuera imposible vigilar personalmente los trabajos, designando entonces personas que le representasen (sobrestantes). Según los cálculos de Filarete, cada uno de estos jefes o encargados tenía a sus órdenes 85 albañiles[1]. No debemos, pues, extrañarnos de que en el siglo XVII las construcciones de los palacios del monarca francés corrieran a cargo de contratistas bien provistos de capitales. En otro lugar de este libro hemos reproducido las cuentas de las construcciones, cuentas que ahora revelan su valor para nuestro problema, permitiéndonos perseguir los diferentes partícipes en la construcción

[1] E. Müntz: *Les arts et la cocer des papes,* 1, 104.

y determinar exactamente las partes de cada uno; de esta manera, se infiere fácilmente la amplitud de su negocio y su evolución en el curso de varios años. El cuadro que entonces se obtiene de la construcción a fines del siglo XVII y principios del XVIII; es el siguiente: La albañilería y la carpintería (claro que tratándose de grandes edificios) viven sobre base capitalista. Podemos observar en ambos oficios siempre las mismas firmas, llamadas expresamente *"entrepreneurs du bastiment neuf du Louvre"* y *"entrepreneurs des ouvrages de charpenterie du bastiment du Louvre"*. En 1664, los grandes contratistas de construcción son Jacques Maziéres y Pierre Bergeron, que reciben en un año 864.330 libras; y en el otro 610.600 por trabajos en el Louvre, y 200.965 por trabajos en Versalles. Otros grandes contratistas son Poncelet Cliquin y Paul Charpentier, que cobran 100 a 150.000 libras, y más tarde, otra media docena de nuevos contratistas.

A estos dos ramos principales de la construcción se agregan pronto la tejería y ladrillería, que pronto adquieren importancia en el sentido del capitalismo. Siguiendo la actividad de cierto Ch. Yvon, encontramos que realiza trabajos en el Louvre, Saint-Germain y Versalles, por los que se le abonan 49.900 libras. Del mismo calibre es la sociedad Jean Pillart y Claude Fresneau, que se intitulan *Maistres couvreurs, "entrepreneurs" des ouvrages de couverture et plomberie.*

Los demás ramos de la construcción (ebanistería, cerrajería, cristalería, etc.), hallábanse en los comienzos de este período constituídos aún en oficios manuales. Hay maestros de cierta posición que tienen en sus talleres media docena de oficiales y aprendices. Con frecuencia vemos a diez o veinte de esos maestros tomar parte en los trabajos complementarios de la construcción, ascendiendo el importe de las facturas a un par de miles de libras al año (las de los ebanistas llegan a importar anualmente unas 20.700 libras),

a no ser que admitamos que los cuatro ebanistas que en 1666 recibieron 63.000 libras, y los otros cuatro que percibieron 59.000 y 16.317 libras formasen una sociedad. En cambio, algunos años más tarde, dos cerrajeros se constituyen en pequeña empresa de tipo capitalista. Dijérase que desde la mitad del siglo XVII hasta comienzos del XVIII —bajo la influencia de la fuerte actividad constructiva del rey y los nobles— se verificó una concentración; en 1715 el cerrajero Francois Caffin ejecuta trabajos por valor de 51.578 libras, cifra que implica un taller con 12 a 15 oficiales, aun cuando los trabajos de la citada factura fuesen los únicos realizados.

El cuadro que Mercier esboza de la organización del ramo de construcción en París, a fines del siglo XVIII, tiene un aspecto netamente capitalista, tratándose de las manificas edificaciones de lujo. Mercier no indica de un modo expreso que esos grandes contratistas se dediquen a los edificios de lujo; pero por relatos anteriores de este mismo autor, sabemos hasta qué punto la historia de la construcción en París en aquella época está dominada por los edificios lujosos de los grandes financieros.

g) *La carretería.* — Durante el primitivo período del capitalismo, asócianse los trabajos de ebanistería y guarnicionería, dando lugar a una nueva industria suntuaria con base capitalística: la fabricación de carruajes. Esta industria, a mediados del siglo XVIII, ha recorrido la mitad del camino hacia su conversión en manufactura completa. Alcanza su mayor esplendor en Londres, donde, en propios talleres, realiza los trabajos de construcción de la caja, de forrado y cueros, de preparación de los asientos, mullidos, etc., etc.; y fuera del propio taller, proporciona trabajo a tallistas, carpinteros, carreteros, herradores, guarnicioneros, etc. Pero aun en esta forma incompleta, la carretería necesita ya un considerable capital, sobre todo porque así

lo requieren los largos plazos de pago que han de concederse a la clientela distinguida, pues los constructores de carruajes han de habérselas, sobre todo, con gente noble, que son muy malos pagadores..., cuando pagan.

La fabricación de coches toma por entonces grandes vuelos en Inglaterra, pues la nobleza de entonces se aficiona a conducir. En la generación anterior, no había en Londres más que un par de docenas de fabricantes de coches (unos diez en la City y otros tantos en los distritos); pero ahora —dice el *Complete English Tradesman*— los constructores de coches han formado una sociedad cuyos miembros ocupan largos trechos de la calle.

b) *La ebanistería*, desde que comienza a fabricar artículos de lujo, tiende a rebasar el marco del oficio manual. Po esta razón, desde muy pronto —por ejemplo, en Augsburg en el siglo XVI— encontramos cierta contraposición entre la ebanistería de lujo, que realiza un trabajo distinguido, y la del oficio vulgar. Los maestros de oficio vulgar tenían regularmente uno o —desde 1549— dos oficiales. En cambio, cuando el maestro hacía trabajo distinguido, solicitaba dispensa de esta limitación.

En el siglo XVII, la ebanistería de lujo se desarrolla en grande, si bien en un principio no en forma capitalista, sino fomentada por los reyes, por el Estado. Ejemplar para toda clase de construcción de muebles, hasta los talleres de nuestra época, ha sido la *Manufacture royale des Gobelins*, elevada a su máximo florecimiento por Colbert [1]. En ella eran fabricadas todas las cosas para ornato de los palacios reales, no sólo riquísimos muebles de ébano, maderas de colores con tallas e incrustaciones, sino también colgaduras, tapices, arañas, candelabros en bronce y cristal, vajillas y objetos de oro y planta, guarnecidos con piedras preciosas, etc., etc.

[1] Descripción exacta y minuciosa en Levasseur, 2, 242.

No es aquí el lugar de exponer cómo en estos talleres y bajo la dirección de notabilísimos artistas (durante muchos años fué director Lebrun; pintores, Baudron Yvard, Van de Meulen, Baptiste Monnoyer; escultores, los hermanos Anguier, Coysevox, Tuby; dibujantes y grabadores, Audran, Rousselet, Leclerc) con un enorme personal obrero (en el departamento de tapices trabajaban 250 personas) se hicieron las maravillosas obras del estilo Luis XIV. La historia de la organización de las artes industriales sería un tema fecundo para buenos talentos. Bastará decir que aquí uno de los mayores consumos de lujo ha producido una de las mayores revoluciones en las organizaciones industriales, contribuyendo poderosamente al desenvolvimiento del moderno capitalismo. Pues según el modelo de la *Manufacture royale des Gobelins,* fundáronse ebanisterías de tipo capitalista allí donde había gran consumo de muebles de lujo. En la misma Francia, Charles Boule, el famoso contratista, dió el primer ejemplo de una manufactura completa de muebles artísticos. Boule, que en unión de sus cuatro hijos organizó el trabajo, produjo al principio sólo para la corte; pero muy pronto surtió también a la sociedad más distinguida de toda clase de muebles en bronce y en madera, cajas para relojes, *bureaux,* cómodas, armarios, cofres, veladores, etc. Boule estuvo de moda durante la época de 1672 a 1732. En 1720 (época del vértigo producido por las riquezas del mar del Sur) tuvo encargos por valor de 80.000 libras. Sus talleres estaban instalados en el Louvre. También en grande trabajaban los famosos ebanistas ingleses Sheraton y Chipendale. En Alemania, durante el siglo XVIII, hallamos establecida bajo régimen capitalista la ebanistería de lujo, y sólo ésta, pues la ordinaria no pierde su carácter de oficio manual hasta muy avanzado el siglo XIX. Una de las ebanisterías capitalistas primeras fué en Alemania la de Maguncia, en relación con la afición de los príncipes electores al lujo y boato.

Y así también se verifica la evolución en muchos otros oficios. A fines del siglo XVIII, la *pasamanería* de Berlín constituye una manufactura floreciente; 259 maestros ocupan a 248 oficiales y 170 aprendices. "En cambio, el trabajo rico con hilos de oro y plata era fabricado por la manufactura de oro y plata, que daba trabajo a domicilio a los pasamaneros" [1].

La *pomada* corriente era preparada por los peluqueros mismos en el siglo XVIII. En cambio, se establecieron dos fábricas de aceites y de pomada para "hacer crecer el cabello".

Los *jaboneros* vivían tranquilos y dichosos, hasta que un buen día se inventó el jabón de lujo. "Con la aparición del jabón de lujo se inicia el sistema de la fábrica". En el siglo XVIII se distinguen perfectamente los campos del oficio manual y la empresa capitalista; aquél fabrica el jabón corriente; ésta, el jabón de lujo, como el marsellés. En la misma Marsella, gran centro de jabonería fina, funcionan, en 1760, 38 fábricas con 170 calderas y 1.000 operarios. La industria que fabrica en Londres el elegante Soap-Boiler, necesita un capital inicial de 2.000 a 3.000 libras.

Pero bastan estos ejemplos. Para poner término a estas consideraciones, volvamos sobre los fundamentos que han conducido a este uniforme desarrollo de la producción industrial.

4. *Los efectos revolucionarios del lujo.* — ¿Qué es lo que antes de la técnica ha empujado la industria hacia el capitalismo? ¿Cuál es la razón de que en ciertas industrias perdure el oficio manual y en otras se establezca una organización capitalista?

Los representantes de la opinión más generalizada sos-

[1] O. Wiedfeldt, pág. 188.

tienen que la dilatación geográfica del mercado es causa de que el capitalismo gane fuerza sobre el trabajo del oficio manual. Ya la hemos expuesto anteriormente. Pero, frente a esta opinión, decimos que es mucho mayor la influencia que la formación de un gran consumo de lujo ha ejercido sobre la organización de la producción industrial. El lujo es el que —en muchos, no en todos los casos— abre las puertas al capitalismo. Todo cuanto llevamos expuesto, demuestra la exactitud de nuestra tesis.

Podrá objetárseme que si tan pronto aceptan el régimen capitalista esas industrias, que hemos calificado justamente de industrias de lujo, no es por su carácter suntuario, sino porque son industrias de explotación. Todas, en efecto, tienen esta cualidad.

A esta objeción se opone: 1º, que no son industrias de exportación todas las industrias de lujo que aceptan el régimen capitalista. Recuerdo las manufacturas de muebles, carruajes, tapices, sastrería fina, zapatería, etc. Todas estas industrias tienen carácter "local", y la mayoría de ellas producen para una clientela determinada. 2º, que no todas las industrias de exportación son capitalistas. Durante la Edad Media ha habido muchos oficios con mercado interlocal e internacional. Y estos oficios de exportación se han conservado hasta la Edad Moderna. En los comienzos del siglo XIX, los tejedores de lana en Yorkshire y de lino en Silesia, aunque trabajan para el mercado mundial, siguen organizados en oficios manuales. No puede ser, pues, la dilatación geográfica del mercado la causa decisiva que hace surgir el capitalismo en otras industrias.

Mi tesis es que la causa decisiva está en la extensión del consumo de lujo, y que, por tanto, las industrias citadas ingresan en el capitalismo porque son industrias de lujo. Y la defiendo del siguiente modo. Las causas que hacen que las industrias de lujo sean las más susceptibles de organización capitalista, son:

Primera causa: la naturaleza del proceso de la producción. El artículo de lujo requiere, casi siempre, una primera materia de alto valor que, con frecuencia, tiene que venir de países lejanos. Esto da una ventaja al mercader rico y previsor. Si las "filaresses" de París hilan por salario, ya en el siglo XIII, la seda para un mercero, que la vende en la ciudad, mientras que el lino y la lana siguen, durante siglos, trabajados por los propios aldeanos, ¿qué otra es la causa de esa organización del trabajo a domicilio, sino que sólo el mercero puede entrar en posesión de la seda bruta, materia cara?

Por otra parte, el *procedimiento* con que se produce el objeto de lujo suele ser más costoso que el del artículo corriente. Entonces, pues hoy, naturalmente, no es ya así. Recuérdese la primitiva industria textil de lujo (con las dificultades de colorido y apresto), la fabricación del cristal y la porcelana, la de tapices o tejidos, la de espejos, en suma, los procesos complicados de las industrias de lujo. Una vez más, por lo tanto, ventaja para el empresario que dispone de capital. Pero la fabricación de los objetos de lujo, no es sólo más cara, sino también más artística, más complicada, supone más conocimientos, más visión de conjunto, más disposiciones nativas. Esto hace que los más capaces, o, en este sentido, los mejores, se destaquen de la masa y ocupen las posiciones de los nuevos sujetos económicos, principalmente destinados a la dirección y organización. Además, las ventajas del objeto de lujo no son generalmente conseguidas hasta que el proceso del trabajo ha llegado a considerable altura, mediante la asociación y especialización.

Si la sastrería a la medida entrega productos de alta calidad, es justamente porque aprovecha el valioso trabajo del cortador de talento, para una gran masa de costureros medianos. Ahora bien, la diferenciación entre los rendimientos de alto valor y los de valor inferior, sólo es po-

sible sobre una amplia base de producción, que sólo crea la organización producida por el sistema del capitalismo.

La *segunda causa*, que hace que las industrias de lujo entren antes que las demás en el régimen capitalista, reside en la naturaleza del despacho. No hemos de insistir sobre la idea ya expuesta de la dejadez y abandono con que en el antiguo régimen hacían sus pagos los señores y que, ocasionando frecuentes pérdidas al productor de artículos de lujo, hacía necesaria una más amplia base capitalista que la usual. En cambio, me parece importante el hecho de que la venta de los artículos de lujo se halla sujeta a más contingencias que la de los artículos de uso corriente. La historia de todas las industrias de lujo nos enseña lo rápidamente que cambian los caprichos de las gentes ricas, entre las cuales comienzan a dominar la "moda" sobre el gusto, en los primitivos tiempos del capitalismo. Este rápido cambio trae como consecuencia, por una parte, frecuentes excesos de existencias y exige, por otra parte, del productor una gran flexibilidad de espíritu para acomodar su producción a las nuevas exigencias de su clientela. Ahora bien, la organización capitalista es más susceptible que el oficio manual, no sólo de resistir las conyunturas desfavorables, sino de aprovechar íntegramente las favorables.

A estas razones generales, fundadas en la naturaleza misma de las cosas, añádase una *tercera causa* de carácter histórico: que todas las industrias de lujo en los países de Europa, durante la Edad Media, han sido creadas artificialmente o por los príncipes o por extranjeros de espíritu emprendedor. Según demostraré en otro lugar, el extranjero ha desempeñado un importantísimo papel en la génesis de la industria moderna. Desde la *humiliates*, que en Florencia fundaron la pañería, hasta los emigrados franceses, padres de la industria berlinesa, hay una cadena ininterrumpida de transformaciones industriales y de funda-

ciones industriales. Ahora bien, casi siempre, lo que fundan, son industrias de lujo, cuyo desarrollo interesa, sobre todo, a los señores del país.

Ahora bien, todas estas industrias fundadas conscientemente y por extranjeros, reciben, desde un principio, un sello nacional. Nacen, por lo general, fuera de las antiguas limitaciones gremiales, y muchas veces en oposición a los arraigados intereses de los artesanos del país. Al establecerse estas industrias nuevas, no tienen en cuenta ninguna otra consideración que la utilidad y provecho; por eso constituyen el terreno en el cual puede desenvolverse mejor el nuevo sistema económico superior.

Pero la condición más importante, que había de ser cumplida para que este sistema económico pudiera subsistir, era un despacho adecuado a su esencia. Por eso viene como *última causa* la otra posibilidad de un despacho en masa, como esta posibilidad de un despacho en grandes masas de artículos baratos o de un despacho reducido de objetos compuestos no se produce sino mucho después, resulta que a los fondos que aspiran a establecerse en forma de capitales no les queda otra colocación posible que la fundación de industrias de lujo.

Así, el lujo, hijo, como hemos visto, legítimo del amor ilegítimo, es el generador del capitalismo.

F I N

BIBLIOGRAFÍA

I

PARA EL CAPÍTULO PRIMERO

La historia de la corte es la historia de los Estados. No conozco estudios especiales. Citaré principalmente a Henrich Laube, *Franzoesische Koenigsschloesser* (Castillos reales de Francia), donde el autor expone la historia de toda una época, partiendo de algún castillo famoso. El libro es todo vivo y lleno del más hondo interés, y constituye para Francia el *pendant*, en pequeño, de G. Freytag, *Bilder aus der deutschen Vergangenheit* (Cuadros del pasado de Alemania).

En mi *Modernen Kapitalismus* he intentado describir el origen de la riqueza burguesa.

Sobre las genealogías existe una vasta bibliografía en las obras dedicadas a historiar las familias. Su número es legión, sobre todo para Inglaterra. Las exposiciones más dilatadas son las editadas recientemente por G. E. C., *Complete Baronetage*, 1611-1770, 6 volúmenes, 1901-1909; *Complete Baronetage*, 1611-1770, 6 volúmenes, 1901-1909; *Complete Peerage*, 12 vol., nueva edición, 1910 (omenzada). De obras antiguas citaré tan sólo Arthur Collins, *Peerage of England*, 3 vols. 1735; 9 vols., 1812; ídem, *English Baronetage*, 1727; *Catalogue of Knights from 1660 to 1760 compiled by Francis Townsend*, 1833; *Peerage of England*, 3 vols., 1790; Walkley Thomas, *New Catalogue*, 1652.

Para cuestiones de categoría tenemos: Ch. R. Dodd, *Manuel of Dignities*, etc., 1842. Para los problemas de derecho público: R. Gneist, *Adel und Ritterschaft in England*, 1853, y las obras que este libro cita.

La bibliografía genealógica *francesa* no es tan copiosa; el *Dictionnaire de la noblesse*, de D'Hozier, es la que ofrece más interés. En cambio, hay abundantes monografías de índole histórico-social. No hay país alguno que cuente con obras tan valiosas como las de Normand, Thirion, Bonnafé, a las cuales nos referimos a menudo. Para el estudio de las transformaciones operadas en las clases superiores nos hemos visto obligados a utilizar toda clase de materiales, suministrados por los más diversos campos de la literatura.

II

PARA EL CAPÍTULO SEGUNDO

No tengo noticias de fuentes bibliográficas de positivo valor para la historia de la gran ciudad. Se han escrito acerca de este particular muchísimas obras; pero casi todas ellas se refieren a los aspectos jurídicos y de la construcción. Cuanto exponemos acerca de la formación y naturaleza de la gran ciudad, durante el primitivo período capitalista, procede en su casi totalidad de las primitivas fuentes. En estas ocupan preferente lugar las descripciones de viajes. La obra de Mercier, *Tableau du Paris* (12 tomos, 1781), no tiene quién la iguale. El Londres de los siglos XVII y XVIII puede conocerse con bastante exactitud por las descripciones de Defoe, Richardon, Miege-Bolton, Archenholtz, etc....

La obra de Gothein (*Kulturentwicklung Sud-Italiens*, 1885) nos permite saber lo que fué Nápoles durante el siglo XVI. El perío del siglo XVIII se refleja en la obra: *Essai sur la societé et les moeurs des Italiens*, 1872, *Lettre LV* y sig. El Madrid del siglo XVII lo tenemos descrito en las impresiones de viaje y en las *Memorias* de Madame d'Aulnoy, Vgl, Justi. *Velázquez und sein Zeitalter*.

III

PARA EL CAPÍTULO TERCERO

Fuentes primarias. — Período del Renacimiento: las obras de Cappellanus, Petrarca, Boccaccio, L. Valla, Bembo, Castiglione, Beccadelli, Firenzuola, Aretino, Bellay, Montaigne, Rabelais.

Siglo XVII: la colección *Cabinet satyrique ou recueil parfait des vers piquants et gaillards de ce temps*, París, 1631, y más tarde las obras de Auvray, P. de Brantome y muchísimas más que se encuentran fácilmente en las bibliografías.

Siglo XVIII: Las obras de Restif de la Bretonne, singularmente *Le Palais Royal* (3 tomos, 1790). Nueva edic. en la colección *Les moeurs légeres au XVIII siecle, Introduction et notes par Henri D'Almeras*, y especialmente la copiosísima bibliografía en materia de memorias.

Bibliografía moderna. — Para la Edad Media: A. Schultz, *Das hoefische Leben zur Zeit der Minnesaenger*, 2 tomos, 1889. Para la época del Renacimiento figuran en primer lugar las conocidas obras históricas de Burkhardt, Gregorovio, Grimm y otros, a los que puede agregarse el hermoso libro de Cas. Chledowski: *Rom. Die Menscren der Renaissance*, 1912 (traducción del polaco). Riquísima es la bibliografía moderna en lo que concierne a la vida de las grandes cortesanas del Renacimiento. Citaré: C. Biagi: *Un Etera Romana, Tullia d'Aragona*, 1897; P. L. Bruzzone: *Impera e i suoi ammiratori. Nuova Antología*, 1906, Fasc. 828. Se ha llegado a publicar hasta las cartas de estas damas. L. A. Ferrari: *Lettere dei cortegiano del sec. XVI*, 1884; Lothar Schmidt: *Renaissance Briefe*, o J. (Tomo 9 de la *Kultur*). Para los siglos XVII y XVIII poseemos, además de las obras de historia de la cultura general, las siguientes: Imbert de Saint-Amand: *Femmes de Versailles; Les femmes de la Cour de Luis XVI*, 2 tomos, 1876; Arséne Houssaye: *Galerie du XVII siecle*, 6ª edición; *Deuxieme série: Princesses de comédie et déesses d'opera; Cuatrieme série: Hommes et femmes d'Cour.*, 1858. (Obra importante y llena de ingenio). Theodor Grissinger: *Das Damen-regiment and der verschiedenen Hiefen Europas in den zwei letzvergangenen Jahrhunderten.* Primera serie: *Die grossen franzoesischen Vorbilder*, 2 tomos, 1866-1867; segunda serie; *Versailles in Deutschland (Dresden und Hannover)*, 2 tomos, 1869-1870. (Precioso material, aunque en forma anecdótica y sin indicación de las fuentes de origen). Albert Savine: *La Cour galante de CharlesII*, 1908. (Es un notable trabajo sobre buenas fuentes).

El mundo elegante del teatro nos lo da a conocer muy bien la obra *Souvenirs de Mlle. Duthé, de l'opera*, 1748-1830 (apócrifa). Ha sido nuevamente editada por Paul Ginisty. Lleva una introducción muy interesante.

Interesantísimas resultan también las obras de los hermanos Goncourt: *Portraits intimes du XVIII siecle, nouvelle edition*, 2 tomos, 1873; *Les maitresses de Louis XV*, 1860; *La femme au XVIII*

siecle, 1862; *L'amour au XVIII siecle*, 1875. Encierran preferente interés las obras de estos escritores acerca de Madame de Pompadour y Madame Du Barry. Las grandes *maitresses* de los monarcas han servido de tema a muchísimos libros. Las mejores monografías sobre la Pompadour son las de Capefigue, Campordon y Goncourt. Sobre Madame de Montespan, las de Arséne Houssaye, Clément, Bonnasieux (*La chateau de Clagny et Madame de M.*, 1881). Viceversa, también es interesante lo escrito acerca de los monarcas en particular. Pero esta bibliografía, como la que existe acerca de las cortes, no puede citarse aquí por su extensión. El primer puesto lo ocupa, sin duda, la dilatada de Vehse: *Geschichte der deutschen Hoefe seit der Reformation*, 1851-1858, 48 vols. En lo que respecta a Francia, merece mención especial la obra de Saval. *Les galanteries des rois francais sous plusieurs races*. H. Thirion en su libro publicado en 1895. *La vie privée des financiers au XVIII siecle*, nos describe detalladamente el gobierno de las *maitresses* en el período del *haute finance* de Francia.

También tenemos una bibliografía especial dedicada a la vida de los salones en los distintos países y épocas. Y hasta hay muchos trabajos acerca de la especial psicología del *cocu* (marido burlado), citados en la obra de G. Klemm, *Die Frauen* (2 tomos, 1859), 355. Aquí tienen su lugar la serie de trabajos y publicaciones sobre la historia de la mujer. Tenemos: Conde de Segur, *Les femmes* (3 tomos, 1803); G. Klemm, *Die Frauen, Kulturgeschichtlichen Schilderungen des Zustandes und Einflusses der Frauen in den verschiedenen Zonen und Zeitaltern* (6 tomos, 1859). (De esta obra, lo que más vale es el título; únicamente el tomo II encierra algún interés); H. Scheube, *Die Frauen des achtzehnten Jahrhunderts* (2 tomos, 1876). También las conocidas obras de Scherr, Henne am Rhyn y otros.

Asimismo, hallamos datos en las obras referentes a la "historia de las costumbres". Por ejemplo, los trabajos de R. Gunther, *Kulturgeschichte der Liebe* (1889); de Eduard Fuchs, *Illustrierte Sittengeschichte vom Mittelalter bis zur Gegenwart; Renaissance*, 1909; *Die galante Zeit*, 1910, tiene gran valor por las láminas y grabados (los tomos de suplemento contienen las obscenidades); de E. Duhren, *Sittengeschichte Englands*, 2ª edición, 1912.

Igualmente pertenecen a este lugar las obras de historia del arte, que no puedo citar. Haré, sin embargo, mención especial de una obra que pertenece a una esfera intermedia y ofrece no poco interés: Virgile Josz: *Fragonard, moeurs du XVIII siecle*, 1901.

Numerosas obras se han publicado en la época contemporánea

acerca del "amor", el "matrimonio" y "problema sexual". Pero es escasa su utilidad. El libro de Max Rosenthal, *Die Liebe, ihr Wesen und ihr Wert*, 1912, puede servirnos de orientación en este respecto.

La bibliografía, en lo concerniente a historia de la prostitución, es también numerosa. La obra más conocida es la del francés Dufour. El severo criterio moralista del autor, que llama prostitución a toda relación amorosa extramatrimonial, dando lugar a que se coloquen a personas como Lucrecia Borgia y Mada d'Etoile entre las prostitutas, hace que la extensión del libro sea vastísima. Por desgracia, la exposición es, en detalle, poco firme y no siempre bien documentada.

La bibliografía referente a la literatura galante, picaresca, obscena, está representada en Hugo Hayn, *Biblioteca Germanorum erotica; Verzeichnis der gesamten deuaschen erotischer Litteratur*, dos ediciones, 1885. Más importante es la *Bibliotheca erotica et curiosa Menacensis; Verzeichnis franzoesischer, italienischer, spanischer, englischer, hollandischer und neulateinischer erotica und curiosa*, 1887; Bibliographie des ouvrages relatifs a *l'amour, aux femmes, au mariage et des livres facétieux, pantagrueliques, scatologiques, satyriques, par M. le Cte. d'I.*, 4 edt. par J. Lemonnyer, 4 tomos, París, 1894-1900.

IV

PARA EL CAPITULO CUARTO

Todas las fuentes históricas pueden servir para conocimiento del desarrollo suntuario, razón por la cual apenas tiene objeto la bibliografía sobre este punto concreto.

Los materiales son abundantísimos: edificios y construcciones, vestidos, ajuares, utensilios, notas y apuntes de carácter doméstico, facturas de gastos, descripciones de viaje, reseñas y relatos de los contemporáneos. Todo ello constituye fuente preciosa de conocimiento. Especial importancia ofrecen los escritos de índole moralizadora, pero hay que examinar con no poca precaución. La época de los siglos XVI, XVII y XVIII, se puede estudiar admirablemente en las numerosas *Memorias* publicadas. En el lugar correspondiente señalamos las fuentes principales.

La obra más famosa acerca de la historia del lujo se debe

a H. Baudrillart, *Histoire du luxe privé et public.*, 2ª edic., 4 tomos, 1881. De esta obra puede decirse, como de tantas otras obras históricas, que representa un trabajo admirable, pero que de ella se sacan muy pocas enseñanzas. Tenemos, además, las obras de Wilhem Roscher, *Uber den Luxus,* en las *Ansichten der Volkswirtschaft,* y las de Emmanuel Hermann, *Die Launen der Pracht; Miniaturbildern des Wirtschaftsleben,* 1872. Puede verse también el artículo *Luxus* en el *Handwoerterbuch der Staatswissenschaften,* 3ª edición (Theo. Sommerland). El libro de Thorstein Veblen, *The Theorie of the Leisure Clas,* constituye un ingenioso ensayo sobre el lujo y sus transformaciones. El libro se publicó en 1899, haciéndose, posteriormente, nuevas ediciones. La bibliografía especial debe estudiarse acerca de las múltiples manifestaciones suntuarias. Sobre el lujo en la *comida,* tenemos la numeroso serie de *Almanaques gastronómicos.* Se publicaron, principalmente, en Francia. El primero de ellos data de 1530. El segundo *Almanach* de que se tiene noticia, es el del abate Claude Cherrier, y fué publicado bajo el título de *Almanach de la Table a Paris.* El que más aceptación tuvo fué el *Almanach du Comestible,* que apareció en 1778; puede también consultarse el *Almanach des Gourmands,* para 1904.

Respecto a la historia del lujo en la *construcción,* existen obras en las que se estudian los diversos estilos de edificación y mobiliario. Hay, además, impresiones de viaje, descripciones de palacios ,etc. Todos estos datos se hallan contenidos en el *Dictionaire des amateurs,* de P. Bonnafé, 1884 seg. Existe también bibliografía relativa al lujo en el *vestir,* libros que hacen historia de los modos de vestir, de las modas, de la fabricación y carácter artístico-industrial de ciertas prendas, de las telas, encajes, adornos, etc. Algunos escritores, como Em. Langlade, autor de *La marchande de modes de Marie Antoniette, Rose Bertin* (si a.), tratan con mucha claridad el aspecto económico. Resultan también interesantes obras como las de Humbert de Gallier, *Les moeurs et la vie privée d'autrefois,* 1911; *Usages et moeurs d'autrefois,* 1912.

Para el capítulo quinto no existen fuentes bibliográficas.

SUMARIO

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V